

RENACER I

GOLPES EN LA VIDA

Zeneida Miranda

Multiverso 

RENACER I

GOLPES EN LA VIDA

Zeneida Miranda

Multiverso 

Golpes en la vida

© Zeneida Miranda

© Multiverso Editorial, 2016

© Ilustración de la portada: Miguel Ángel Pérez Muñoz

© Joshua Resnick

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz

ISBN:978-84-945584-4-3

DEP LEGAL: CA 266-2016

Imprime: Publidisa Printed in Spain

Primera edición: julio,2016.

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

A la memoria de mi padre,
el hombre de mi vida,
el valiente que me enseñó a luchar,
el amor más puro y sincero,
tu recuerdo es mi inspiración.

Capítulo 1

Sarah Boyle avanzaba por el garaje con paso rápido hacia su coche, había sido la última en salir de la oficina y no quería permanecer ahí ni un minuto más. A sus treinta años, Sarah era una joven que, gracias a su carácter y su talento innato para la investigación, había conseguido hacerse un hueco como detective en la agencia más importante de la ciudad y una de las principales del país.

De pelo oscuro y ojos castaños, Sarah poseía una belleza casi imposible de describir. Era alta, miraba a todos sus compañeros desde su metro ochenta, no necesitaba usar tacones, pero le gustaban. De figura estilizada pero no extremadamente delgada, sus curvas habían causado muchos mareos a más de un compañero de trabajo. Con carácter fuerte, decidido y en algunos aspectos algo arrogante, la seguridad que sentía en sí misma cuando se trataba de su trabajo, la había convertido más de una vez en el centro de las infinitas discusiones que se daban tras las puertas de la agencia de detectives de Peter Campbell. Si a todos esos rasgos se sumaban también que era cabezota como nadie, y además añadían a su compañero Henry Butler en la coctelera, la mezcla resultaba explosiva.

Precisamente, caminaba por el aparcamiento de mal humor porque la última bronca mantenida con Henry la había dejado agotada. Estaba cansada de pelear con él. Tras su vuelta de aquella investigación en Nueva York, nada había sido igual entre ellos.

Henry Butler era otro de los detectives estrella, la mano derecha del jefe. Se había ganado el puesto a base de duro trabajo desde que era muy jovencito. Siempre estaba en el ojo del huracán. Resolvía los casos más complicados y eso le había llevado a tener muy buena reputación.

Últimamente la relación con su homónima femenina, forma en la que todos describían ya a Sarah, se había vuelto extraña. No es que alguna vez hubiera sido normal. Entre ellos siempre había habido una inusual tensión sexual que parecía que iba a estallarles a la cara en cualquier momento. Pero desde aquel

viaje a Nueva York, todavía iba peor.

Él parecía sentirse herido, traicionado y siempre que podía le dejaba caer algún comentario que así lo demostraba, como esta tarde cuando, amparándose en la investigación de un caso, dejó caer aquella frase lapidaria.

—Patty Sanders sedujo durante años al pobre James, Sarah, y cuando él se sintió preparado para darle lo mejor de sí ella le dio la patada —le dijo a voz en grito y mirándola con aquellos penetrantes ojos azules que taladraban su alma.

No hacía falta ser muy lista, y Sarah lo era, para saber que Patty y James eran lo de menos en aquella conversación; esta, como tantas otras veces, Henry había usado su caso para dejar aflorar todos los reproches que, acerca de su relación, quería hacerle.

Fue entonces cuando le pareció oír pasos a su espalda, se quitó los auriculares de las orejas y dio un rápido vistazo, nada.

— Te estás volviendo paranoica, Sarah —se dijo a sí misma y siguió caminando sin darse cuenta de que, tras una columna, unos ojos sedientos de venganza la miraban; y entonces pasó: sin que pudiera darle tiempo a defenderse, sintió un terrible dolor de cabeza y ya no fue capaz de decir nada más.

Henry Butler dio una vuelta en la cama, otra más desde que se acostó. ¿Cómo había llegado allí? No lo sabía y si de algo podía presumir era de tener buena memoria. Recordaba haber discutido con Sarah en la agencia, haber recibido una llamada de Jared, su mejor amigo de la universidad (estaba en la ciudad y quería verle), haber ido a un bar, haber bebido algunas cervezas, hablado de todo y de nada en concreto y creía haber vuelto a la oficina a buscar algo, pero eso era como una nebulosa. Ahora se despertaba en su casa, confundido, con claros signos de resaca que empezaban por un profundo dolor de cabeza.

A sus treinta y dos años, Henry era un sueño de hombre. Sin duda, así lo catalogaban todas las féminas que se cruzaban en su camino. La genética le

había dotado de unas características físicas dignas de un galán de cine. Era alto, como su padre, de pelo negro como el azabache más puro y unos impresionantes ojos azules que eran su rasgo más característico. Cuando sonreía, podía dejar en shock a cualquier mujer que se preciara de serlo.

Su carácter también llamaba la atención. Tenía sus cosas muy claras y sabía que era bueno en lo que hacía, por lo que la seguridad en sí mismo de la que hacía gala se podía confundir muchas veces con arrogancia. Pero luego era un buenazo. Noble, leal y sincero. Era un luchador que no descansaba hasta conseguir sus objetivos.

Un ruido molesto le había sacado de un sueño intranquilo. Tardó unos minutos en descubrir qué era lo que le había despertado: el teléfono llevaba un buen rato sonando y eso no había hecho sino incrementar su dolor de cabeza.

—¿Quién es?— respondió somnoliento.

La voz de su jefe al otro lado le increpó, y, aunque solo había entendido dos de las palabras que Campbell había gritado, estas resultaron clave para hacerle saltar de la cama y despejarse por completo: «Sarah» y «hospital». ¿Qué habría pasado?

El camino hasta el hospital fue una tortura, por su cabeza pasaron todo tipo de escenarios: desde un accidente de tráfico (aunque Sarah defendía ser una conductora muy prudente el resto de las personas creían que era un poco temeraria al volante) hasta alguna investigación que llevara de manera individual (aunque eran buenos juntos Peter a veces los ponía a trabajar por separado), que hubiera salido mal.

Cuando, al llegar, vio a su jefe sentado en una butaca negra, con la cabeza gacha, supo que algo realmente horrible había pasado.

—Señor —gritó al entrar en el hospital divisando a su jefe al fondo del pasillo—. ¿Qué pasó? —preguntó y Campbell pudo ver el miedo reflejado en su rostro.

—Tienes que tratar de estar tranquilo, Henry. —El uso de su nombre, lejos de

tranquilizarle, le asustó más, hacía tiempo que Campbell no le llamaba así—. Esta noche, Sarah ha sufrido un ataque, es un tema delicado, aún estamos esperando que el médico nos diga cómo está pero... —dijo dejando las palabras en el aire.

—¡¡Campbell, por favor!! —le apremió.

—Sarah ha sido víctima de una agresión sexual —le soltó y vio cómo el rostro de Henry palideció, le pareció que incluso se mareaba—. Henry, ¿estás bien?

Peter Campbell era un hombre hecho a sí mismo. Un detective de vocación curtido en mil batallas que, tras decidir llevar una vida más tranquila, había fundado la agencia de detectives que llevaba su nombre y que no había tardado en convertirse en una de las mejores del país, sin rivales en la ciudad de San Francisco.

Miraba a su mejor hombre desde sus casi dos metros de estatura. A sus cincuenta y cinco años recién cumplidos, Peter conservaba intacto el atractivo del joven que había sido. Aunque la tradición familiar le había llevado a perder el pelo, había sido castaño, y tenía ese aire de misterio que seguía volviendo locas a las mujeres. Siendo un soltero empedernido, había elevado a sus jóvenes detectives a la categoría de los hijos que no tuvo y ahora escrutaba a Henry con sus ojos marrones entrecerrados por la angustia.

—No —respondió tajante—. ¿Quién ha sido? —Le mataría.

—No lo sabemos. —Campbell se sorprendió de que su primera pregunta no hubiera sido «¿Cómo está?»—. La policía recibió una llamada anónima y la encontraron en un apartamento de Russian Hill, sin ropa y esposada a la cama —explicó y no pudo evitar sentir náuseas. Veía cómo Henry cada vez estaba más pálido y temía que se fuera a desmayar de un momento a otro, por lo que evitó darle el resto de los detalles que la policía le había dado a él—. Dentro de todo lo malo, ella está bien, al final eso es lo importante.

—¿Puedo verla? —cuestionó.

—Me temo que aún no, la forense y la psiquiatra están con ella.

Durante más de una hora, Henry se paseó desesperado de un lado a otro de la sala de espera. Campbell no sabía qué hacer para que se calmara. Eso era algo que el médico les había dejado muy claro, ellos tenían que estar tranquilos para poder ayudar a Sarah, pero el detective parecía no entenderlo.

Ángela Sims había sido la mejor amiga de Sarah desde que ambas tenían uso de razón. Habían llevado vidas paralelas desde el mismo momento en que los padres de la primera se habían mudado desde Texas a San Francisco cuando ella no era más que una niña. Ambas tenían treinta años, aunque Ángela había vivido más deprisa. Se había casado muy joven con el apuesto comandante de la marina Thomas Sims, y tenía dos hijos: Nathan y Jon, de tres y un año respectivamente.

Ambas amigas eran como la cara y la cruz de una misma moneda. Físicamente, Ángela era pelirroja, de piel blanquecina y ojos azules, estatura media y delgada y su carácter era menos agresivo y más dócil que el de su mejor amiga. Donde Sarah era sensata y se pensaba las cosas mil veces, Ángela era impulsiva y tomaba las decisiones más a la ligera. Centrada y alocada, morena y pelirroja, escéptica en temas del amor y enamoradiza. Y a pesar de todas las diferencias y que sus vidas eran ahora muy distintas, siempre se habían mantenido cerca la una de la otra.

Ángela llegó al amanecer, desesperada y con claros signos de no haber parado de llorar en toda la noche.

—Siento no haber podido venir antes, mis padres no han podido llegar hasta hace una hora y mi marido no está y no tenía con quién dejar a los niños — explicó nerviosa.

—Tranquila, señora Sims, no nos han dejado verla —dijo Campbell para tranquilizarla.

—¿Está bien? —preguntó. Estaba aterrada, Sarah era lo más parecido a una hermana que tenía.

—Aún estamos a la espera de que la forense nos dé los últimos resultados, pero a simple vista parece que físicamente sí, salvo por los golpes; psicológicamente es otra cosa, la psiquiatra del hospital lleva desde las cuatro

de la mañana con ella y finalmente ha tenido que sedarla.

—¿Y él? —preguntó en referencia a Henry, solo llevaba allí dos minutos y le había visto ir de arriba a abajo tres veces.

—Está en shock, no ha dicho prácticamente nada desde que llegó y no ha parado quieto.

—Voy a intentar hablar con él —dijo—. Henry, dice Campbell que Sarah está fuera de peligro, se pondrá bien, ella es muy fuerte.

Henry la miró y trató de dedicarle una sonrisa.

—¿Familiares de Sarah Boyle? —Resonó la voz del médico en la quietud de la sala de espera.

—Nosotros —dijo andando hacia él—. Peter Campbell, soy el director de la agencia de detectives donde Sarah trabaja; él es el detective Henry Butler, su compañero, y Ángela Sims, su mejor amiga.

—¿Y sus familiares directos? —Ellos negaron con la cabeza.

—Solo estamos nosotros... sus padres murieron hace años y es hija única.

—Bueno, en ese caso, la paciente está físicamente bien. Ahora mismo está descansando, está muy nerviosa y hemos tenido que sedarla. La doctora que la ha examinado dice que tiene un desgarró vaginal, lo que demuestra que la violación se llevó a cabo. Hemos recogido muestras de tejido encontrado en su cuerpo para cotejar con la base de datos de la policía y ver si dan con el culpable.

—Hablaré con la policía, nosotros llevaremos la investigación —interrumpió.

—Por otra parte, tiene un par de costillas rotas, posiblemente por la paliza que le dieron; además, tenía un fuerte golpe en la parte trasera de la cabeza que nos preocupó mucho, pero era más aparatoso que grave, le dimos puntos y le hicimos un TAC craneal. Todo está en orden.

—¿Podemos verla? —preguntó su amiga con ansiedad.

—Claro, conviene que duerma, está agotada por todo lo que pasó, pero si van a quedarse más tranquilos, pueden pasar.

Capítulo 2

Ángela apenas dejó acabar el médico y corrió hasta la habitación donde le indicaron que estaba su amiga. Campbell la siguió; sin embargo, Henry se quedó parado en la sala.

—¿No vas a verla? —cuestionó.

—Voy a quedarme aquí por si viene la policía —respondió tratando de contener su nerviosismo.

—Ellos ya están aquí, vigilan la puerta de la habitación de Sarah. ¿Quieres decirme qué demonios te pasa? Parece que te importa más la investigación y coger al culpable que el estado de salud de tu compañera —le increpó su jefe. Le conocía, sabía que nada hacía reaccionar más a Henry que el hecho de que alguien cuestionara su lealtad.

—No es eso, Campbell, Sarah me importa, mucho más de lo que todos piensan.

—Lo sé Henry, lo sé... y tú a ella también, por eso tienes que estar a su lado —concedió en el tono paternalista que a veces usaba.

—No sé qué hacer, ni qué decirle. —Campbell nunca había visto a su detective tan afectado por nada, parecía que iba a romper a llorar en cualquier momento.

—No le digas nada, solo quédate a su lado, vamos. —Henry le siguió sin decir ni mu.

Sarah volvía a estar sola en el aparcamiento de Investigaciones Peter Campbell. Caminaba con paso rápido, pensando en las ganas que tenía de matar a Henry por la jugarreta que le había hecho en la última investigación. Ese maldito encantador de serpientes había convencido a su jefe para dejarla fuera del caso de extorsión al alcalde, alegando que era todavía demasiado

inexperta.

¿Ella? ¡Llevaban cinco años trabajando juntos! ¡Por el amor de Dios! Había sido la mejor alumna de su promoción en criminología y había hecho las prácticas allí mismo, en la mejor agencia del país.

Tenía ganas de darle una paliza a ese arrogante y borrarle la sonrisa de un puñetazo en su preciosa cara.

Escuchó pasos a su espalda.

—Perfecto, lo que me faltaba, ahora estoy loca —dijo en voz alta.

—No, Sarah, no lo estás —le habló una voz que conocía perfectamente.

—¿Henry? ¿Qué haces aquí? ¿Has venido a que sigamos peleando? —inquirió con las manos en jarras.

—No, he venido a que repitamos lo que pasó en Nueva York —sentenció serio y con la mirada helada.

—Ya sabes que no quiero volver a acostarme contigo —replicó cansada del tema—. Aquello fue un error, y no soy yo de las que tropiezan dos veces con la misma piedra —respondió tajante.

—Pero yo contigo sí y nunca acepto una negativa. —Fue su respuesta.

Sin más, se le echó encima. Ella era muy fuerte, pero él lo era más. La ira, la frialdad y el odio que vio en sus ojos la dejaron fuera de juego. El miedo tomó el control de su cuerpo.

Tras darle un golpe en la parte trasera de la cabeza que la dejó sin conocimiento, el agresor la cogió en brazos sin mucho esfuerzo y la metió en la parte trasera del coche, no sin antes acariciar desde el tobillo hasta los muslos sus largas y torneadas piernas.

Sarah recuperó el conocimiento cuando ya estaban entrando en aquel lúgubre apartamento y notó el frío calar en sus huesos.

Henry inmovilizó sus manos sobre su cabeza mientras sacaba unas esposas que usó para mantenerla atada a la cama, haciendo lo mismo con sus pies. Le vio bajarse los pantalones y lanzarse sobre ella.

Subió la falda de Sarah hasta su cintura y se deshizo de sus braguitas de un tirón, mientras ella gritaba una y otra vez suplicando que no le hiciera daño.

En su cabeza intentaba sustituir este momento por el que había vivido en Nueva York dos años antes, cuando Henry se había comportado como un amante atento y complaciente con ella. No quedaba ni rastro de aquel hombre.

—¡CÁLLATE, SARAH, ME VUELVES LOCO! —gritó antes de amordazarla con su cinturón. Entonces ella gimoteó y él paró de besarla bruscamente—. Se acabó, no aguanto más. —Y fue entonces cuando Sarah se sintió morir.

La fuerza y la violencia con la que él la penetró le hicieron notar que algo en su interior se rompía en mil pedazos. Y dentro de su pecho su corazón había dejado de latir.

—¡NO! ¡NO ME HAGAS DAÑO! —gritó quedando totalmente sentada sobre la cama haciendo que las heridas le dolieran aún más.

Cuando llegaron a la habitación, Ángela estaba sentada en el borde de la cama abrazando a Sarah.

—Se despertó y estaba histérica... —les explicó.

—Sarah, ¿cómo te sientes? —Ella no hablaba, simplemente lloraba sin separarse de su amiga, levantó la vista y vio a Henry parado frente a la puerta; su mente pareció recordar algo y comenzó a gritar desesperada.

—¡¡QUE NO SE ACERQUE!! —gritó presa del pánico.

—¿Quién? —cuestionó Campbell confuso.

—Tranquila, cariño, todo está bien, nosotros estamos contigo. —Trató de

tranquilizarla su amiga.

— Sarah, soy yo, Henry —dijo temeroso al ver su reacción. Ángela abandonó su lugar y Henry la sustituyó, pero esta idea no fue bien recibida por Sarah.

—¡¡NO ME TOQUES!! —chilló.

—¿Qué te pasa, Sarah? —No se lo podía creer, ella nunca le había apartado cuando le necesitaba.

—¡¡NO QUIERO QUE TE ME ACERQUES!!

—Henry, creo que será mejor que salgas... no sé por qué, pero la pones más nerviosa.

—¡¡FUE ÉL!! ¡¡ÉL ME HIZO DAÑO!! —gritó instantes antes de desmayarse víctima de un shock nervioso.

Campbell siguió a un aturdido Henry hasta la sala de espera. El detective apoyó la cabeza en la pared. Cada instante que pasaba le dolía más. Estaba confundido. ¿Por qué Sarah le acusaba de haberla violado? Él no era capaz de hacer algo así, y mucho menos a ella, ¡estaba enamorado de ella! Aunque eso solo él lo sabía.

Tenía un vacío en sus recuerdos de la noche pasada, que ahora más que nunca le preocupaba. Tenía que demostrarle a Sarah que él no le había hecho daño, pero, ¿cómo hacerlo cuando ahora mismo ni él era capaz de saber qué pasó?

—Butler, ¿puedes explicarme por qué Sarah te acusa?

—preguntó nervioso.

—Me temo que no, señor —dijo, prefería ser sincero.

—Explícate, Henry —ordenó.

—Anoche... salí a tomar unas copas con un amigo y hay un período de tiempo que no consigo recordar, no sé ni dónde ni con quién estuve. ¡Dios mío! —exclamó mientras recordaba algo... eran apenas unas cuantas frases

de una conversación con Jared.

—Ella es tuya, amigo, ve y coge lo que es tuyo aunque ella no quiera.

—¡Sí! Se lo merece, se ha pasado años volviéndome loco ¿y ahora me da la patada? Esa mujer es mía y lo será aunque tenga que obligarla.

—Señor, creo que, yo lo hice —confesó casi con lágrimas en los ojos.

—Será mejor que nos tranquilicemos todos, por favor, sé que oír a la mujer que uno ama acusarle de algo así puede ser traumático, pero mantén la cabeza fría.

—No, ella tiene razón, yo quería vengarme de Sarah por lo que pasó en Nueva York. —Durante unos minutos meditó si contarle a su jefe lo que había pasado en aquella ocasión, finalmente no lo hizo—. Anoche debí beber más de la cuenta, me cegué y...¡¡Dios mío!! —Volvió a exclamar llevándose las manos a la cara, ¿cómo había podido ser capaz?—. Señor, voy a entregarme a la policía, será lo mejor.

—Tú no vas a entregarte a nadie, vamos a resolver todo esto. Solo Ángela y yo hemos oído la acusación de Sarah, así que nos calmaremos, hablaré con el doctor para que te haga una prueba de ADN y la compare con los restos que han encontrado en el cuerpo de Sarah, eso nos dará la respuesta. Espérame aquí y no hagas ninguna tontería, Henry, o yo mismo te encerraré. —El aludido asintió.

Campbell tenía claro, ahora más que nunca, que su agencia debía llevar la investigación. Sin dudarle ni un segundo, sacó el móvil y llamó a su amigo Albert Jackson, capitán de la policía de San Francisco.

—Albert, viejo amigo, ¿qué tal estás? —preguntó cordialmente y escuchó con paciencia las quejas del hombre. Siempre estaba igual, cansado de su trabajo, pesando en jubilarse, no le contaba nada nuevo—. Te llamaba para informarte de que mis chicos se harán cargo del caso de la violación de Sarah Boyle. —Al otro lado del teléfono se escuchó un «No» tan rotundo que posiblemente alcanzaron a oír en todo el hospital—. Ya sé que es mi

empleada, que esto no es lo habitual, que no es ni ético, ni profesional ni nada, pero confío cien por cien en mis hombres y sé que van a ser capaces de dejar a un lado sus sentimientos y hacer su trabajo con la diligencia que les caracteriza. —Jackson seguía protestando—. Que sí, que tienes razón en todo eso, pero es mi agencia y me da igual lo que piensen los demás, yo confío en ellos y eso es todo lo que necesito, te aviso por pura cortesía profesional, sabes que no estoy obligado. —Albert le contestó que la policía igualmente llevaría su investigación y le preguntó cuál de sus hombres se encargaría del caso—. Jason Mcnamara —informó—. En cuanto a lo otro, sin problemas, ya hemos trabajado en común otras muchas veces —sentenció y colgó.

Peter estaba seguro de que Henry no había hecho esto. Le conocía desde hacía diez años, primero había sido su alumno mientras estudiaba criminología en la universidad y después le había reclutado para su agencia de detectives. Era un hombre honesto, leal, no sería capaz de hacer daño a nadie, y mucho menos a Sarah.

Campbell supo, desde que les presentó, que entre ellos iba a surgir una estupenda relación de trabajo, ambos tenían un carácter muy parecido que si bien les llevaba a estar continuamente peleándose, también les había convertido en los mejores.

Poco tiempo después, el verles día a día pelearse, bien sabe Dios que eso era lo que más hacían, trabajar codo con codo, y defenderse el uno al otro cuando era necesario, Peter supo que acabarían enamorándose, y no se había equivocado.

Podía apostar sus dos manos, y no las perdería, a que lo de ellos no había sido un amor a primera vista, todo lo contrario, fue más bien un sentimiento que fue naciendo poco a poco, forjándose sobre los cimientos de una maravillosa amistad.

Peter estaba seguro de que, cuando Henry comenzó a salir con Melisa, la abogada, con Emily, la doctora en física, y con Elizabeth, la periodista, él ya estaba enamorado de Sarah, por eso todas sus relaciones habían acabado prematuramente. De la misma forma estaba seguro que, a pesar de Marck, Steve y Trevor, Sarah hacía mucho tiempo que suspiraba por Henry; lo único

que Campbell no entendía era, ¿por qué se molestaban en negarlo?

—No puedo hacer lo que me pide, señor Campbell, entiéndalo; si él está reconociendo haberlo hecho, la política del hospital me obliga a dar parte a las autoridades competentes —argumentó el médico que atendía a Sarah.

—Yo soy la autoridad competente en este caso, doctor, y le estoy ordenando que guarde silencio. El detective Butler está bajo mi supervisión, yo asumo toda la responsabilidad, ante el hospital, ante la policía y hasta ante el Presidente si fuera necesario, pero usted haga esas pruebas lo antes posible o cuando todo esto se aclare, en vez de enviar a mi hombre a la cárcel habrá que llevarlo a un manicomio —vociferó desesperado.

—Como usted ordene, pero yo no me responsabilizo de nada.

—Perfecto, ahora, haga su trabajo —dijo. Desde luego, el médico era duro de pelar, casi había tenido que responsabilizarse hasta del agujero de la capa de ozono para que hiciera esas malditas pruebas.

De camino a la sala de espera volvió a pasar por la habitación de Sarah. Asomó la cabeza por la puerta y Ángela le vio.

—¿Cómo sigue? —preguntó, le dolía verla así.

—Parece que está más tranquila. Sarah —dijo llamando a su amiga suavemente—. El señor Campbell ha venido a verte. —Ella se dio la vuelta en la cama y reaccionó de una manera que no se esperaban.

Algunas imágenes de lo sucedido la noche anterior estaban volviendo a su mente... recordaba el frío, el dolor que las esposas producían en sus muñecas y sus tobillos, y a aquel hombre, alto y fuerte, que le hacía daño.

—¡¡NO SE ACERQUE A MÍ!! —gritó. Y Campbell tuvo por un momento la sensación de que volvía a suceder lo mismo que antes con Henry, casi estuvo a punto de esperar a que ella gritara en esta ocasión que él había sido el culpable, pero eso no fue lo que gritó—. NO LE QUIERO CERCA, NO... A NINGUO DE ELLOS, POR FAVOR ÁNGELA, QUE SE VAYA, ¡¡QUE SE VAYAN TODOS!!

—Señor, con el debido respeto, creo que será mejor que... —No necesito acabar la frase.

—Me voy, sí, cálmela, voy a hablar con el médico, tiene que darle algo que la tranquilice. —Esta situación empezaba a superarle.

Capítulo 3

Sarah no paraba de moverse inquieta en aquella cama. Las imágenes se reproducían en su mente sola. Por más que luchaba por pararlas, su cabeza no le hacía caso.

Alguien la había golpeado, arrancado la ropa y esposado a una cama. Notaba cómo las manos de aquel cerdo agarraban las suyas por encima de su cabeza, contra aquel nauseabundo colchón.

El olor en el ambiente le producía náuseas y el peso de su agresor sobre ella resultaba agónico.

Estos recuerdos se entrecruzaban con otros mucho más dulces. Donde el hombre al que había querido secretamente durante años la acariciaba con total reverencia.

El tacto cálido y suave del recuerdo se solapaba con otras manos frías y ásperas que vagaban por su cuerpo sin permiso haciéndole un daño brutal.

Unos suaves y deliciosos labios besaban los suyos, pidiéndole permiso para ir un poco más allá, bajo el estrellado cielo de su ciudad preferida. Acto seguido, la lengua de un desconocido penetraba en su boca aunque ella no quería, un aliento que le provocaba ganas de vomitar y unos dientes que mordieron sus labios hasta hacerlos sangrar.

De nada le servían las clases de artes marciales, ni los cinturones negros en diferentes disciplinas. Él era más grande, más fuerte y el golpe la había aturdido.

Notaba cómo las ásperas manos del tipo recorrían su cuerpo sin mostrar ni un ápice de cuidado. Apretaba sus pechos entre sus fuertes palmas produciéndole un dolor agudo y cuando separó sus piernas y se introdujo en ella con brusquedad supo que estaba perdida.

Cerró los ojos queriendo morir y dejó de gritar. ¿Para qué? Nadie iba a

escucharla. Solo le quedaba rezar para que acabara pronto y que su intención fuera matarla después.

Pero no tuvo esa suerte. Él no la quería muerta, quería que viviera y sufriera.

Escuchó una carcajada y entreabrió los ojos.

—Henry. — Fue la única palabra que salió de sus boca antes de caer desmayada—. ¡¡Henry, nooo!! —gritó sentándose en la cama de golpe y notando cómo le dolía hasta el último rincón de su cuerpo.

—Tranquila, cielo, aquí solo estamos nosotras, ssshhhh, vuelve a dormir, Sarah, necesitas descansar. —Su amiga le acariciaba mientras le hablaba al oído.

—¡Señor, Campbell! —gritó cuando le vio salir de la habitación de la paciente—. Le estaba buscando.

—Y yo a usted... Sarah ha sufrido otro ataque, ¿no puede darle algo más fuerte? —cuestionó.

—Imposible, la detective Boyle tiene un historial de problemas de adicción a los tranquilizantes, señor, no podemos darle nada a lo que pueda volverse adicta. —Sí que lo había sido, años atrás, cuando sus padres murieron en aquel horrible accidente de tráfico, Sarah se había vuelto adicta a los tranquilizantes y los somníferos.

—Acaban de violarla y darle una paliza, ¿y a usted le preocupa que se vuelva adicta a los tranquilizantes? —preguntó, estaba empezando a perder la paciencia con el médico y eso no era bueno.

—Es la política del hospital. —Ahí estaba de nuevo, su frase favorita.

—¡Está sufriendo! Al diablo con la política, dele algo que la haga dormir durante unas cuantas horas, que descanse —sugirió en un tono que sonaba más a orden.

—Pero... —protestó.

—Bajo mi responsabilidad, doctor, hágalo o lo haré yo.

—Será mejor que se lo diga a la nueva doctora de la detective.

—¿Abandona el caso?

—Solo en lo que se refiere al trato directo con la paciente, las enfermeras me han contado que no se siente tranquila con la presencia de los hombres; tendré que examinarla y hacerle algunas preguntas que podrían incomodarla, es mejor que la trate una mujer.

—Bien, estoy de acuerdo —aceptó de buen grado.

—Le presento a la doctora Anne Matthew, es la mejor en estos temas —dijo señalando a una mujer de unos cuarenta y cinco años, alta, delgada y con unos llamativos ojos azules, que acababa de llegar.

—Encantado de conocerla, Peter Campbell —dijo estrechándole la mano con una sonrisa.

—Lo mismo digo, y tranquilo, todo va a estar bien —le dijo con una dulzura que le tranquilizó.

—Antes de que se vaya, ¿qué hay de las pruebas de ADN?

—Estamos en ello, en cuanto sepa algo, me pondré en contacto con usted.

Finalmente, la doctora Matthew dio a Sarah un tranquilizante que la hizo dormir durante varias horas, lo que le permitió descansar su maltratado cuerpo y despejar, aunque fuera muy poco, su torturada mente.

La cabeza de Sarah era un caos, por un lado estaba Henry. Podía sentir sus suaves y cálidas manos sobre sus mejillas, en un intento de mitigar las lágrimas que se deslizaban desde sus ojos; recordaba ese día, cuando no había conseguido resolver a tiempo un caso y una mujer había muerto. Sarah había empatizado mucho con la joven y su muerte la dejó destrozada.

Recordó también aquella investigación en Nueva York, la que supuso un punto de inflexión en su relación con Henry. Aquel fin de semana donde se permitieron ser algo más que compañeros y buenos amigos, donde fueron amantes por primera y única vez.

Estos pensamientos la hicieron sonreír dormida, hasta que otros menos gratos se cruzaron por su cabeza.

Tan solo unas horas antes, un hombre que no conseguía recordar, pasaba sus manos por todo su cuerpo con violencia, y ella no había podido hacer nada por evitarlo. Se odió por eso. Y también a Henry. ¿Dónde había estado para protegerla? ¿No se supone que ella era su responsabilidad y siempre velaba por su seguridad? Al menos eso dijo una vez. Con este último pensamiento pareció recordar algo... ¿ella había acusado a Henry de violarla?

—¡No! —gritó sentándose en la cama de golpe, sintiendo que le dolía todo el cuerpo.

—Tranquila, cielo, todo está bien —dijo su amiga con una sonrisa.

—¿Dónde está Henry? —preguntó asustada, si le habían detenido por su culpa no se lo perdonaría nunca.

—Está fuera, no hay peligro, solo estamos nosotras.

—¡Dios, Ángela! Dime que no le han detenido.

—No, aún no.

—¡No pueden hacer algo así! Él no fue. Henry no tiene nada que ver con lo que me pasó... —dijo, aunque realmente le culpaba de no haberla protegido.

—¿Estás segura? —cuestionó.

—Sí, no sé, no estoy segura de quién puede haber sido pero... él no.

—Antes dijiste que había sido él.

—Desperté y estaba confusa, ¡tienes que avisar a Campbell!

—Le llamaré, seguro que Henry está deseando verte —añadió con una sonrisa.

—¡NO! —exclamó asustada—. No quiero, no quiero verle, a ninguno, por favor... —le rogó con lágrimas en los ojos.

—Está bien, tranquila. Iré a hablar con ellos.

—Avisa a una enfermera, no quiero quedarme sola— imploró. Ángela apretó el botón que había sobre la cama y cuando la enfermera llegó, se marchó.

Capítulo 4

Henry no podía explicar a nadie lo que estaba sintiendo en aquel momento. Sentado en la sala de espera del hospital donde su compañera, la mujer que amaba secretamente, se recuperaba tras sufrir una violación, en la que además, él parecía ser el culpable.

¿Y si lo había hecho? ¿Y si, movido por la rabia de su última pelea y con unas cuantas copas de más en el cuerpo, había ido en su búsqueda para repetir aquella intensa noche que habían vivido en Nueva York y que, tácitamente, los dos habían decidido olvidar?

Sin poder controlar sus pensamientos, esa escena volvió a su mente como si alguien le hubiera dado al play para reproducir una mala película.

Acababan de concluir una complicada investigación que les había llevado hasta la ciudad que nunca duerme. Nueva York era el lugar favorito de muchas personas y Sarah no era una excepción. Escenario de cientos de series, películas y libros, le apasionaban los rascacielos y adoraba visitar la Gran Manzana. Henry le sonreía mientras ella parloteaba sin cesar.

Era curioso, tendría que estar agotada, pero su compañera rebosaba vitalidad por todos sus poros. Con sus grandes ojos marrones chispeantes de emoción, miraba a todas partes con la misma ansia de alguien que visita por primera vez una gran ciudad.

Ella no era de pueblo, había nacido y se habría criado en San Francisco, otra imponente ciudad con muchos rascacielos, pero su amor por Nueva York no tenía límites. Siempre había jurado que terminaría sus días en un bonito apartamento de Manhattan.

Henry la miró por enésima vez, estaba preciosa esa noche. Con un sencillo vestido de verano azul y con el pelo negro ondulado no parecía la dura

detective que era capaz de todo con tal de encontrar la verdad. Parecía una joven más, ni de lejos aparentaba los treinta años que tenía, no cuando la veía comportarse como una niña emocionada.

—En serio, Henry no seas aguafiestas, ¡vamos a hacernos una foto con los coches de la policía! —dijo con voz chillona.

—¿Otra vez? ¡Nos hemos hecho una cada vez que venimos a la ciudad! ¿Qué tienen de interesantes? —preguntó, le encantaba picarla.

—¡La policía de Nueva York! ¿En serio? Salen en todas las series que me gustan.—Estaba realmente emocionada.

—Olvídalo, Sarah, no voy a picar otra vez.—Ella se acercó a él poniendo su mejor cara de buena, demasiado para que los dos pudieran soportarlo.

—Por favor. —Henry negó con la cabeza, sus labios cada vez estaban más cerca de los de ella.

—Sarah por favor... —Pero ella no hizo caso, se acercó más y más hasta que sus labios se rozaron haciendo que un latigazo recorriera de arriba abajo la espalda de ambos.

Fue como una descarga eléctrica que les dejó el corazón sobrecogido. Se separaron un poco para mirarse a los ojos y sus bocas volvieron a atraerse como imanes.

—Henry, esto no está bien y lo sabes —musitó sin hacer amago de apartarse.

—Lo sé, podemos arrepentirnos mañana. —Ella se dejó ir... no pudo, y no quiso, frenarse más.

En cuanto cruzaron la puerta del hotel y Sarah se dejó llevar por completo, el momento fue imparable. Los dos sabían las consecuencias que sus actos traerían a la larga, pero, ¿qué importaba?

Henry y Sarah se habían conocido cinco años atrás, cuando ella hizo prácticas en la agencia. Él era un arrogante detective que había sido alumno del dueño y este lo había reclutado desde el primer momento. Era muy

competente en su trabajo, frío y con la mente muy despierta. Era capaz de hilar un concepto con otro en cuestión de un pestañeo. Además, era guapo e irradiaba esa seguridad en sí mismo que volvía locas a todas las mujeres a su alrededor. Moreno, alto y con unos ojos tan azules que parecían trozos de cielo, Henry era el objeto de las fantasías sexuales de todas las mujeres que trabajaban con él.

Y la novata Sarah Boyle no fue una excepción. Le gustaba muchísimo desde que le había visto por primera vez, pero ella no parecía haberse encandilado como las demás.

Ella lo mantenía a raya. Tenía el carácter tan fuerte y tan decidido como el de él, por eso sus discusiones eran tan intensas.

Pronto descubrirían que su intensidad era aún más brutal cuando no discutían.

Henry dejó vagar sus manos por el perfecto cuerpo de su compañera mientras besaba sus labios con la ansiedad de un sediento que encuentra un oasis de agua helada en medio del desierto.

No quería separar su boca de la de ella. Sus lenguas se encontraban provocando un baile sensual que mandaba pequeñas descargas de placer a sus cerebros.

Sarah podía notar el latir del corazón desbocado de Henry contra su pecho y su vibrante masculinidad crecer más y más contra su cadera a medida que él deslizaba las manos por sus pechos desnudos.

¿En qué momento se habían quitado la ropa? Ninguno de los dos lo sabía, pero en ese momento no había ningún obstáculo entre sus pieles.

Pecho con pecho, corazón con corazón, labios contra labios hasta que Henry decidió que quería probar algo más.

Abandonó la boca de Sarah y comenzó a descender por su cuello dejando un rastro de caliente saliva. Saboreó sus pechos y continuó el descenso.

Sarah no pudo controlar el grito que escapó de su garganta cuando sintió la cálida lengua de su amante jugar con su centro de placer.

Gritó su nombre como una loca, cuando él la llevó al mismo cielo.

—¡Por Dios, Henry! —gritó aún jadeante.

—Lo sé y eso no es todo. —Sin más palabras, se tumbó sobre ella y la hizo suya mientras besaba de nuevo esos labios a los que se había vuelto completamente adicto.

Durante una noche se permitieron ser algo más que amigos y compañeros, durante toda esa noche, fueron un hombre y una mujer incapaces de saciarse de la necesidad que sentían el uno del otro.

No hablaron de sentimientos, ninguno de los dos dejó salir de sus labios un te quiero, pero aun así, ambos habían entregado un poco de su corazón en ese encuentro.

Cuando el sol comenzó a despuntar por el horizonte, Henry decidió dar un paso más.

—Sarah, me gustaría que esta no sea la única noche que pasamos juntos —comentó mientras aún la abrazaba.

—No voy a convertirme en mi amante, Henry, tengo una relación, ¿recuerdas? —respondió tajante.

—¿No piensas dejar a tu novio? —inquirió.

—¿Para qué quieres que le deje? ¿Para acostarnos juntos cada vez que te falle un ligue? —La pregunta actuó como un dardo contra el corazón de Henry.

—No, para que estemos juntos de verdad —aclaró consternado.

—¿Pareja? ¿Nosotros? ¡Vamos, Henry! Sabes que no funcionaría —respondió despóticamente.

—¿Por qué?

—Somos demasiado iguales, los polos equivalentes se repelen... —Y sin más, se levantó de la cama—. Que esto que ha pasado esta noche quede aquí, en cuanto salga por esa puerta volveré a ser tan solo tu compañera.

Y sin darle tiempo a replicar, se fue.

Henry movió la cabeza para salir de su ensoñación. Recordar esa noche era lo que menos necesitaba en estos momentos.

Capítulo 5

La imagen que Ángela encontró en la sala de espera era desoladora. Henry estaba sentado en uno de los butacones negros, solo, aislado, con la cabeza enterrada entre las rodillas y cuando levantó la vista, Ángela pudo ver el cerco que las lágrimas habían dejado en su rostro. No recordaba haber visto nunca a su amigo tan abatido.

Ellos se habían conocido cuando Sarah empezó a trabajar para Peter Campbell en su agencia de detectives. Su amiga acababa de salir de la universidad y estaba exultante de felicidad cuando el todopoderoso rey de los detectives de la ciudad la había reclutado para su negocio, satisfecho de las prácticas que, durante la carrera, había hecho con ellos. Ángela sabía que trabajar allí era el sueño de su amiga.

A los pocos días, Sarah ya hablaba sin parar de su compañero Henry. Él era un hombre con un físico que imponía. Tenía un fuerte carácter, pero eso no le evitaba ser al mismo tiempo dulce y complaciente con todo el mundo.

Él y Ángela habían conectado rápidamente. Ella sabía que su amiga sentía algo por aquel apuesto hombre. En más de una ocasión habían fantaseado juntas sobre cómo luciría con unos de los uniformes blancos de la marina del marido de Ángela, pero Sarah desechaba la idea rápidamente. Conocedora de su fama de mujeriego no quería caer en sus garras.

—Henry —dijo poniendo la mano sobre su hombro en señal de consuelo—. Sarah acaba de recordar algo...

—¿Fui yo verdad? —preguntó con temor, su voz a punto de quebrarse.

—No, afirma que no.

—Pero antes dijo... —comentó dejando la frase en el aire.

—Estaba confundida por los calmantes, el shock... no sabe quién fue, pero está segura de que tú no.

—Me temo que los resultados dicen todo lo contrario. —La voz del médico interrumpió la conversación.

—¿A qué se refiere? —preguntó Peter saliendo de repente de la nada.

—El ADN de los restos de semen y saliva recuperados del cuerpo de la señorita Boyle concuerda en un 99% con el del señor Henry Butler. —Henry sintió que las piernas le flaquearon.

—Eso no puede ser posible —protestó Campbell—. Ha tenido que haber algún error.

—Ella dice que no fue él, que se despertó confundida y lo acusó, pero ahora está segura de que no fue Henry.

—Lo siento, las pruebas de ADN son irrefutables, en estos casos, y hasta que la paciente no esté más estable psicológicamente, su declaración no es muy de fiar; primero ha dicho que sí y ahora que no, puede estar desarrollando un síndrome de Estocolmo con su violador o mezclando los recuerdos de la agresión con otra relación sexual consentida que hayan tenido...

—Ellos nunca... —Las palabras de Campbell murieron en sus labios al ver la mirada de uno de sus mejores detectives; al parecer ellos sí que habían ido más allá.

—Lo siento, señor Campbell, he llamado a la policía, tengo que seguir la política del hospital y activar el protocolo de violaciones —informó—. Señor Butler, vendrán a buscarle en breve.

—Está bien doctor, haga lo que tenga que hacer —respondió cabizbajo—. Yo no sé... ¿cómo he podido hacer algo así? ¡He violado a Sarah! ¡A mi Sarah! Ella es mi compañera, es mi mejor amiga es... Dios mío es la mujer a la que amo. —Sin poder evitarlo más, Henry flaqueó y se abrazó a Ángela en busca de un poco de consuelo—. ¿Cómo pude hacerle esto a ella?

—Estoy segura de que ha tenido que haber un malentendido, ella dice que no lo has hecho, ¡vamos, estamos hablando de Sarah Boyle! Es la mujer más inteligente que todos conocemos, sí dice que no fuiste tú, yo la creo.

—Desde luego que esto no va a quedar así —sentenció Peter Campbell.

No muy lejos de allí, en un hotel barato, un hombre se miraba en el espejo de cuerpo entero que había en su habitación. Era guapo. Alto, de complexión fuerte y una cara bonita. Sin duda no le había costado nada seducir a todas aquellas mujeres a las que después había violado sin compasión. ¿El motivo? La venganza.

Hacia ellas. Hacia todas las mujeres que, teniendo pareja eran capaces de dejarse engatusar e irse a la cama con un tipo como él. Algunas habían sucumbido a sus encantos después de tan solo un par de copas en un pub, con otras había tenido que trabajar un poco; las había invitado a cenar, un par de citas, algún regalo y a su cama.

Después, cuando había vuelto a por ellas sediento de venganza, no había permitido que ninguna le viese la cara. Las había golpeado y drogado para evitar que le reconocieran. Así una a una hasta llegar a ella: a Sarah Boyle.

¿Quién se creía para hacer lo que hizo? Era cierto que era una mujer hermosa, que desde su metro ochenta miraba a los hombres con cierta superioridad. Se había ganado a pulso su puesto entre los grandes detectives de la ciudad. Era respetada entre su compañeros, e incluso admirada por muchos de ellos, pero eso no significaba que no fuera una zorra que seducía a los hombres para después dejarles tirados e irse a por otro.

Había visto en el telediario la noticia de su agresión sexual e incluso había escuchado las declaraciones que había hecho para la prensa Peter Campbell. Ese hombre estaba prendado de ella. Se le notaba. Aunque se vanagloriaba de que la admiraba como profesional y le tenía cariño como si fuese la hija que no tuvo, él lo veía claro. Ella le atraía como mujer. ¿Quién sabe? A lo mejor la había metido en su cama ya.

Miró hacia el perchero de pie que había en la habitación y vio el traje negro perfectamente colgado. Impecable, como los que usaban los detectives de la agencia de ese arrogante de Campbell. El protocolo sobre vestimenta era muy estricto: traje de chaqueta y corbata negro para ellos; faldas por debajo de la rodilla y camisa blanca para ellas. Sonrió al recordar el ruido de la cremallera

de la falda de Sarah cuando se había deshecho de ella. Primero había subido la prenda hasta la cintura de la chica y después decidió quitarla del todo.

—¡Ay, Sarah, Sarah, si te hubieras portado bien! —sentenció a la foto que guardaba de ella esposada a la cama—. Pero no tuve más remedio que hacerte esto, para que aprendas que no se juega con los sentimientos de los hombres por muy hermosa que seas. —Respiró unos segundos—. Con esa carita de buena que tienes nos haces caer a todos y eso no está bien, Sarah, después los malos somos nosotros —sentenció sin más, pasando la lengua por la fotografía.

Capítulo 6

Las siguientes noches fueron una tortura para Sarah, y para Ángela, que se quedaba con ella en el hospital. Las pesadillas eran continuas, noche tras noche, se despertaba empapada en sudor, gritando aterrada. Cuando estaba despierta, la situación no era mucho mejor; los enfermeros, celadores y cualquier persona de sexo masculino producían en ella ataques de pánico. Ni que decir tiene que Henry y Campbell no habían podido verla. Cosa que tenía al detective Butler más que angustiado.

Mientras Sarah dormía, después de que le administraran un sedante, Ángela aprovechó para telefonar a su marido.

Thomas Sims era comandante de la marina desplegado actualmente en una misión a bordo de un portaaviones del que ella siempre olvidaba el nombre.

El teléfono emitió el tono característico de la videollamada y Ángela miró el reloj. Esperaba que Tom no estuviera ocupado. En pocos minutos, la hermosa sonrisa de su marido le alegró el día.

—Ey, preciosa —le dijo a modo de saludo—. ¿Cómo está Sarah? —preguntó preocupado.

—Ahora mismo dormida, con sedantes —explicó—. Está muy mal, Tommy, completamente desecha, asustada y magullada, aunque las secuelas físicas son las que menos importan porque desaparecerán, el problema son las psicológicas.

—Es muy duro lo que le ha pasado cariño —dijo intentando calmar a su esposa con la voz. Las palabras de Ángela en aquel mensaje de texto aún hacían daño a sus ojos: «han violado a Sarah»—. Vas a tener que ser muy fuerte, solo os tiene a su amigo Henry y a ti.

—A él no le quiere ni ver, los hombres en general le dan pánico y a él en particular le ha señalado como su violador, y aunque luego ha dicho que no,

le han detenido —informó y vio cómo los ojos de su marido se abrían sorprendidos.

—¡Menuda historia! —exclamó—. Nadie que haya visto a esos dos interactuar alguna vez se creería que él la haya violado.

—Encontraron restos de su ADN en el cuerpo de Sarah —dijo sin más—. Aun así ella dice que no fue y la creo, y su jefe también, está intentando sacar a Henry bajo fianza y tiene a sus mejores hombres en esto —suspiró—. Solo te llamaba para verte un poco, ojalá estuvieras aquí —dijo soñadora.

—Lo sé, nena, pero también sabes cómo es mi trabajo. —Siempre respondía lo mismo—. ¿Y los chicos? —preguntó interesándose por sus hijos.

—He tenido que mandarles con mi madre; ha protestado, pero al final papá me echó un cabo.

—Estarán bien con ellos, sabes que tu madre es como es, pero en el fondo adora a sus nietos —apostilló para calmarla—. Cielo, tengo que colgar, me llaman —explicó al escuchar su nombre por la megafonía del portaaviones.

—Claro, tienes que trabajar y todo eso. —Nunca había llevado muy bien las ausencias de su marido por trabajo, y ahora menos—. Mataría por un abrazo.

—Te quiero, Angie, os quiero, no lo olvidéis, pase lo que pase. —Thomas siempre se despedía de ella como si nunca fuera a volver, con su trabajo no sabía cuándo podía ser la última vez que viera a su esposa.

—Y nosotros a ti.

Mientras, en la cárcel, Henry pasaba uno de los peores días de su vida. A pesar de todos los intentos de su jefe porque le mantuvieran provisionalmente en una celda de la comisaría, los funcionarios policiales no cedieron. Las pruebas de ADN y la declaración inicial de Sarah eran irrefutables: él era un violador.

Apoyó la cabeza en los barrotes en busca de algo frío que aliviara un poco el calor que bullía dentro de él. Estaba confundido y aterrado. ¿De verdad le

había hecho daño a su compañera? ¿A la mujer que amaba? ¿Por qué? Él la había respetado siempre, como profesional y como persona. Por eso se apartó cuando ella le rechazó después de su noche juntos en Nueva York. Si Sarah no le quería, él no iba a insistir. Por orgullo y porque estaba firmemente convencido de que ella se merecía ser feliz, aunque no fuera a su lado.

Sin poder evitarlo volvió a recordar aquella noche. Y cerrando los ojos se permitió fantasear con tener de nuevo el cuerpo de su amiga bajo el suyo. Él le haría el amor como el más tierno de los amantes. La desvestiría lentamente mientras salpicaba su piel de besos calientes. Sus manos la acariciarían y besaría sus labios de azúcar mientras ella se dejaba llevar entregándose a él y a la pasión que ambos sentían como nunca antes se entregó a otro. A nadie.

La voz del vigilante anunciando que debían salir al patio le sacó de su pensamiento y se riñó a sí mismo. Solo le faltaba que le hicieran una evaluación psicológica y vieran que tenía ese tipo de fantasías con ella. Salió de la celda arrastrando los pies y con la vista fija en el suelo.

—¡Hombre! —gritó alguien a su espalda—. ¡Si es el gran Henry Butler! El mejor detective de San Francisco. —Se giró y se topó de frente con una cara que le sonaba mucho—. ¿No te acuerdas de mí? —Él negó con la cabeza—. ¡Qué mala persona eres detective! —exclamó mirando al cielo—. ¿Cómo eres capaz de no recordar a las personas a las que jodes la vida? ¡Tú me metiste aquí!

—Algo harías —respondió sin más y eso cabreó más a su interlocutor que, sin que lo viera venir, le asestó un puñetazo que le hizo caer al suelo.

—¡Te voy a decir yo a ti, cabrón! —chilló mientras le daba patadas por todas partes y Henry no sintió el instinto de defenderse. Había hecho daño a Sarah, se merecía una paliza. Se la habría dado él mismo de haber podido.

Los guardas separaron a aquel hombre del que estaba en el suelo.

—Butler, ¡visita! —gruñó el más alto de los oficiales de la prisión. Henry se levantó sintiendo que le dolía hasta el alma, ¿por qué no habían dejado que le matase?

Cuando llegó a la sala acristalada de las visitas se encontró directamente con su jefe mirándole con un gesto de desaprobación.

—¿En serio, Henry? —inquirió cruzando las manos sobre el pecho—. ¿Cuánto llevas aquí? ¿Dos horas? Y ya estás así...—cuestionó como un padre a su hijo que ha hecho una travesura.

—No ha sido culpa mía jefe, pero me lo merezco —respondió con desidia.

—¿Estás en ese plan? ¿Tú, el gran detective que puede con todo?

—Supongo que con todo menos con el hecho de haber violado a mi compañera —contestó.

—Eso no ha pasado, estoy seguro —sentenció y los dos se sentaron.

—Supongo que está bien que alguno de los dos lo esté.

—Cambia tu actitud ahora mismo, Butler —le amonestó ahora en su mejor tono de jefe—. Estoy trabajando para conseguir sacarte bajo fianza.

—No puedo pagarla.

—Yo sí —respondió con chulería y vio en el rostro de su hombre un amago de sonrisa mezclada con el dolor de los golpes—. Mcnamara trabaja en el caso de Sarah.

—Es muy bueno, lo resolverá.

—Sí, lo es, pero no es el mejor. —Quería alentarle a luchar—. Ese eres tú —le señaló—. Han violado a una de los míos, quiero al cabrón que lo hizo entre rejas y para eso necesito al mejor.

—No puedo investigar un caso donde yo soy el principal sospechoso —protestó.

—Lo harás cuando demuestre que no tienes nada que ver ¿cómo no puedes recordar nada? —preguntó furioso.

—Bebí demasiado —respondió agachando la cabeza.

—¿Tanto?

—Eso parece.

—Mira, Henry, este diálogo de besugos me está cabreando más de la cuenta, te conviene tenerme de tu lado, hablaré con un par de abogados y moveré unos hilos, estarás fuera en unas horas.

—Si es lo que quiere. —Fue toda su respuesta.

—¡Y tú! —gritó señalando a uno de los guardas—. Lleva a mi hombre a la enfermería a que le miren esos golpes y después a una celda de aislamiento, quiero sacarlo vivo de aquí.

—A sus órdenes. —Henry miró a uno y a otro sin entender a qué venía ese trato.

—Te veo más tarde.

—Le aseguro que aquí estaré. —Peter sonrió sin ganas y se fue.

Tal y como prometió, unas horas después, Henry estaba fuera de la cárcel. Campbell le dejó en el hospital, estaba desesperado por ver a Sarah, y se fue de vuelta a la agencia.

—¡Quiero verla! —insistía a Ángela parado en la puerta de la habitación.

Su jefe estaba tan seguro de su inocencia que había removido Roma con Santiago hasta conseguir que le soltaran bajo fianza y había pedido, bajo su responsabilidad, que le permitieran ver a su compañera de lo contrario iba a volverse loco y él lo necesitaba cuerdo.

—Sabes que eso por el momento no puede ser, ella no puede, Henry, entiéndelo. —Le daba muchísima pena, pero su amiga estaba antes que nadie—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Eso no importa —dijo—. Ángela, entiéndeme tú a mí, ella antes siempre..
—Las palabras se le atragantaban, no quería exponer sus sentimientos, pero no podía evitarlo.

—Recurría a ti ante cualquier problema, lo sé, pero ahora es diferente, no está preparada.

—¿Y cuándo va a estarlo? —cuestionó y la pelirroja sonrió. Parecía uno de sus hijos en una rabieta caprichosa.

—La psiquiatra dice que está haciendo progresos, lentamente, pero los está haciendo, ¿hablarías con ella por teléfono? Sería un comienzo.

—Habría con ella de la forma que sea, solo quiero que sepa que estoy aquí para ayudarla, que puede confiar en mí, como siempre; Butler y Boyle unidos ante la adversidad como Mac y Harm en aquella serie que a Sarah le encantaba. —Sus palabras, la cadencia de su voz al hablar y la desesperación siempre patente en su mirada hacían que Ángela sufriera aún más.

Por un lado estaba su amiga, siempre fuerte y valiente, ahora convertida en un constante manojo de nervios y miedo, y por otra parte su amigo, que sufría por el amor secreto que llevaba dentro.

—Hagamos una cosa para que te quedes tranquilo, voy a entrar y le contaré a Sarah nuestra idea; si accede, te llamo y hablas con ella, ¿vale? —dijo razonando como lo haría con su hijo de tres años.

—Vale, estaré aquí —respondió y Ángela no dudó que fuera cierto, había estado parado delante de esa puerta desde que todo aquello comenzó, albergando la esperanza de poder verla.

Cruzó el umbral de la puerta temerosa, lo menos que quería era mortificar más a su amiga.

—Sarah... cariño, ¿estás despierta?

—Sí —respondió.

—Te voy a proponer algo, no quiero que te pongas nerviosa, si no quieres o

no puedes hacerlo simplemente dilo, ¿vale? —Sarah asintió—. Henry está aquí. —Al ver que su amiga abría la boca para protestar la detuvo—. Sabe que no puede entrar, pero está desesperado por hablar contigo, ¿puedes hacerle ese favor a tu mejor amigo? ¿Aunque sea por teléfono? Lo está pasando fatal, está acostumbrado a ser tu paño de lágrimas y ahora... —Dejó la frase en el aire.

—Está bien, hablaré con él por teléfono. —Aceptó aunque no estaba demasiado convencida.

Ángela se apresuró a marcar el número del móvil de Henry, que no esperó al segundo toque para responder, y pasó el teléfono a Sarah.

—Hola. —Su voz sonaba cargada de miedo.

—Hola, Sarah, ¿cómo te sientes? —preguntó con miedo.

—Mal, ¿cómo quieres que me sienta? ¿Sabes lo que me han hecho? —Su voz sonaba cargada de reproche.

—Claro que lo sé, pero... —De repente se había quedado sin palabras.

—Da igual, Henry, tampoco esperaba que me dijeras nada esperanzador, ni siquiera estabas ahí para evitarlo. —Dejó caer lo que llevaba días atormentándola.

—Yo, lo... lo siento mucho, Sarah, de verdad que lo siento, te prometo que encontraré a ese tipo y se lo haré pagar caro —prometió sintiendo el peso de la culpa en su corazón.

—No prometas cosas, Henry. —Cada palabra que ella decía hacía más daño a Henry, no sabía por qué todo ese resentimiento hacia él.

—Quiero que confíes en mí, quiero verte —suplicó con la voz rota a punto de llorar.

—¡NO! —gritó—. No te quiero cerca de mí. —Tras esto colgó y lanzó el teléfono con furia contra la silla.

—¿Qué ha pasado? —cuestionó Ángela confundida.

—Quiere verme —dijo llorando—. Y me he portado fatal con él, juro que no quería hacerlo, Ángela, no sé qué es lo que me pasa.

—Tranquila, lo superarás, poco a poco volverás a confiar en los hombres, empezando por ese que está al otro lado de la puerta y que ahora debe estar muy confuso.

—Ve y habla con él, dile que me perdone —le pidió, nadie mejor que ella.

Ángela cumplió solícita su misión y habló con Henry consiguiendo tranquilizarle. Sarah mejoraría y estaba segura que en cuanto esto pasara el detective volvería a estar entre sus personas preferidas.

—Ella tiene razón —le dijo en cuanto la vio aparecer—. Aunque consiguiéramos demostrar que no fui yo, debí estar ahí para protegerla. —Continuó pasándose las manos por el pelo en señal desesperación.

—No, Henry —le espetó tratando de no gritar—. Sarah no tiene razón en esto —le dijo—. Sé que siempre la tiene, ella es la sensata de las dos, la que no actúa por impulsos, pero te digo que en esta ocasión está equivocada: tú no la violaste y tú no tienes la culpa de que lo hayan hecho.

—No sé qué hacer —confesó.

—Irte a la oficina y resolver este caso, y luego tener mucha paciencia, Sarah no tiene a nadie más que a nosotros dos, Henry. —A pesar de que ellos dos se llevaban bien, su relación era de pura cordialidad, pero en ese momento Ángela sintió unas ganas locas de abrazarle.

—Eres una amiga estupenda, tiene suerte de tenerte —le dijo.

—Y a ti —contestó—. ¿Te importa si te abrazo? —preguntó—. Me parece que los dos lo necesitamos.

—Claro que no me importa —respondió y ambos se fundieron un abrazo que, sin duda, sentó las bases para una sincera amistad.

—Y ahora, ¡largo! —le exigió Ángela—. Tienes que trabajar.

—Dale un beso de mi parte —pidió—. Pero no se lo digas o no lo querrá.

Capítulo 7

La investigación no había arrojado por el momento ningún dato sobre quién podría ser el culpable, las pruebas de ADN habían señalado a Henry, pero todo el mundo sabía que él no era capaz de algo así.

Campbell estaba desesperado. Sus dos mejores detectives estaban fuera de este caso y, aunque los demás también trabajaban muy bien, ningún equipo era mejor que el que formaban Boyle&Butler.

Por tanto, decidido a poner fin cuando antes a esta situación, y haciendo caso omiso a las recomendaciones, arriesgó todo el prestigio de su agencia e incluyó a Henry Butler, principal sospechoso de la violación de Sarah Boyle, en la investigación.

Henry había llegado a la agencia directamente desde el hospital. Se sentía cansado, triste y perdido, sin contar con el dolor físico que le producían los moratones por la paliza que le habían dado en la cárcel. Estaba hecho un desastre, pero no tenía tiempo para perder en lamentarse más.

Mientras conducía de camino al trabajo había pensado mucho y había aceptado que tanto su jefe como Ángela tenían razón: con esa actitud derrotista no iba a ayudar a Sarah, y tenía que hacerlo, no iba a fallarle otra vez.

Cuando llegó a su destino, cruzó como un loco la recepción hasta su despacho sin saludar a nadie y se puso a trabajar.

Unas horas después, permanecía sentado en su oficina con el teléfono en la oreja esperando que le atendiera el administrativo de la cárcel. Ante él, un papel con unos cuantos nombres apuntados:

Dean Palmer: Sarah y él habían desarticulado su negocio de venta ilegal de drogas a menores en centros de acogida y ese malnacido siempre había mirado a su compañera con ojos de deseo.

Anthony Coster: un abogado con el que alguna vez habían trabajado y que, años atrás, había propuesto a Sarah que tuvieran una relación amorosa; Henry sabía que habían llegado a tener al menos una cita, pero después no supo qué más pasó con ellos, su compañera era muy celosa con su vida privada.

Albert Jones: era un agente federal que había sido amigo de ellos durante muchos años. Era un hombre alto y guapo, o eso era lo que todas las chicas de la agencia decían. Rubio y de ojos castaños, la atracción que desde el primer minuto había sentido por Sarah era algo que todos habían notado. Henry aún sentía los celos bullir en su cuerpo al recordar todas las veces que les vio tontear. Albert y Sarah sí que habían tenido una relación, fugaz, de mucha pasión y poco amor que acabó cuando a él le mandaron a una misión encubierta donde resultó gravemente herido. Este hecho dio pie a que Sarah descubriera que su amante de noches de locura era un hombre casado y padre de dos niños pequeños. Henry hizo de paño de lágrimas de su amiga en aquella ocasión y recordaba cómo ella le contó que el malnacido de Jones le propuso seguir con su relación a pesar de su matrimonio.

Trevor Ross: Él era sin duda un hombre importante en la vida de Sarah. Se conocieron mientras estudiaban la carrera y se habían hecho buenos amigos. Años después, se habían reencontrado cuando él hizo una colaboración con la agencia y fue entonces cuando algo surgió entre ellos.

Habían mantenido una relación bastante larga, llegaron casi a las puertas del altar. Pero tras el viaje a Nueva York de Sarah y Henry, ella le había dejado. Incapaz siquiera de volver a mirarle a los ojos por haberle engañado con su compañero, Sarah rompió su compromiso y Trevor se marchó con el corazón roto y un anillo en el bolsillo.

Mientras en el teléfono siguió sonando, la música que indicaba que le mantenían en espera, Henry miró el otro papel que tenía sobre su mesa. Ángela le había dado algunos nombres de ex parejas con los que Sarah no había terminado muy bien.

Henry no pudo evitar el pinchazo de los celos al saber con cuántos hombres había mantenido Sarah una relación cuando con él no había querido ni

planteárselo.

Decidió que era mejor dejar atrás esos pensamientos y concentrarse en la investigación.

La venganza. Ese era el móvil sobre el que Jason Mcnamara había cimentado la investigación y él estaba de acuerdo. Así que seguiría por esa vía que, además, abría un gran número de líneas de investigación.

Tratándose de una venganza, cualquiera de los cientos de hombres a los que Sarah hubiera mandando a la cárcel durante sus años como detective privado eran ahora sospechosos. Pero a Henry no le importaba, se pasaría en la oficina las horas que fueran necesarias hasta dar con ese tipo. Si es que finalmente no era él.

—Soy Henry Butler, de la agencia de detectives de Peter Campbell —informó cuando al fin le cogieron el teléfono—. Le llamo para que me facilite información sobre uno de sus presos. —Y esperó a que el oficial de la cárcel hiciera la comprobación—. ¿Está seguro que Palmer sigue ahí?

—Sí, señor —respondió la voz al otro lado de forma mecánica.

—Muy bien, no le molesto más. —Frustrado tiró el papel sobre la mesa.

Sarah pasó unos días más en el hospital. Las heridas de su cuerpo se estaban curando muy rápido y los médicos no veían necesario que permaneciera allí por más tiempo.

A partir de ahora le tocaba a ella decidir cómo de rápida sería su recuperación psicológica y el primer paso era saber en qué forma lo iba a afrontar.

Estaba sentada en el despacho de la terapeuta. Doctora Catherine Sherwood, ponía la placa que descansaba sobre la mesa de madera clara. Sarah la miró con desconfianza.

Era bastante joven. Morena y con una extraña mezcla de rasgos entre asiáticos y latinos. Llevaba el pelo suelto y lucía una bonita melena ondulada

que le caía sobre los hombros con elegancia.

Debajo de la bata blanca se adivinaba un coqueto vestido de punto en color borgoña y aunque estaba sentada parecía bastante alta.

—¿Ya has acabado de escanearme? —le preguntó con una sonrisa—. Eres detective, supongo que fijarte en todos los detalles es deformación profesional.

—Si usted lo dice —respondió sin más.

—Tu actitud ante esto que te ha pasado es la clave para la recuperación, Sarah —comenzó al darse cuenta del tipo de paciente que tenía delante: una mujer fuerte y con carácter, pero a la que la vida le había dado un duro revés—. Puedes decidir luchar con uñas y dientes como tengo entendido que sueles hacer con todo, o puedes quedarte en la cama llorando tu desgracia, en cuyo caso jamás lo superarás.

—Pues es de lo que tengo ganas, de llorar y de dormir —contestó con desidia.

—Tú verás, entonces —le dijo—. Eres una mujer joven y hermosa, inteligente, con carácter, valiente y considerada de las mejores en tu trabajo —comentó leyendo los informes sobre ella—. ¿Quieres perder todo eso? ¿Darle una patada a tu vida solo porque un mal hombre te violó? —la picó.

—¿Solo? —inquirió poniéndose de pie enfadada—. ¡Ese cabrón me...! —Era imposible, la palabra maldita no salía de su boca.

—Te violó —apostilló la doctora—. Tienes que ser capaz de llamar a las cosas por su nombre, Sarah, te han violado, has sufrido una violación, un hombre te violó, llámalo como quieras, pero llámalo por su nombre.

—No puedo hacerlo —reconoció tras un largo suspiro.

—Pues entonces no te recuperarás nunca —sentenció seria—. Esto es como cuando eres alcohólico, el primer paso es asumirlo.

—Fui adicta a las pastillas para dormir cuando murieron mis padres —dijo

sin saber por qué.

—Y volverás a serlo ahora. Si no te enfrentas a la violación con otra actitud, nunca podrás recuperar tu vida y tu estabilidad, las pesadillas no remitirán y jamás podrás dejar las pastillas que te han recetado. Fin. Una vida maravillosa, que te ha costado mucho construir, a la basura por no querer luchar; qué pena, Sarah, me habían dicho que eras valiente. —Sin duda la experiencia que le habían dado los años la hacían saber cómo debía enfrentarse a cada caso.

—¡No voy a rendirme! —gritó—. Yo no he dicho eso.

—Sí lo has hecho, has dicho que solo quieres dormir y llorar.

—Pero no que sea lo que voy a hacer para siempre, no quiero tirar mi vida a la basura —reprochó—. Y usted no me conoce, así que no cuestione mi valor, me hicieron daño, ¿vale? Y lo superaré como me dé la gana.

—Si es eso lo que crees —dejó caer—. Si aceptas un consejo, intenta pensar qué te apetece hacer.

—Quiero hablar con Henry —interrumpió—. Pero me da muchísimo miedo.

—Henry es tu compañero al que acusaste de violarte —afirmó diciendo otra vez esa dichosa palabra que Sarah odiaba—. Después dijiste que no había sido él. ¿Estás segura? —preguntó.

—Sí, él no le haría daño a nadie —dijo segura—. Pero no me protegió. —¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué decía eso?

—¿Acaso no eres una mujer independiente y valiente que sabe defenderse sola? —cuestionó.

—¡Me atacaron por la espalda y me drogaron! ¿¡Cómo iba a defenderme, joder!?! —gritó entre lágrimas.

—¿Y cómo iba a hacerlo él? —preguntó la terapeuta.

—No lo sé —reconoció—. Quiero hablarle.

—Llámale para contarle que te vas a casa —sugirió—. Seguro que os hará muy bien a ambos.

—Eso haré y gracias, supongo. —Aunque la sesión había resultado agotadora, Sarah sentía que la doctora tenía razón, su actitud ante lo sucedido sería su salvación, y ella jamás se rendía.

Henry estaba en la oficina. Ya no recordaba cuándo había sido la última vez que había dormido en su cama. Se pasaba los días y las noches investigando. Haciendo llamadas. Ya tenía localizados a algunos de los hombres de su lista y Mcnamara a los de la lista de Ángela, en breve podrían empezar las entrevistas. El trabajo de despacho le ponía nervioso, sentía que en realidad no hacía nada.

—Butler —respondió en tono profesional cuando el teléfono le sacó de sus pensamientos.

—Boyle —dijo ella en uno similar.

—¡Sarah! —No pudo controlar la emoción que embargó su corazón al escucharla.

—La misma, te llamaba para decirte que hoy me dan el alta, voy a estar en casa de Ángela unos días —informó, estaba nerviosa. Después de su intento fallido de conversación telefónica ella sentía que se lo debía, además necesitaba escuchar su voz y enfrentarse a sus miedos, como le había dicho la doctora.

—Muy bien, me alegro mucho. —Tuvo que contenerse para frenar las palabras que estaban a punto de salir de su boca—. Entonces estás bien —sentenció esperanzado.

—Aún tengo magulladuras, pero no son graves y hoy he tenido sesión con la psiquiatra.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que mi actitud es el principal factor para mi recuperación psicológica, que

tengo que enfrentarme a lo que me da miedo y llamar a lo que me pasó por su nombre —informó—. Te he llamado por eso.

—Porque me tienes miedo —dijo.

—No a ti —se apresuró a responder.

—Crees que te violé.

—Ya dije que no, Henry, no es mi culpa que no me crean. —Se defendió, el tono de esa conversación empezaba a parecerse a otras muchas que habían tenido y que habían acabado en pelea.

—Está bien, Sarah. —Él también se había dado cuenta; si seguían, acabarían peleando—. Centrémonos en ahora, ¿vale? —sugirió—. Me llamas para... —Y calló para que ella continuase.

—Para decirte que me voy a casa de Ángela, que he decidido enfrentarme a esto que me ha pasado en vez de lamentarme. Te he llamado a ti porque me da miedo estar cerca de hombres, pero quiero que ese temor pase y me apetece mucho verte —le explicó tratando de contener las lágrimas.

—¿Quieres que vaya a verte? —preguntó sorprendido.

—¿Podrás esta tarde? Dice la doctora que no puedo retrasarlo más y he pensado: «¿quién mejor que mi mejor amigo?» —le dijo y Henry casi pudo notar su sonrisa, triste, pero sonrisa al fin y al cabo.

—Podré, iré a casa de Ángela esta tarde.

—Dile a Campbell que si quiere pasarse...

—Él también ha estado muy preocupado por ti, Sarah.

—Lo sé, lo siento...

—No te preocupes, debo volver a trabajar, nos vemos esta tarde, compañera.

—Hasta después, Henry. —Tras colgar, una sonrisa acompañó al detective

Butler todo el día.

Capítulo 8

Ángela aparcó el coche delante de la puerta de su garaje y los ojos de Sarah dieron un repaso a la edificación. Su amiga vivía en una casa bonita y acogedora.

Después de su boda con Thomas, el joven matrimonio se había mudado allí tras la negativa de Ángela de vivir en la base militar. Ella no quería que su vida se viera influenciada por la profesión de su marido más de lo que ya lo estaba. Por eso, tras una importante pelea por la que Sarah llegó a creer que no casarían, Thomas cedió y compraron una casa en un coqueto barrio residencial.

De fachada blanca y construcción sencilla, la casa tenía dos plantas. En la de abajo, un amplio salón comedor dominaba buena parte de la estancia, que estaba conectado a la cocina por una barra americana de mármol negro. Por la puerta trasera se accedía al pequeño jardín donde la pareja había colocado una zona de juegos para los niños. En la parte alta, dos baños y tres habitaciones: la del matrimonio, con su propio aseo, la de los niños y una para invitados.

—Bien, ya estamos en casa —dijo la pelirroja abriendo la puerta.

—Muchas gracias por todo, Ángela, siento ser una molestia para ti —se excusó quitándose las gafas de sol que había llevado puestas todo el camino para proteger sus ojos de la luz y de las miradas de quienes se cruzaran en el trayecto.

—¡No digas tonterías! Estoy encantada de que estés aquí. ¿A qué hora vendrán Henry y tu jefe?

—Después del trabajo, supongo, ¿te quedarás con nosotros verdad? —De repente la idea de estar sola con dos hombres le aterró hasta el punto de que un par de rebeldes lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Claro, tranquila, estaré aquí... verás que todo va a ir bien, Sarah.

—¡Oh Ángela! ¿Cuándo voy a superar esto? —preguntó aterrada.

—Cariño, solo han pasado dos semanas, lo superarás, tu psiquiatra dice que has hecho grandes logros —le dijo consolándola.

—Sigo sin recordar quién fue y la idea de estar con un hombre me aterra, aunque sea Henry. —Sin duda esta era una de las cosas que más la frustraban.

—Todo eso es transitorio, estoy segura de que pronto podrás volver a relacionarte normalmente con los hombres, sobre todo con Henry —añadió con una sonrisa—. Sé que algo muy bonito está por pasar entre vosotros, lo sé yo y lo sabe todo el mundo Sarah, basta con ver cómo te mira —sentenció, siempre había sido la más romántica de las dos.

—Le rechacé, Ángela —confesó a su amiga por primera vez—, en Nueva York, pasamos la noche juntos, le besé y no pudimos contenernos. Al día siguiente él me propuso una relación y yo le dije que no —concluyó—. Después le acusé de haberme... —No pudo contener más las lágrimas y lloró, una vez más, en el hombro de su amiga.

—Estoy segura de que ya lo habrá olvidado —dijo sin encontrar las palabras adecuadas, no tenía ni idea de que Sarah hubiera rechazado a Henry, eso explicaba muchas cosas—. Ahora preparemos todo para la visita.

Henry y Campbell llegaron pasadas las siete de la tarde, aún con los trajes de chaqueta oscuros que usaban a modo de uniforme y llevando cada uno un regalo para Sarah. Henry le había comprado un ramo de flores y un CD de su cantante preferido mientras que su jefe había optado por una enorme caja de bombones.

—¿Quiere tranquilizarse, Butler? —le amonestó en su mejor tono de jefe.

—Lo siento señor —se disculpó, llevaba todo el día histérico.

Llamaron a la puerta y Ángela tardó unos minutos en abrir. En el piso de

arriba, la pelirroja ayudaba a su amiga a cambiarse de ropa. Sarah parecía absorta mientras se quitaba los vaqueros y la camiseta larga que había usado para salir del hospital. Entrecerró los ojos al ver los moratones que tenía en las piernas, en el abdomen y los arañazos en los brazos.

Las lágrimas caían sin control por su cara. Respiró hondo y dejó que su amiga se encargara de vestirla de nuevo.

—Perdonen que les haya hecho esperar, estaba ayudando a Sarah a cambiarse de ropa. Pasad, está en el salón —les saludó Ángela con una sonrisa, era hermosa a pesar de las ojeras.

—¿Cómo está? —preguntó su jefe.

—Muy nerviosa, señor.

—Pues ya son dos —dijo señalando a Henry, Ángela no pudo evitar acercarse a su amigo.

—Tranquilo, ella tiene muchas ganas de verte. —El detective agradeció el comentario con una sonrisa que se borró de su cara en cuanto divisó a Sarah sentada en el sofá con la mirada perdida en algún punto no concreto y una enorme tristeza nublando sus ojos. Tuvo que contar hasta diez para no correr hasta ella y estrecharla en sus brazos.

—Sarah —llamó con cuidado de no asustarla. Ella levantó la vista lentamente, deseando encontrarse con esos ojos que tanto amaba y que siempre le infundían paz.

—Hola —dijo. Sus miradas se quedaron clavadas la una en la otra, Ángela y Campbell se mantenían en un segundo plano, sabían que ese momento era solo de ellos. Ambos deseaban con todas sus fuerzas que esto acabara bien, no creían que Henry pudiera soportar otro desplante.

Sin mediar palabra, porque a veces sobran, Sarah se puso de pie y estiró los brazos en una muda invitación que Henry captó rápidamente, soltó las flores y la abrazó, absorbiendo el suave aroma de su perfume y sintiendo que su corazón se reconfortaba a pasos agigantados.

El cuerpo de Sarah se tensó unos segundos, pero en cuanto los brazos de su mejor amigo, del hombre que secretamente había amado desde siempre, la rodearon, todo miedo desapareció dejando paso a una calidez que hacía tiempo que no sentía.

Cuando se separaron, Henry tenía los ojos cristalinos de lágrimas y Sarah lloraba desconsoladamente sin poder evitar que las palabras salieran de sus labios.

—¿Por qué no estabas allí? ¿Por qué no me protegiste? —reprochó.

—No sabes cuánto lo siento, perdóname mi vida. —Las palabras también salían de sus labios sin pedir permiso—. ¿Podrás perdonarme? —El sentimiento de culpa le estaba ahogando, Sarah le miró y asintió levemente.

—¿Por qué a mí, Henry? ¿Qué he hecho para que alguien quisiera hacerme esto? —Tener a Sarah entre sus brazos en ese estado solo conseguía que el corazón de Henry se rompiera más y más.

—Nada, tú no has hecho nada, esto tampoco es culpa tuya —la consoló.

—Ni tuya, ni mía, entonces ¿de quién, Henry? —gritó.

—Lo averiguaré, te lo prometo, sabremos quién te ha hecho daño y te juro que se lo haré pagar. —Ella le miró y se percató de algo por primera vez.

—¿Eso que tienes ahí son restos de moratones?—preguntó.

—Tuve un pequeño accidente con el coche, son marcas del air bag, no quise preocuparte, no es nada. —Mintió, lo menos que quería era que su compañera se sintiera peor al saber que le habían pegado en la cárcel donde había ido a parar después de que ella le señalara como su violador.

En un momento dado, instantes después de que sus ojos permanecieran anclados en los del otro en busca de la paz que los dos necesitaban, se dieron cuenta de que no estaban solos y ambos trataron de recomponerse.

—Señor —dijo sorbiendo las lágrimas.

—Sarah, hija, me alegro de que estés mejor —comentó mientras la abrazaba también.

Ella les miró con una sonrisa y por primera vez en dos semanas, se sintió segura en presencia de un hombre, sabía que ninguno de ellos le haría daño pero, había algo en ellos que la inquietaba y pronto se dio cuenta.

—La ropa —susurró.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Quieres que nos vayamos? —cuestionó Henry nervioso.

—No, no se trata de eso, vosotros... me tranquiliza que estéis aquí pero, creo que acabo de recordar algo. —Sus palabras quedaron en suspenso haciendo que el corazón de su compañero se atacase.

—¿Qué? —inquirió pensando que una pista les vendría genial.

—Él llevaba un traje de chaqueta negro, parecido a esos —dijo entre sollozos y Henry volvió a abrazarla.

—Le encontraremos, ¡te lo juro! —dijo mientras meditaba sus palabras.

Pasaron un par de horas hablando de muchas cosas sin entrar más en el tema de la violación. Henry no podía evitar mirar a Sarah todo el tiempo. La veía muy cambiada, sin duda esa maldita experiencia había puesto su vida al revés.

La imagen de la dura detective que había desprendido siempre había desaparecido, hasta físicamente parecía más frágil.

Llevaba un pantalón de chándal oscuro y un jersey de manga larga a pesar de que el tiempo era caluroso. Henry recordó algo que Ángela había dicho días antes: «no soporta verse las marcas», eso explicaba la indumentaria. Le sorprendió que llevase el pelo recogido, en una coleta alta que dejaba entre ver arañazos en su cuello, tuvo que contenerse para no acercarse a ella y besarla. Llevaban toda la tarde sentados uno junto a otro, con las manos entrelazadas, dándose un mutuo y silencioso apoyo.

—Creo que va siendo hora de que me vaya... —dijo poniéndose en pie—. Me encantó verte, Sarah —dijo Campbell en un momento dado recogiendo su chaqueta del respaldo del sillón.

—A mí también señor, y siento no haber podido antes —se excusó.

—No tiene importancia, ¿te quedas Henry? —preguntó.

—Es tarde, las chicas querrán descansar, ¿puedo volver mañana? —cuestionó temiendo su respuesta.

—Cuando quieras —dijo con una tímida sonrisa que él agradeció con otra.

—Nos vemos mañana; cuídala, Ángela y si necesitáis algo, llamadme.

—¿Ves cómo todo ha ido bien? —inquirió la pelirroja a su amiga.

—Le echaba de menos —señaló con aire soñador.

—Lo sé cariño... lo sé.

Poco a poco fueron pasando los días y Sarah mejoraba considerablemente, no podía decirse lo mismo de las noches, cada vez que intentaba dormir sin tomar tranquilizantes las pesadillas la atormentaban.

Aquella noche despertó empapada en sudor y temblando de pánico, con la respiración agitada y un terrible dolor de cabeza.

¡Maldita sea! Había vuelto a revivir en sueños aquel horrible momento. De nuevo se vio así misma esposada a una cama y con todo el peso de un hombre, al que seguía sin poder poner cara, sobre su cuerpo forzándola a hacer algo que no quería, robándole su dignidad y toda la seguridad que sentía en sí misma de un solo golpe.

Sentada en la cama, presa de un ataque de pánico, solo se le ocurrió una cosa. Estiró la mano hasta la mesa de noche y cogió el frasco de pastillas, lo abrió y se echó dos a la boca con un poco de agua.

Al devolver la botella a su lugar se topó con el teléfono móvil. Sin pensarlo hizo una llamada.

—¿Sucede algo Sarah? —La voz de Henry, demasiado despejada para la hora que era, actuó como un bálsamo para ella.

—Nada, es que me he despertado con una pesadilla y pensé que llamarte me calmaría, lo siento es una tontería, siento haberte despertado.

—No pasa nada, puedes llamarme cuando quieras, ¿no está Ángela? —le preguntó extrañado.

—Está dormida, necesita descansar, no quiero molestarla.

—Ayudarte y cuidarte no es una molestia ni para ella ni para mí.

—Gracias —dijo sin más.

—¿Qué necesitas? ¿Quieres que vaya? —preguntó.

—Solo hágame, tu voz me calma —sugirió y Henry le habló durante horas de todo lo que se le ocurrió.

Henry continuaba investigando con la ayuda de Jason Mcnamara, compañero de ambos en la agencia, y ambos sentían que daban vueltas en un callejón sin salida.

—No lo sé Mac, tío —dijo usando su apodo—, El móvil de la venganza es lo más lógico, pero no hacemos más que dar palos de ciego —sentenció tapándose la cara con las manos.

—Tienes que mantener la cabeza fría Henry, sé que la situación es complicada, que se trata de Sarah y que vosotros...

—¿Y si fui yo de verdad? —Por fin había conseguido dar voz a sus temores —. Es decir, ¿pruebas de ADN falsas? Todo es tan rebuscado que a veces parece que estamos complicando algo que es sencillo, era mi ADN en su cuerpo, fui yo, punto final.

—¡Vamos tío! Nadie que te conozca y sepa lo que sientes por ella va a creerse esta tontería por muy simple que sea —le dijo, necesitaba que Henry se centrara.

—¿Qué sabes tú de lo que siento? ¿Qué sabe nadie en esta maldita oficina de mis puñeteros sentimientos por Sarah? ¡Joder! —gritó levantándose de golpe de la silla—. Todo el mundo se cree con derecho a opinar porque al parecer es de dominio público que estoy loco por ella.

—¡Es que lo estás! ¡Todo el mundo lo sabe porque es más que evidente! No te enfades con nosotros por tratar de hacer que te sientas mejor. ¿Qué prefieres? ¿Que le digamos al jefe que ha cometido un error confiando en ti, que no queremos trabajar con el violador de nuestra compañera? ¿Eso quieres, Henry? —bramó con sus ojos azules encendidos en rabia.

Jason Mcnamara era el chico divertido de la agencia. Siempre estaba gastando bromas a todo el mundo, haciendo reír a sus compañeros, coqueteando falsamente con sus compañeras, era afable, cariñoso y de corazón noble. De pelo castaño y ojos azules, era de esos hombres que resultan más atractivos que guapos.

Casi tan alto como Henry, le miraba ahora directamente a los ojos, los dos estaban enfadados, pero tenían esa clase de amistad fuerte por la cual podían decirse las verdades a la cara sin miedo a represalias.

—Lo siento Mac, estoy desesperado, tendría que haber estado ahí para proteger a Sarah y no lo estuve, da igual si el que la violó fue otro, soy tan culpable como él —sentenció serio.

—No te hagas eso a ti mismo y no se lo hagas a ella, no permitas que tu complejo de súper héroe te haga sentirte culpable de algo que no es culpa tuya.

—¿Y si me hubiera quedado hasta que acabara para irnos juntos como hacemos otras veces? —Había recreado la situación en la cabeza mil veces o más.

—¿Como hacéis las dos escasas veces que no acabáis peleados por algún

caso, querrás decir? —Henry negó con la cabeza—. Posiblemente ese tipo habría esperado cualquier otra oportunidad de que ella estuviera sola, al salir del gimnasio, o del supermercado, nadie puede estar con nadie las veinticuatro horas del día...

—¡No sé por qué no tenemos cámaras de vigilancia en este maldito aparcamiento! ¿No es esta la agencia más sofisticada de la ciudad?

—Sí, pero la sofisticación no ha llegado aún al garaje. —Su amigo le dedicó una sonrisa—. Vamos, agárrate a ese teléfono y sigamos la investigación.

—Sospecho de Trevor Ross...

—Llama a su agencia en Washington, intenta que te digan dónde estaba cuando todo pasó —le sugirió.

—Gracias amigo —dijo.

—Las gracias al gato, me debes una cena —bromeó volviendo a ser el Mac de siempre.

Los dedos de Henry se movían veloces sobre el teléfono. Durante esos días no había hecho más que llamadas. Estaba harto, necesitaba una pista que aportara un poco de acción al caso. Quería ponerle las manos encima a ese hombre y reventarle la cabeza.

La voz de una chica al contestar le sacó de sus pensamientos autodestructivos.

— Buenos días señorita, soy el detective Butler, de la agencia de detectives de Peter Campbell en San Francisco, quisiera hablar con el detective Ross.

— El detective no se encuentra en la oficina ahora mismo señor, si puedo ayudarle yo o comunicarle con otro de nuestros empleados —informó de forma mecánica.

—No, tiene que ser él —dijo—. Verá, somos amigos, trabajamos juntos hace un tiempo y, bueno, voy a casarme —mintió— y estoy tratando de localizarle para invitarle, le he llamado a su casa y a su móvil, pero no responde.

—Se mudó hace unos meses y cambió de número —informó.

—¿Podría facilitarme los nuevos? —inquirió.

—No estoy autorizada para hacer algo así.

—Vamos señorita, necesito a Trevor en mi boda —dijo en un tono que trataba de sonar agradable aunque en realidad, la sola mención de ese nombre le producía náuseas.

—Está bien, pero si preguntan yo no he tenido nada que ver; además, tiene suerte, el detective Ross está pasando unos días de vacaciones en San Francisco. —Sin querer, le dio a Henry la información que necesitaba.

—Gracias, muy amable.

—De nada y felicidades.

—¿Felicidades? —preguntó.

—Por la boda —aclaró.

—Sí, claro, la boda. —Colgó y se levantó de un salto dejando a su compañero asombrado y se dirigió como un rayo a la oficina del Campbell—. Señor —dijo sin ni siquiera dar tiempo a que la secretaria le anunciara—. Él está aquí.

—¿Quién está aquí? —preguntó viendo como su detective caminaba nervioso de un lado a otro de su oficina—. ¡Quiere parar, Butler!

—El maldito Ross está en San Francisco, ¡le mataré por esto! Nadie hace daño a mi Sarah y sale impune. —Dentro de la gravedad del asunto, Campbell no pudo evitar una leve sonrisa: ¿su Sarah?

—Detective, tranquilícese, antes de matar a nadie usted debería asegurarse de que fue él, y sabe tan bien como yo que el hecho de que esté en nuestra ciudad no le convierte en culpable.

—Pero si es sospechoso, tiene un móvil señor, venganza, odio, Sarah le dejó después de que nosotros...—rectificó lo que iba a decir, pero Peter Campbell era un lobo viejo—. Nos odia, a los dos ¿qué mejor que violarla y culparme? —señaló muy seguro de su teoría.

—¿Qué pasó entre Sarah y tú para que él quiera vengarse de los dos? —preguntó tuteándole, ahora no era su jefe.

—Cuando estuvimos en Nueva York hace dos años, nosotros perdimos el control y pasamos la noche juntos.

—Pasaron la noche juntos —murmuró—. ¿Durmiendo, de fiesta? —le picó, quería la confesión completa.

—¡Sexo! Tuvimos sexo, y no me sueltes un sermón, que no está en las normas de la agencia que dos detectives no puedan acostarse juntos —gritó nervioso tuteándole también, siempre habían tenido la facilidad de cambiar de la formalidad laboral a la cordialidad amistosa sin darse cuenta.

—Si no fuera por la situación en la que estamos y porque eso pasó hace dos años y Sarah y tú no sois pareja, gritaría de felicidad. —Henry le miró sin entender sus palabras—. Estáis locos el uno por el otro, supe que pasaría desde que os presenté.

—Ella no lo está, si no seguimos juntos tras ese día fue porque ella no quiso, fin de la historia, ¿podemos ir a por Ross? —dijo cambiando radicalmente de tema—. Fue él, mi instinto me lo dice a gritos y sabes que no me falla.

—Sí, estoy de acuerdo con eso pero, ¿dos años después?

—Nunca es tarde, te juro que como haya sido él no me voy a reprimir, Peter, no trates de evitarlo.

—No digas tonterías, Henry, no ganamos nada con eso, déjalo en manos de la justicia.

—Merece un castigo, ¿sabe lo que ese cerdo le ha hecho a Sarah?

—Tendrá el castigo que se merece, pero no vamos a tomarnos la justicia por

nuestra propia mano —dijo tratando de calmar su ira aunque algo en la mirada de Henry le hacía entender que sus palabras no estaban funcionando.

—Con su permiso, señor, tengo muchas cosas que acabar y quiero pasar a ver a Sarah. —Volvió a la relación jefe-subordinado en un abrir y cerrar de ojos y se marchó.

Capítulo 9

Tres semanas después del ataque que destruyó su vida, en la casa de Ángela a Sarah la situación no hacía más que complicársele.

—¿Estás mejor? —preguntó desde la puerta del baño y la vio negar con la cabeza.

—Estas malditas pastillas me tienen el estómago destrozado, pero si las dejas no puedo dormir —dijo a su amiga con un deje de desesperación en la voz.

—Sarah. —Su voz denotaba algo de preocupación, llevaba varios días observándola y en su cabeza empezaba a formarse una idea nada agradable, ¿o sí? En cualquier otra circunstancia lo sería pero en esta, tenía sus dudas—. Estoy empezando a temer que tu malestar no tiene nada que ver con las pastillas —dejó caer, esperando que la privilegiada mente de su amiga procesara la información y sacara conclusiones, pero Sarah estaba en horas bajas.

—¿No? ¿Crees que puede ser un virus? Apenas como y lo poco que consigo tragar no aguanta nada en mi cuerpo, además me duele la cabeza continuamente y tengo una sensación de mareos que no me deja un rato de tranquilidad —enumeró unos síntomas que Ángela conocía muy bien.

—Tampoco creo que sea un virus... —Ante la cara de no entender nada de Sarah decidió ir directa al grano—. Voy a pedirte una cita en el hospital hoy mismo, creo que estás embarazada.

—Sarah la miró como quien ve a un alienígena y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—¡No! —reaccionó por fin—. Por favor dime que no, no puede ser. —En su rostro se reflejaba el miedo.

—Por los síntomas, lo siento, ¿has estado con alguien?

—preguntó, quizás cabía la posibilidad de que no fuera fruto de la violación, pero a juzgar por su reacción...

—No desde hace, ¡mucho tiempo! ¿Qué voy a hacer ahora? —Cada vez que un nuevo revés sacudía su vida, Sarah parecía más frágil, más vulnerable, había días, como el de hoy, en los que Ángela llegaba a temer por la estabilidad mental de su amiga.

—Iremos al hospital, pasaremos por urgencias, diré que no paras de vomitar y que temo que te deshidrates...

—Tienes que avisar a la doctora Matthew, no puedo ver a otro médico, por favor.

—Tranquila, la avisaré por el camino, y también a Henry.

—¡¡NO!! A él no, él no debe saberlo. —De repente tenía un miedo atroz a lo que su compañero pensara.

—¿Por qué? —inquirió desconcertada.

—No quiero que lo sepa —dijo en un tono que no admitía réplica y sin una palabra más Ángela la llevó al hospital.

La doctora Matthew hizo a Sarah toda clase de pruebas y el veredicto era ahora irrefutable: estaba embarazada.

Tras los análisis de rutina le hizo una ecografía para ver el feto; tal como imaginaban, un embrión de apenas tres semanas, justo el tiempo que había transcurrido desde aquel nefasto día.

Sarah estaba tumbada en la camilla mientras le realizaban la ecografía, ya no lloraba, el ataque de nervios que sufrió al enterarse de la noticia había sido reemplazado por una frialdad que Ángela nunca antes había visto en su amiga.

Su mirada estaba vacía, perdida en algún punto de la habitación, evitando

mirar al monitor, y su mente parecía lejana, muy lejana, la mujer estaba convencida de que no había oído nada de lo que la doctora había dicho hasta que unas palabras parecieron traerla súbitamente a la realidad.

—No tienes que tener este niño si no quieres Sarah —le informó con cautela, sabía por otras experiencias que nunca se sabía cómo podía reaccionar una paciente de sus características—. Nadie tendría nada que reprocharte, no es un hijo deseado, es simplemente la consecuencia de algo horrible que te hicieron—. Estas palabras pusieron de manifiesto la postura de la doctora ante este tema, postura que por supuesto Ángela desaprobaba por completo y esperaba que Sarah también, pero se equivocó

—No voy a tenerlo —informó sin que le temblara un ápice la voz.

—¿Pero, Sarah? —inquirió—. ¿Estás segura?

—Será mejor que las deje solas, cuando hayas tomado una decisión clara, avísame, esto no es reversible, tienes que estar muy segura, tienes que saber además, que en la eco se aprecia que tienes el útero algo dañado, ¿has recibido golpes en la zona del abdomen?

—Soy detective, he participado en casos muy peligrosos, el año pasado estuve a punto de ser torturada, y en navidad tuve un accidente con el coche... ¿le parecen suficientes golpes? —preguntó irónica.

—Es mi deber informarte que si decides abortar corres el riesgo de sufrir un desgarro y que tengamos que hacerte una histerectomía, es peligroso.

—Correré el riesgo, no importa lo que pase, solo tengo claro que no quiero este niño.

—Si lo tienes tan claro, voy a prepararlo todo.

—No estás de acuerdo con esto ¿verdad? —cuestionó a su amiga que la miraba con el ceño fruncido.

—No, te arrepentirás Sarah, créeme, no hay nada más doloroso que perder un hijo.

—Esto no tiene nada que ver con lo que te pasó a ti. Sarah era fruto del amor, no de... —dijo recordando el suceso más triste de la vida de su mejor amiga cuando, un año atrás había dado a luz a sus mellizos, y la niña, la pequeña destinada a ser su ahijada y llevar su nombre, murió en el momento de nacer víctima de un parto demasiado prematuro.

—Por supuesto que no tiene nada que ver, yo no maté a Sarah, no me refería a ella —dijo recordando cómo, muchos años atrás, cuando apenas era una chiquilla ella también había abortado, su amiga pareció recordarlo súbitamente.

—¿Por qué lo hiciste tú? —cuestionó aunque su decisión estaba más que clara.

—Yo era demasiado joven, no tenía ni idea de nada y mis padres me obligaron a hacerlo, muchas veces me he reprochado el haberles hecho caso. —Calló unos segundos y después continuó—. ¡Vamos, Sarah siempre has querido ser madre! —le espetó.

—Mi situación es diferente, Ángela, no podría querer a este niño, no podría mirarle sin olvidar por qué está conmigo, sé que no podría, sería el recuerdo constante de lo que me hicieron, no podría soportarlo —expresó manteniendo la frialdad que se había apoderado de ella.

—Pues no te lo quedes, entrégalo en adopción al nacer, dale una oportunidad, él no tiene la culpa.

—No vas a convencerme, lo siento mucho si no me apoyas, voy a hacerlo igual con o sin tu ayuda.

—No podrás soportar esto sin ayuda y yo soy tu amiga, aunque no compartas tu decisión, aquí estaré —le dijo con una sonrisa que Sarah agradeció.

La doctora no tardó en volver con las autorizaciones que Sarah firmó inmediatamente.

—Será una intervención ginecológica rápida y sencilla que consiste en dilatar

el cuello del útero y mediante una cánula de aspiración proceder al vaciado del contenido uterino. Rezaremos para que no se te produzca un desgarro en el proceso, de lo contrario habrá que extirpar o puedes morir desangrada; como estás únicamente de tres semanas utilizaremos epidural y un poco de sedación, podrás irte a casa en un par de horas. ¿Lo entiendes todo claramente? —Sarah asintió—. ¿Comprendes los riesgos y los asumes bajo tu responsabilidad?

—Si todo sale bien, y no se me produce un desgarro, ¿me quedarán otras secuelas? —preguntó pensando en lo mucho que le gustaría tener hijos algún día con la persona adecuada; con Henry.

—Física ninguna, psicológica es otra cosa; por eso tienes que estar muy segura de lo que vas a hacer.

—Lo estoy —afirmó fríamente entregando a la doctora el último de los papeles.

—Iré a prepararlo todo, en quince minutos empezamos.

—Llama a Henry, dile que hoy me siento mal y no quiero visitas.

—¿No piensas decírselo?

—No —respondió con la misma frialdad que había demostrado todo este tiempo.

Unas horas más tarde, Ángela conducía de regreso a casa con Sarah como ausente a su lado. Todo había salido bien, le habían practicado el aborto sin consecuencias y dos horas más tarde le habían dicho que podía irse. El teléfono móvil de Ángela comenzó a sonar, en la pantalla parpadeaba el número de la oficina de Henry.

—¿Si? —preguntó tras activar el sistema de manos libres del coche.

—Ángela, soy Henry, he estado en tu casa y no estabais, ¿Sarah está bien? — La pelirroja pensó que ese tono de preocupación iba a quedarse para siempre en la voz de su amigo.

—Lo cierto es que no, estaba muy nerviosa y hemos salido a dar un paseo en coche a ver si se despeja.

—Oh, ¿a qué hora volvéis?— Ángela miró a Sarah y esta negó con la cabeza.

—No lo sé, de todas formas Henry, hoy no es un buen día para visitas, ella te llamará cuando se sienta mejor.

—Pero, ¿qué es lo que le pasa?

—Los tranquilizantes le están haciendo daño en el estómago, tiene náuseas y no se siente con fuerzas para recibir a nadie —respondió, quería acabar ya con esa llamada, no soportaba estarle mintiendo a Henry.

—Está bien, que me llame cuando se sienta mejor.

—Lo hará.

Capítulo 10

Henry colgó el teléfono con brusquedad. Estaba cansado de esa situación, harto de que Sarah le apartara de su lado cada vez que se sentía mal, harto de que la policía no le hiciera caso.

Parecía que nadie se fiaba de su intuición, si él decía que Ross tenía algo que ver en la violación, era porque lo presentía, y sus presentimientos rara vez fallaban, pero Campbell le decía que debían esperar y no tomarse la justicia por su mano. Y la policía decía que sin pruebas no podían detener a nadie, el maldito no respondía al móvil, Sarah le alejaba de ella, otra vez, y él no sabía ya qué más hacer. Además de todo eso, debía contar a Sarah sus sospechas, pero, ¿cómo te pones delante de la mujer que amas y le dices: creo que fue tu ex quien te violó?

Se frotó la frente, estaba completamente fuera de juego y agotado física y psicológicamente.

La investigación les había llevado a averiguar que habían sucedido cuatro violaciones más en semanas previas al ataque de su amiga. Eso le desconcertaba, ¿realmente habría sido víctima de un acto de venganza premeditada o de uno fortuito como las demás mujeres?

Henry se estaba haciendo cargo de las entrevistas con las otras víctimas. Siempre había sido bueno en los interrogatorios. Aunque sabía que en este caso no debía enfocar la entrevista de esa forma. No debía olvidar que todas esas mujeres habían sido víctimas de un abuso y todas estaban muy delicadas.

En el interior de su oficina ultimaba los detalles. Las preguntas que quería hacerles y un esquema sobre dónde quería que le llevaran las mismas.

Él siempre había sido un detective de instinto. Nunca planificaba nada, ni estructuraba los casos. Se dejaba llevar por sus corazonadas y no se solía equivocar. El carácter espontáneo y desastroso que ponía de manifiesto en todas sus investigaciones contrastaba con la estructurada metodología de

Sarah.

Ella lo apuntaba todo en su inseparable agenda. Planificaba cada cita, cada interrogatorio, elaboraba una lista de preguntas a las que pretendía ceñirse siempre.

Henry sonrió al recordar una de las veces que, como tantas otras, habían acabado peleándose por la forma en la que debían llevar una investigación.

Él decía que tenían que seguir su instinto, porque siempre debía ser el de él, preguntar al sospechoso dependiendo de cómo le vieran actuar y de cómo respondía a las cuestiones mientras que ella defendía que, tratándose de un hacker, un genio de la informática, debían llevar la entrevista bien preparada o se las acabaría jugando. Les despistaría, les liaría y se les acabaría escapando.

—Quizás a ti, novata, pero ¿a mí? Hablas con el detective más astuto de Investigaciones Peter Campbell —le había dicho con una chulería que encendió a Sarah.

—Lo que tú digas, gran detective, pero te recuerdo que la última vez que fuimos a una entrevista siguiendo tu instinto, el tío se rió de nosotros en nuestra cara y el jefe casi nos echa —contestó enfrentándose a él con sus expresivos ojos marrones chispeantes de pasión, la que la presencia de su compañero siempre activaba en ella—. Y no sé tú, pero a mí me gusta trabajar aquí, así que siéntate y anota las preguntas que te digo —le ordenó y él sonrió. Así era Sarah, una guerrera.

El recuerdo de aquel día le dio el empuje que necesitaba para afrontar la dura realidad que tenía delante. Pensó que Sarah estaría orgullosa de él por haber seguido su método en este caso.

La secretaria de la agencia le informó que la primera mujer había llegado. Respiró hondo para tranquilizarse.

En un principio pensó hacer las entrevistas en su oficina, pero descartó la idea. Había hecho algunas preguntas a la terapeuta de su compañera por teléfono para saber cómo tratar a esas chicas y ella le dijo que era bueno que

las recibiera en un terreno neutral.

Él, por su carácter, tendía a querer dominar y ellas no soportarían sentirse controladas por un hombre. Si estaban en su oficina, su territorio, eso haría que él se sintiera más seguro y ellas menos.

Dio un rápido repaso al despacho. Era grande, luminoso y completamente impregnado de su carácter. Estaba desordenado. Sobre la mesa de madera estaban esparcidos los papeles del caso de Sarah, las fotografías de las víctimas y un montón de papeles más, dos vasos de cartón vacíos del café que Jason le había traído esta mañana y tres o cuatro bolígrafos.

Decidido a avanzar en este caso dejó el repaso a su oficina y salió en busca de su primera entrevista.

Cruzó la puerta marrón de la sala de espera que habían habilitado para esta ocasión colocando un par de confortables sillones individuales en torno a una mesa de cristal baja en la sala de reuniones. Verdaderamente Peter estaba tan implicado en este caso que no le importó hacer cambios en la agencia si eso ayudaba.

La chica ya le esperaba. La miró un momento desde la entrada.

Morena, de pelo largo. Aunque estaba sentada le pareció que era alta. Delgada. Y llevaba un pantalón vaquero holgado y una camisa de cuadros rojos bastante ancha.

Se acercó a ella con cuidado de no asustarla y al verle el rostro, sin un atisbo de maquillaje, pensó que era guapa, muy joven y que tenía el mismo semblante de tristeza en la cara que Sarah.

—Buenos días, señorita Halliwell —saludó ofreciendo su mano.

—Bueno días, detective Butler —respondió ella sin aceptar el saludo.

—Antes de empezar, tengo que agradecerle su ayuda, sé que no debe ser fácil recordar lo que le ha pasado así que, muchísimas gracias.

—No, no lo sabe —apostilló—. Usted ni nadie que no lo haya pasado puede

saberlo, pero si mi testimonio puede ayudar a atrapar a ese cabrón, lo contaré las veces que haga falta.

—Está bien —respondió sin saber que más decir, había empezado con mal pie con ella, agachó la cabeza y miró los papeles—. Es usted Corina Halliwell, veinticinco años, estudiante de medicina y fue atacada —la doctora le había dicho que llamar a los hechos por su nombre era importante, pero él sabía por Sarah que el uso de la palabra «violada» les hacía daño y no quería eso— hace dos meses cuando salía de un coloquio sobre cefaleas en la universidad.

—Exacto.

—¿Recuerda cómo pasó? —«Mierda», se dijo, «demasiado directo».

—Salí del coloquio, mis amigas iban a ir a tomar algo, pero yo estaba cansada, iba caminando hacia mi coche, escuché pasos, me golpearon y ya está —informó—. Todo lo demás está en negro. —Su testimonio era igual al de Sarah, por lo que no aportaba nada nuevo—. Hasta que me desperté en aquella habitación.

—¿Recuerda algo de entonces?

—Todo está borroso, recuerdo y no recuerdo. Sé que él era muy alto y fuerte, y vestía un traje similar al que usted lleva, sé que grité e imploré que no me hiciera daño pero él no me hizo caso. —Corina estaba empezado a ponerse nerviosa.

—¿Necesita algo señorita? ¿Agua? —sugirió—. ¿Preferiría que la entrevistara alguna de mis compañeras?

—Ya he superado esa fase detective, no le tengo miedo, ni a usted ni a ningún otro, y sé que la violación no fue culpa mía. —Sin duda la chica llevaba un gran camino hecho ya.

—Por supuesto que no lo es, ninguna de vosotras tiene la culpa.

—Sigamos con la entrevista, aunque no hay mucho más que contar, después

de violarme este cerdo me metió en un bañera con agua caliente y llamó él mismo a la policía.

Todas las víctimas recordaban lo mismo: les habían atacado por la espalda y las habían violado inconscientes, algunas habían conseguido despertar y, como su amiga, alegaban haber visto vagamente la silueta de un hombre alto y fuerte vestido con traje de chaqueta oscuro.

«Recuerdo tan poco que podría decir que fue usted», dijo una de ellas y Henry le dedicó una sonrisa triste, ese comentario no le ayudaba mucho.

Él no conseguía aún recordar mucho de aquella noche, pero seguro que no había violado a las otras víctimas.

Había intentado ponerse en contacto sin éxito con su amigo Jared. Él sin duda sería un gran apoyo y quizás recordaba algo más de aquella noche, pero este, debido a su trabajo como periodista y, después de su breve paso por la ciudad, había vuelto a irse fuera del país en busca de una gran exclusiva de prensa.

—¿Y si todos los ataques fueron premeditados? —sugirió a Jason.

—¿Todos? ¿Con qué finalidad? —preguntó.

—Despistarnos, si creemos que el de Sarah fue un ataque más en medio de una oleada de violaciones, alejaremos la investigación de Ross, quizás lo planeó todo desde el principio.

—¿Le crees tan inteligente? Yo le recuerdo más bien torpe —apostilló.

—Trabajó aquí, ¿no? Solo los mejor preparados trabajan para Peter Campbell —respondió citando el lema de la agencia de detectives.

—No sé, Butler, demasiado rebuscado, ¿por qué esas chicas y no otras?

—Míralas —dijo exponiendo ante él fotos de las víctimas—: todas morenas, de ojos oscuros, estatura y peso similares a los de Sarah, son todas muy parecidas.

—Visto así, tu teoría podría tener sentido, ¿qué hay del ADN en los otros cuerpos?

—Nada, en todos los casos los médicos dijeron que las chicas habían recibido un baño después de ser atacadas, y ellas me lo han corroborado, no hay rastros de ningún tipo.

—Salvo en Sarah que, teóricamente, estaba tu ADN.

—Porque su plan es vengarse de los dos, tiene que tener a alguien en los laboratorios del hospital.

—Está bien colega, seguiremos esa línea de investigación, iré al hospital y haré unas cuantas preguntas.

—Yo volveré a hablar con las víctimas, quizás socializó con ellas antes.

Capítulo 11

Cuando Ángela aparcó el coche frente a su casa no se dio cuenta del otro vehículo que había aparcado frente a su puerta, de la misma forma que no se había percatado de él las otras veces.

Desde el interior de un Toyota Prius gris oscuro un hombre vigilaba cada movimiento que se hacía en la casa de los Sims, entradas y salidas.

Sabía perfectamente que Ángela nunca abandonaba la vivienda y que cuando, por alguna razón tenía que hacerlo, otra chica, una jovencita de largos cabellos negros llegaba y no se iba hasta que ella regresaba. Y así, día tras día en las últimas tres semanas.

Henry y Campbell también venían a menudo. Sabía perfectamente que Sarah estaba dentro pero nunca la había visto salir, nunca hasta hoy.

La miró con detenimiento, estaba demacrada y mucho más delgada que hace unas semanas. Aun así le pareció tan hermosa que un extraño sentimiento de lástima comenzó a formarse en su interior, pero lo disipó rápidamente con un pensamiento: ¿Lástima? ¡Ella se lo buscó! Tras esto puso el coche en marcha y se fue.

Esa mujer se había encargado de seducirlo durante años y después le había dado una patada. Sarah había jugado con sus sentimientos. Él la quería, la amaba como a nadie. Siempre hablaba de ella. A todas horas, a todo el mundo.

¿Y eso le había importado a esa arrogante? No. Pues bien, él no tendría compasión ahora.

—Te conviene descansar, échate un rato, te despertaré para merendar — sugirió Ángela a su amiga.

—No me despiertes, no tengo hambre —respondió con desgana.

—Sarah... tienes que comer —le reprochó.

—No puedo, hoy no, tengo el estómago revuelto —le dijo. Y sin más subió las escaleras hasta el cuarto de invitados donde dormía desde que saliera del hospital. Cerró la puerta, se tumbó en la cama y, después de dar un par de golpes a la almohada para liberar la rabia que llevaba dentro, lloró desolada hasta que no pudo más.

Abrió el cajón de la mesilla de noche, cogió una pastilla y poco después se quedó profundamente dormida.

Ángela estaba nerviosa, habían pasado más de tres horas desde que Sarah se fuera a descansar y aún no había vuelto a bajar. Temiendo que hubiera sido capaz de cometer alguna locura subió las escaleras y llamó a la puerta, al no obtener respuesta abrió.

—¡Dios mío! —grito al ver a su amiga tumbada en la cama sobre un inmenso charco de sangre—. ¡Sarah! —gritó sin obtener respuesta, sin saber muy bien qué hacía cogió el móvil y marcó por inercia dos números, el del servicio de emergencias y el del detective Butler.

Henry condujo como loco hasta el hospital. Ángela le había llamado histérica y él solo le había alcanzado a entender algo sobre Sarah y mucha sangre.

—¡Aquí, Henry! —le gritó al verle entrar como un rayo en el hospital.

—¿Dónde está? ¿Qué ha pasado? —preguntó abrazándola.

—Ha sido horrible, había sangre por todas partes, ¡he pasado mucho miedo!
—dijo lanzándose de nuevo a los brazos de Henry en busca de consuelo.

—Tranquilízate y dime qué pasó.

—No puedo, Sarah no quiere.

—¡Ángela por favor! —le apremió y ella no pudo mentirle más.

—Esta mañana estuvimos aquí, ella se sentía indispuesta desde hace días...

—Por las pastillas —interrumpió.

—Estaba embarazada —le soltó sin darle más vueltas.

—¿Cómo? —preguntó atónito.

—Fue horrible, le dio un ataque de nervios, después actuaba fríamente como si no fuera con ella; la doctora Matthew le dijo que podía abortar y lo hizo. — Henry se pasó las manos por el pelo, aturdido, demasiada información que asimilar—. Nos fuimos a mediodía, todo estaba bien, se acostó para descansar un rato y como habían pasado muchas horas y no bajaba fui a verla y estaba en la cama, rodeada de sangre.

—Señora Sims, detective Butler —dijo llamando su atención—. Sarah está bien, de momento está fuera de peligro —informó la doctora al verles en la sala de espera.

—¿Qué fue lo que le pasó? Todo estaba bien cuando nos fuimos.

—Como ya les dije esta mañana, Sarah tiene el útero algo dañado, posiblemente el aborto acabó de resentirlo, barajamos la posibilidad de que pasara durante la intervención, no que pudiera suceder después.

—¿Se lo han extirpado?

—De momento no, hemos podido detener la hemorragia, pero las próximas horas serán cruciales, aconsejo que se quede ingresada, debe hacer reposo absoluto, ahora mismo está descansando y estamos haciéndole una transfusión de sangre, si quieren pueden pasar a verla un momento —dijo anticipándose a la pregunta de Henry.

—Pasa, yo la veré después —dijo Ángela.

Henry siguió a la doctora hasta el box donde tenían a Sarah. La vio tumbada en la cama pálida, ojerosa, delgada. Sintió ganas de golpearse la cabeza contra la pared de impotencia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó somnolienta al reparar en su presencia.

—No vuelvas a hacerlo, por favor, no vuelvas a alejarme de ti otra vez — imploró casi con lágrimas en los ojos.

—Henry lo siento, no sé... ¡abrázame! —le pidió y su respuesta no se hizo esperar. Henry la rodeó con sus brazos y cerró los ojos ante la sensación de tranquilidad que le proporcionaba tenerla así—. Le maté Henry, maté a mi hijo —dijo entre sollozos.

—Shh, ya está, tranquila no es tu culpa Sarah, tú no has matado a nadie —le dijo mientras hacía círculos en la espalda para hacer que se calmara.

—Sí lo es, no le quería —sollozó.

—Y no tenías por qué quererle, tú no deseaste que pasara. —El abrazo y las palabras de Henry proporcionaron a Sarah un poco de tranquilidad.

—¿No estás enfadado?

—¿Por qué iba a estarlo? —preguntó rompiendo su abrazo lo justo para mirarla a los ojos.

—¿Te has dado cuenta de algo? —Él negó con la cabeza—. Estamos los dos solos y no me he puesto a chillar como una loca —explicó con una leve sonrisa—. Hasta te he pedido que me abracés.

—Yo nunca haría nada que te hiciera daño Sarah, recuérdalo, tú eres muy importante para mí.

—Gracias —dijo tímidamente, sin duda ahora no estaba preparada para más, no se sentía lista para escuchar una declaración por parte de Henry ni mucho menos para hacer ella una, así que cambió de tema estratégicamente—. ¿Cómo va la investigación?

—Ahora será mejor no hablar de eso, estás muy débil, has perdido mucha sangre, descansa.

—Henry, por favor, necesito saber qué estáis haciendo para coger a ese tipo.

—Tengo un sospechoso, pero la policía no me hace caso, dicen que no tengo

pruebas suficientes, es mi instinto y tú sabes que nunca me ha fallado.

—¿De quién sospechas? —interrumpió pero Henry pareció no oírla.

—Y luego está Campbell, que tampoco me apoya en esto ¿te lo puedes creer? Dice que debemos dejar a la policía hacer su trabajo, pero Mac me está ayudando, él sí me cree, entre los dos resolveremos esto. —Hablaba sin poder controlarse.

—¡Henry! ¿Quién es?

—El jefe dice que no debo tomarme la justicia por mi mano, pero ese cabrón de Ross me las pagará —dijo sin darse cuenta, inconscientemente había revelado a Sarah el nombre de su presunto agresor.

—¿Ross has dicho? ¿Trevor? —preguntó exaltada—. Eso no puede ser Henry, él es un buen hombre, me quería.

—No debería habértelo dicho así, lo siento no tendrías que saberlo.

—¿Por qué sospechas de él? —cuestionó.

—Está aquí desde hace un mes, todo coincide, le llamo y no contesta, se está ocultando de mí, estoy seguro de que fue él, y se lo haré pagar.

—No quiero que lo hagas —le dijo con un tono de voz que hacía mucho que Henry no le oía.

—¿Cómo?

—Escúchame bien Henry, quiero que dejes trabajar a la policía, quiero que demuestres con pruebas que fue él quien me hizo esto y quiero que dejes que la justicia haga con ese hombre lo que tenga que hacer. —Mantuvo unos segundos de silencio para que su compañero procesara la información—. Por favor.

—¿¡Estás loca!?! ¿Eres consciente de lo que ese cabrón te hizo? —Sarah supo que le iba a costar muchísimo convencer a Henry de que no se tomara la justicia por su mano en este caso, parecía fuera de sí, tras respirar hondo un

segundo Sarah encontró las palabras adecuadas.

—Henry, no quiero tus manos manchadas con su sangre. Te quiero a mi lado, necesito que me ayudes a superar esto y si le matas, serás tú quien vaya a prisión y volveré a quedarme sola, no quiero que me abandones, no quiero perderte. —Respiró hondo y confesó algo que dio fuerzas a Henry—. Puede que aún no esté preparada para darte nada de mí pero, espero poder estarlo algún día, y cuando eso pase, cuando vuelva a estar lista para estar con un hombre en cuerpo y alma, quiero que ese hombre seas tú. —Finalmente liberó la confesión que creía que no podría reconocer nunca y vio cómo el rostro de Henry cambió, se acercó a ella y la abrazó.

—No voy a dejarte nunca, Sarah, ¡te lo juro por mi vida!

—prometió y besó su frente con suma delicadeza—. Tú lo eres todo para mí —confesó también.

—¿Todavía? —preguntó volviendo a recordar cómo le había traicionado años atrás.

—Esto que me pasa contigo no se cura como si fuera una gripe, novata —le dijo con una sonrisa—. Y no sigas. —La detuvo al percatarse de que iba preguntar algo más—. No preguntes porque no estás preparada para oír la respuesta —aclaró—, todo saldrá bien —prometió y Sarah simplemente sonrió y él la volvió a abrazar.

Capítulo 12

Asistir a la terapia con la doctora Sherwood era algo que ponía muy nerviosa a Sarah. Si era franca consigo mismo tenía que admitir que le ayudaba muchísimo, pero no le gustaba.

A pesar de la desconfianza inicial, al ver a una persona tan joven, había conseguido confiar en ella.

—Buenos días Sarah. —La terapeuta la saludó poniéndose de pie tras su mesa.

—Buenos días —respondió sin más.

—Siéntate, ponte cómoda, tengo entendido que hay algo que tienes que contarme —dijo para empezar.

—¿Es que no se puede tener un poco de intimidad en este hospital? —preguntó, ya empezaba a rebelarse y Catherine sabía por qué, era su mecanismo de defensa—. ¿No han oído hablar de la confidencialidad médico-paciente? Tengo amigos abogados podría...—Sus palabras fueron interrumpidas.

—¡Ya para la verborrea histérica! —le sugirió—. Soy tu terapeuta y como tal tengo acceso a tu historial médico, nadie me ha contado nada, lo he leído yo misma: abortaste hace una semana.

—Usted como siempre tan directa, ¿eh? —cuestionó—. Un poco más de tacto no le vendría mal en el ejercicio de su profesión.

—¿Tacto? ¿Quieres que te trate como si fueras una frágil figurita a punto de romperse? —preguntó irónica—. En la sesión anterior dijiste que eso es lo que hacen Ángela y Henry y que lo odias.

—Ni una cosa ni la otra, existen los términos medios.

—Tienes respuestas para todo. —Catherine apuntó algo en su libreta y recordó que habían sido pacientes como Sarah los que le habían dado el empuje que le faltaba en algunos casos: personas valientes, pero muy heridas que se ponían el escudo del mal carácter, la ironía y el sarcasmo para protegerse. Eran todo un reto.

—Iba para abogada pero me cansé en el camino —respondió demostrando lo que la doctora acababa de decir.

—Vale, después de perder los primeros cinco minutos de sesión en algo que no me interesa para nada, ¿podemos comenzar? —Sarah asintió, era mejor seguirle el juego así acabarían antes—. ¿Por qué abortaste? —Fue directa al grano y vio cómo Sarah recogía las piernas flexionadas sobre la silla y las rodeaba con sus brazos—. Vamos, la pregunta es clara.

—No quería tener un hijo del hombre que me hizo daño —respondió bastante sincera.

—¿Todavía no llamas a lo que te pasó por su nombre? —Sarah levantó la vista del suelo y clavó en ella aquellos expresivos ojos, ahora tristes, que tenía—. Está bien, paso a paso. —Y apuntó de nuevo en su libreta— Entonces, no querías un hijo del hombre que te violó —sentenció ella y escuchó a su paciente suspirar—. Que deje pasar el hecho de que tú aún no seas capaz de decir la palabra no va a significar que yo no la diga, ¿me entiendes, Sarah? En esta consulta sigues mis reglas porque yo soy la persona que te guiará para salir de ese estado en el que estás —le dijo en un tono de voz amenazante, que sonaba a reprimenda y que Sarah aceptó sin rechistar.

—No, no quería tenerlo —contestó sorbiendo las lágrimas—. Y la respuesta es porque no —dijo anticipándose a la pregunta.

—¿Y cómo te sentiste después?

—Tuve una hemorragia —dijo sin más, como quien responde a un simple ¿qué hora es?

—Lo sé, ya llegaremos ahí, pero qué pasó antes, desde que dices a la doctora Matthew que quieres abortar, ella te practica la intervención y te vas a casa de

Ángela unas horas después. ¿Qué pasó por tu cabeza?

—Poco, me drogaron.

—¡Sarah!— le reprendió de nuevo.

—Me sentí aliviada primero, quería quitarme de encima ese problema —respondió vistiéndose de una frialdad que Catherine no le había visto en las sesiones anteriores—. Decidí ser yo misma, y soy una persona práctica y metódica —informó—. Pensé: «¿Sarah, quieres tener un recuerdo permanente de eso que te hicieron?». Y mi respuesta fue clara: «No, no quiero».

—Bien, reaccionaste de una forma bastante racional en ese momento, eso aunque no lo creas denota un gran avance por tu parte, estás siendo capaz de controlar los sentimientos y usar la cabeza para pensar. —Sarah sonrió débilmente—. ¿Y después? Cuando llegaste a casa. —La detective se puso nerviosa, se levantó de la silla y empezó a caminar de un lado para otro de la consulta, realmente estaba muy nerviosa.

—Voy a contárselo porque sé que tarde o temprano me lo acabará sacando con brujería de loquera. —Ahora fue Catherine la que sonrió—. Me tomé un par de pastillas para dormir cuando llegué a casa de Ángela, ¿vale? Y eso casi me mata porque sufrí una hemorragia mientras dormía —confesó—. Pero lo hice porque no podía sacar de mi cabeza una voz que me decía que era una asesina, que había matado a mi hijo. —Soltó dejando salir toda la rabia y la pena que tenía dentro—. Y al mismo tiempo me escuchaba a mí misma decirme que no, que había hecho bien, que no podría superar eso si tenía que cuidar y querer a una persona que me recordara cada día que me violaron —gritó permitiéndose incluso decir la palabra tabú—. ¿Y si el niño se parecía a él? —preguntó—. No puedo —susurró volviendo a sentarse hecha un mar de lágrimas—. No podría, no he hecho nada malo. —Catherine bordeó la mesa y se puso de cuclillas ante ella.

—Claro que no has hecho nada malo, Sarah, nadie te está juzgando.

—Ángela se enfadó —informó haciendo pucheros.

—Y eso está bien, te demuestra que es una buena amiga capaz de decirte cuando algo que haces no le gusta; ella tiene su opinión, tú la tuya y eso no es malo.

—En cualquier otra circunstancia no lo habría hecho —dijo.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó confusa levantándose y sentándose sobre la mesa justo frente a la paciente.

—Otras circunstancias —comenzó—. Por ejemplo: si tengo una relación de una sola noche y me quedo embarazada, o si pasa en el contexto de una relación por un descuido y el padre no quiere y se larga, yo cuidaría de mi hijo sola y le querría, pero de esta forma no me sentía con valor suficiente para mirar a ese niño a la cara sabiendo por qué motivo está en el mundo.

—Te entiendo —contestó—. Y cuéntame, ¿cómo te sentiste después de la hemorragia?

—Tuve muchísimo miedo, si no hubieran conseguido pararla me habrían tenido que extirpar el útero —dijo con el temor de nuevo en la voz.

—¿Y eso habría sido duro para ti?

—Claro que sí. ¿Para qué mujer en su sano juicio no lo sería? —cuestionó.

—Para una que no quiera tener hijos —contestó.

—Pero yo sí quiero.

—¿Quieres?

—¿No ha oído nada de lo que le acabo de decir? Quiero, pero no en estas circunstancias.

—Sí te he oído, pero en todos esos supuestos que has citado, el embarazo siempre era accidental, por lo que no sé si quieres o no quieres, solo sé que si pasara serías capaz de sacar al bebé adelante sola.

—Pues sí que quiero, siempre he querido —dijo soñadora—. Ángela tiene

dos niños: Nathan y Jon, les considero mis sobrinos, y les adoro, me encantaría tener uno, o varios, pero de la forma adecuada.

—¿Y cuál es esa forma?

—Teniendo una relación, un marido que quiera ser padre, una estabilidad económica.

—Todo muy metódico y ordenado —apostilló recordando su confesión de antes.

—Así soy yo —respondió encogiéndose de hombros.

—Pero no todo puede planificarse. ¿Sabes hasta con quién los vas a tener?

—Sé con quién quiero.

—¿Henry? —cuestionó.

—Él aún siente algo por mí —confesó.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí y no, porque sabe que no estoy preparada y respeta mis tiempos, pero lo insinuó y le conozco —comentó y a Catherine le pareció que estaba ilusionada con algo por primera vez desde que la conoció—. Le rechacé cuando lo que quería era lanzarme a sus brazos para siempre y aun así, dos años después y aunque me hayan hecho esto, él quiere estar conmigo, ¿no le convierte eso en el hombre más maravilloso del mundo?

—Sí que es un buen hombre sí, ¿acaso crees que no te mereces su amor? —preguntó y anotó algo que Sarah había dicho «aunque me hayan hecho esto», estaba claro, se sentía culpable e indigna.

—No. —La respuesta fue tan tajante que la terapeuta se asustó—. Míreme, estoy hecha un despojo, siempre nerviosa, asustada, con pesadillas, me da asco pensar que un hombre vuelva a tocarme íntimamente. Henry no se merece algo así, pero cometí un error, estaba asustada y hablé de más.

—¿Qué error?

—Le di esperanzas. Le dije que cuando estuviera lista para volver a entregarme en cuerpo y alma a un hombre, quería que fuera él.

—¿Y qué tiene eso de malo? Solo manifestaste un deseo.

—Pero él no merece quedarse esperándome. ¿Qué pasa si no me recupero nunca?

—Eso no va a pasar; escucha una cosa, Sarah: te violaron y no fue tu culpa, tienes que tener un proceso de recuperación psicológica que podrá ser más o menos largo, ya sabes que eso depende de tu actitud. —Cogió aire unos segundos y reparó de nuevo en la mirada lacrimógena de Sarah clavada en la suya—. Pero te mereces ser feliz, es más, tienes derecho a ser tan feliz como estoy segura que imaginas, con Henry si es lo que ambos desean. ¿Quieres ser feliz?

—Sí —respondió sincera—. Con Henry.

—Te voy a mandar una tarea. —Caminó hasta el otro lado del escritorio y sacó un bonito diario con una estampado violeta y gris que le hacían parecer un antiguo libro egipcio—. A partir de ahora vas a escribir en este diario tus pensamientos, pero solo los buenos, las cosas positivas que quieres para ti, lo que sea.

—Me temo que no tendrá muchas páginas —comentó tomando el libro de manos de la terapeuta.

—Grábate una cosa en la cabeza, Sarah: lo que quieras para ti, no lo que absurdamente en medio del trauma pienses que deseas, pero que no te mereces.

—¿Sabe que es lo primero que quiero? —preguntó sin más cuando Catherine estaba a punto de dar por concluida la consulta de ese día.

—Tú dirás.

—Me gustaría volver al trabajo, quizás mantener la cabeza ocupada en vez de

estar todo el día en casa sintiéndome una carga para Ángela.

—Me parece una idea genial, pero darte el alta médica para trabajar es competencia de la doctora Mathew, no mía —informó—. De todas formas, hablaré con ella y le diré que podría venir bien para tu recuperación psicológica y si ella piensa que físicamente estás bien, podrás hacerlo.

—Gracias —dijo con una sonrisa poniéndose de pie para marcharse—. Sé que soy una persona complicada.

—Esas son mis favoritas, nos vemos la próxima semana Sarah. —Se despidió de ella con una sonrisa.

Al abandonar la consulta, Sarah se dio cuenta de que empezaba a notar que volvía a ser la de siempre, aunque aún le quedaba mucho camino por andar.

Capítulo 13

Se miró de nuevo en el espejo, sus ojos continuaban inyectados en sangre. Hacía un mes que había llevado a cabo su plan de venganza contra la estrecha Sarah Boyle entonces, ¿por qué seguía queriendo hacer daño a otras?

Se suponía que él era un buen hombre, que lo que le había hecho a Sarah era porque ella se lo merecía pero, ¿y las demás?

«Vamos tío, no eres un violador profesional, tenías que aprender a hacerlo, además todas esas zorras cayeron antes en tus redes sin importarles que tenían pareja. ¿Y después?: “No quiero nada contigo, no voy a dejar a mi novio”, se dijo a sí mismo imitando un todo de voz femenino».

No era justo para él, ni para ningún otro, que las mujeres les usaran de esa forma para después dejarles tirados.

Además, en el caso de Sarah era peor.

—Yo la amaba, maldita sea y jugó con mis sentimientos —gritó enfadado al espejo.

Jason Mcnamara caminaba tenso por el aparcamiento de la agencia de detectives de Peter Campbell. Desde el día en que atacaron a Sarah en ese mismo lugar, todos pasaban por ahí con miedo.

Además, en su caso y el de Henry, no podían evitar que un sentimiento de culpa les invadiera. «Sí la hubiéramos esperado ese día».

Jason había dicho muchas veces a Henry que entonces el agresor la habría atacado en cualquier otro momento que estuviera sola, pero no podía evitar sentir él también que quizás podrían haberlo evitado. Movié la cabeza para alejar esos pensamientos, necesitaba concentrarse.

Estaba muy enfadado. En el hospital le habían tenido todo el día de un lado para otro, para finalmente no dejarle hablar con el encargado de los laboratorios que había analizado el ADN de los restos encontrados en el cuerpo de Sarah tras la violación, y eso le hacía pensar que algo raro pasaba. Nunca antes le habían cerrado las puertas de nada con las credenciales de Peter Campbell.

Además sabía que en ese momento Henry estaba entrevistándose con Anthony Coster. A pesar de estar convencido de la culpabilidad de Trevor Ross, su compañero cumplía las órdenes del jefe e iba a entrevistar a todos los sospechosos de su lista, Jason haría lo mismo con la lista de ex novios que les había dado Ángela.

Este caso les tenía a todos muy nerviosos. Las implicaciones emocionales y personales eran muy difíciles de mantener a raya. Henry, a pesar de estar directamente implicado parecía estar en ese momento más centrado; Peter por su parte parecía un lobo enjaulado en su despacho, gritaba a todo el mundo, se sentía frustrado y, seguramente, también un poco culpable; Jason tenía en ese momento ganas de romperse la cabeza contra la cristalera de la entrada cuando por fin llegó arriba.

Ahora tenía que contar a su compañero y su jefe que no había conseguido nada en el hospital. En ese momento su teléfono móvil sonó mostrando la cara sonriente de su amiga Julie en la pantalla.

—¡Siempre sabes en qué momento justo necesito oír tu voz, nena! —le dijo a modo de saludo.

—Soy medio bruja, ya lo sabes, Jey —contestó usando el diminutivo que él odiaba.

Jason y Julie se conocían desde niños. Literalmente habían sido amigos desde el primer día que sus vidas se cruzaron en el jardín de infancia.

Julie era uno de los pilares más importantes en la vida de Jason. Su carácter serio y algo retraído combinaba a la perfección con la gracia y la simpatía de él.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Por qué me necesitas?

—Es el caso de mi compañera, no avanzamos y el jefe está cada vez más cabreado —le dijo una vez estuvo en su despacho a salvo de oídos curiosos—. Tú me tranquilizas, Juls —comentó en un tono de voz muy suave y le pareció ver a su amiga jugando con un mechón de su pelo castaño y con sus ojos azules chispeantes.

—Pues llámame siempre que lo necesites nene, no esperes a que sea yo la que descuelgue el teléfono, contigo siempre es igual —le reprochó, su relación siempre había sido muy íntima, a medio camino entre la amistad y el amor, y también tormentosa, precisamente porque ninguno de los dos dejaba claro qué sentía de verdad por el otro.

—He estado ocupado y cuando llego a casa siempre estoy agotado.

—Sí, sí, lo sé —dijo con desgana—, me sé todas tus excusas.

—¿Me llamaste para pelear, Julie? Porque es lo menos que necesito en este momento.

—¡NO! —gritó—. Solo quería saber qué tal está mi mejor amigo, presentía que no te iba bien, pero si te molesto mejor cuelgo. —Y lo hizo, sin dar tiempo a Jason a responder.

—¡Maldita sea! —espetó y tecleó un whatsapp rápido: «Lo siento, gracias por llamarme, tu voz siempre es un calmante para mí, aunque me grites. Te llamo esta noche». Ella respondió con una carita guiñando un ojo.

Mientras, en la oficina de Henry las cosas no iban todo lo bien que él se esperaba en su entrevista con Anthony Coster. El hombre era abogado, y se notaba.

—Desde ya te digo, Butler, que yo no violé a Sarah —le dijo nada más entrar en la oficina mirándole con sus grandes ojos marrones—. Y que como te atrevas a acusarme y llegue a oídos de mi bufete y eso dañe mi reputación o suponga algún problema en mi trabajo, te pondré una demanda por injurias y

calumnias que no podrás ganar ni con todo el peso legal de los abogados de esta agencia —le amenazó.

—Tranquilo, Anthony, solo te he citado para hablar y hacerte unas preguntas, pero que estés tan a la defensiva no te ayuda.

—Mi respuesta a todas esas preguntas es la misma: no violé a Sarah.

—¿Dónde estabas el día que sucedió la agresión? —preguntó sin prestar atención a lo que el abogado decía.

—¿Estás sordo? —inquirió—. Está bien, seguiré tu estúpido juego: ese día estaba en Washington visitando a mis padres.

—¿Puedes demostrarlo?

—Te mandaré por fax las tarjetas de embarque del avión, siempre las guardo —contestó con desgana.

—¿Qué relación tienes, o tuviste con la víctima? —preguntó, aunque temía la respuesta; referirse a su compañera como «la víctima» era un mecanismo de defensa, le ayudaba a tener distancia.

—Hemos trabajado juntos alguna vez, las mismas que contigo, creo.

—¿Mantenéis solo una relación profesional?

—¿Estás intentando cotillear, Butler? Eso no es muy profesional.

—Sé que saliste con ella, Coster, una vez al menos —le dijo directamente.

—Sí, la invité a tomar una copa y lo pasamos bien.

—¿Pasó algo entre ustedes? —preguntó, aunque no sabía si quería saberlo.

—Si por algo te refieres a si nos acostamos juntos, no, no me la tiré, Henry, puedes estar tranquilo —apostilló con una sonrisa.

—¿Y por qué no iba a estarlo? —cuestionó.

—Estás loco por ella, es de dominio público y ella debía estarlo también por ti porque se comportó como una mujer que tiene algún tipo de compromiso con alguien, me abofeteó cuando la besé —informó—. Y eso que se decía de ella en esa época que era bastante facilona, pues conmigo no lo fue.

—¡No te atrevas a hablar así de Sarah! —le gritó apoyando los brazos en la mesa y poniéndose de pie haciendo que sus bíceps casi reventaran las mangas de la camisa blanca—. Te romperé la cara si me entero que vuelves a decir algo así —amenazó quedando cara a cara con su interlocutor.

—Relájate, tío, lo importante aquí es que yo no me la he beneficiado nunca y que supe aceptar su negativa —dijo levantándose—. Para que te quedes tranquilo, te enviaré las tarjetas de embarque por fax y si quieres cualquier otra cosa, una cita con un abogado por ejemplo, pídesela a mi secretaria.

—¿Por qué iba a necesitarlo?

—Como trates así a todos los que interrogues, alguno acabará demandándote por acoso. —Sonrió desde la puerta—. Llámame si me necesitas.

—¡Odio a los abogados! —gritó Henry dejándose caer en el sillón.

Capítulo 14

Sarah sabía que iba a ser complicado, y mucho, dar el paso de volver a la agencia, pero adoraba su trabajo y en este momento necesitaba algo que la mantuviera centrada.

Contra todo pronóstico la doctora Mathew le había dado el alta después de escucharla durante largo rato a ella y entrevistarse en persona con Catherine Sherwood, la terapeuta de hierro.

También le había costado sangre, sudor y lágrimas convencer a su jefe, y lo que fue aún peor, a Henry, de que estaba preparada para regresar.

Su compañero la recogió en casa de Ángela, la invitó a desayunar y la llevó a la oficina.

—Sarah, sé que llevas un tiempo fuera pero, no tanto para que se te haya olvidado cómo debes vestirte para trabajar en Investigaciones Peter Campbell —le comentó cuando la vio subir al coche ataviada con unos pantalones negros de pinza, que además le quedaban enormes, había adelgazado muchísimo en un mes, camisa blanca abotonada hasta el cuello y una chaqueta negra—. Así es como vamos nosotros. —Se señaló—. No vosotras. —Intentó bromear y Sarah le miró con el ceño fruncido.

—Peter ha hecho una excepción, no estoy preparada aún para llevar esa ropa de nuevo —respondió sin más volviendo a fijar la vista en la carretera.

Pero Henry sabía que había algo más. Lo había visto durante sus entrevistas con las otras víctimas. Ni una gota de maquillaje, el pelo recogido en un moño bajo y la ropa masculina. Todas intentaban ocultar su feminidad, su belleza, como si creyesen que mostrarla había sido la causa de lo que les había pasado.

Sarah lo tenía difícil, así vestida y aunque se pintara entera de verde, su amiga era hermosa.

—¿Sabes que esto que te ha pasado no es culpa tuya, verdad, Sarah?

—Henry —le espetó en un tono que no dejaba opción a réplica—. Ya voy a terapia. ¿Vale? Y es bastante duro para mí, no quisiera repetir las sesiones contigo también: tengo que aceptarlo, lo sé, estoy trabajando en ello.

—Está bien, como quieras, solo pretendía ayudarte —contestó molesto.

—Y te lo agradezco, pero ahora mismo necesito a mi compañero, no a otro terapeuta.

—Tú mandas —repuso—. Yo estoy trabajando en tu caso, así que Peter te asignará otro compañero en cuanto lleguemos, creo que Samantha Harris tiene una investigación interesante sobre robo de libros en una importante biblioteca. —Ella solo asintió, sabía que si decía lo que pensaba acabarían discutiendo y necesitaba toda su fuerza, no iba a desperdiciarla peleándose con Henry por algo que era una realidad: trabajaría con él en su caso.

Llegaron a la oficina. Henry aparcó en la calle imaginando que volver al aparcamiento sería aún más complicado para ella. Cruzaron a pie la puerta acristalada de la entrada.

Sarah notó que su cuerpo empezaba a convulsionar por el miedo en cuanto puso un pie en la recepción de Investigaciones Peter Campbell. No tardó en empezar a notar los otros síntomas que tan bien conocía: la respiración agitada, el temblor y el sudor en sus manos heladas.

—¿Estás bien? —le preguntó Henry poniendo la mano en su espalda, el contacto físico, lejos de tranquilizarla como había hecho otras veces, la alteró más.

—¡No me toques! —le gritó—. No puedo —le dijo mirándole con ese halo de pánico otra vez en la mirada.

—Tranquila, respira, mírame y respira —le ordenó sin invadir su espacio, se había estado documentando mucho sobre cómo tratarla—. Ya está, estás a salvo, no va a pasarte nada.

—Quiero, te juro que quiero hacerlo, pero hay algo que no me deja —le explicó llorando.

—Pues lo volveremos a intentar otro día.

—Pero necesito trabajar —le imploró.

—Trabajaremos desde casa de Ángela, ¿te parece bien? Te llevaré archivos, entrevistas para revisar, lo que quieras, pero déjame sacarte de aquí, Sarah, por favor —rogó con lágrimas en los ojos él también, ella asintió—. Vamos, llamaré a Campbell desde el coche.

Henry llamó a su jefe y le explicó lo sucedido. Por supuesto Peter no puso impedimentos a que no trabajaran en la oficina.

Después de llorar todo el camino hasta la casa de su amiga, Sarah había vuelto a ponerse la máscara de dura profesional y la pelea que horas antes había tratado de evitar, llegó como una tormenta inesperada en medio de una noche de verano.

—¿Cómo va la investigación?

—¿Cuál? —le preguntó Henry mientras se bebía el café.

—La de mi ataque, vamos a trabajar juntos en eso a partir de ahora.

—No —dijo tajante—. No lo vamos a hacer.

—Somos compañeros, es lo que siempre hacemos, Butler&Boyle, el mejor equipo de Investigaciones Peter Campbell, ¿qué pasa? ¿El jefe no quiere a los mejores en mi caso?

—Mcnamara y yo llevamos ese caso, ya sabes la política de la empresa, no más de dos detectives por investigación, es como en los trabajos del cole o las relaciones de pareja, tres son multitud. —Tenía que quitarle la idea de la cabeza o llamaría a Peter y él la dejaría inmiscuirse en el caso y estaba claro que no estaba preparada.

—Jason es un encanto, no le importará dejarme a mí.

—Está muy metido en el caso y ha trabajado mucho, no sería justo — comentó despreocupado poniéndose en pie.

—¿Qué diablos te pasa, Henry? —le gritó encarándole.

—No te quiero en el caso —le espetó por fin.

—¿Crees que no sería capaz de resolverlo? ¿Por qué? ¿Por qué es demasiado complicado para mí? —preguntó chillándole cada vez más.

—¡Es tu caso! —chilló el también—. Tú eres la víctima y sabes tan bien como yo, que una persona que ha sufrido un ataque de cualquier tipo no está psicológicamente preparada para investigarlo.

—Yo sí —contestó con soberbia—. Soy la mejor y eso es lo que te jode, que hasta ahora no has sido capaz, tú, el gran detective de la mejor agencia del país, no ha sido capaz de resolver un simple caso de violación. —Ni siquiera se dio cuenta de la palabra que acababa de permitirse decir.

—¿Simple? ¿Tú te estás escuchando? Violaron a mi compañera, y las pruebas apuntan a que fui yo, no sé dónde ves la simpleza, Sarah.

—¿Ves? Tú también estás implicado, este también es tu caso y a ti si te dejan investigarlo. —Estaba tan fuera de sí que no se daba cuenta de que sus argumentos parecían de patio de colegio.

—No voy a seguir peleándome contigo por esto, es lo que hay: vuelves al trabajo sí, investigas tu caso: no. Punto, no hay más —dijo tratando de serenarse, no sabía por qué pero estaba sintiendo unas ganas locas de tomarla entre sus brazos y besarla hasta hacerla entrar en razón—. No pude protegerte aquel día pero sí que puedo hacerlo ahora —musitó, pero estaban tan cerca que ella le oyó.

—Henry, no fue culpa tuya. —La confesión de su amigo la hizo relajarse de inmediato, no era posible que él se sintiera así—. No hubieras podido hacer nada.

—Ese día me pediste que te esperase, pero habíamos estado discutiendo, necesitaba alejarme de ti y Jared estaba en la ciudad, salí a tomarme unas cervezas con él y... —dejó la frase en el aire.

—¿Y qué? —le apremió.

—No recuerdo nada, realmente he llegado a preguntarme si yo lo hice. —Necesitaba sincerarse con ella—. He estado llamando a Jared a ver si él puede aclararme algo, pero es casi imposible dar con él cuando está trabajando en algún reportaje en zonas de guerra.

—Sé que no fuiste tú, lo sé Henry y siento haberte acusado.

—¿Y si estás equivocada? —preguntó, y lo menos que esperaba era que su compañera reaccionara como lo hizo.

—¡Deja de decir eso! —chilló y le dio una sonora bofetada—. Lo siento —dijo segundos después.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? —La voz de Ángela apareciendo de la nada trajo a ambos a la realidad—. Los gritos se oyen en toda la casa.

—Solo estamos trabajando, Angie —contestó Henry aún con la mano en su dolorida mejilla—. Siempre discutimos cuando lo hacemos.

—¿Sarah, estás bien? —preguntó a su amiga.

—Sí, tranquila.

—Vale, os dejo entonces, estaba en una videoconferencia con Thomas. —Y desapareció como mismo había aparecido.

—Está bien, Henry, trabajaré con Samantha en lo de los libros —concluyó—. La llamaré.

—Será lo mejor para todos —repuso sin más.

Capítulo 15

Jason Mcnamara caminaba con decisión por el pasillo que conducía a los laboratorios del hospital. La teoría de Henry sobre el exnovio de Sarah parecía a veces descabellada, pero a su compañero nunca le había fallado su intuición, eso era lo que le hacía un buen detective.

—Buenos días señorita, me gustaría hablar con quien esté al mando en el laboratorio —informó mostrando su identificación—. Detective Mcnamara, de la agencia de detectives de Peter Campbell. —Sin duda el nombre de su jefe abría muchas puertas.

—Señor, querría ayudarle, en serio que sí, pero nuestro jefe se ha jubilado prematuramente y esto es un caos, si necesita cualquier información, hable con el director del hospital —respondió la chica sin apenas pararse a mirarle.

—Ya lo he hecho, él ha autorizado que me facilite cierta información que necesito para uno de mis casos y además tengo una orden judicial. —Así era su jefe, siempre conseguía lo que se proponía.

Nadie sabía cómo lo había hecho pero, después de su visita a la agencia, y una charla con Peter, el mismísimo Anthony Coster había movido sus influencias para conseguir una orden sin una base de pruebas sólidas.

—Está bien, usted dirá, el doctor Reeves se ha jubilado, yo estoy al mando provisionalmente.

—¿Quién se encargó de las pruebas de ADN en el caso de la violación de Sarah Boyle?

—El doctor Reeves en persona, siempre lo hacía cuando se trataba de casos de violación —explicó la doctora con una sonrisa pícaro, Jason solía causar ese efecto en las mujeres, todas acababan intentando ligar con él.

—¿Nadie más tuvo acceso a las muestras? —La chica negó con la cabeza—. ¿Y dice usted que el doctor Reeves se jubiló prematuramente?

—Sí, sin venir a cuento, sin habernos avisado previamente, se marchó, y no es tan mayor. Por aquí hay rumores, dicen que le ha tocado la lotería. —Jason sonrió.

—Muchas gracias por la información y espero que pronto le manden a alguien que le ayude un poco —respondió mostrándose encantador.

Siendo el único hijo de una madre soltera, Jason se había criado siempre entre mujeres y sabía cómo tratarlas y cómo usar sus encantos, que los tenía y muchos, para conseguir que ellas hicieran lo que él quisiera.

—Jefe, tengo una pista que le va a encantar —dijo al teléfono en cuanto Campbell contestó—. Sí, del laboratorio del hospital, pero todavía no puedo decirle nada, tengo aún un par de cabos que atar. —Su interlocutor dijo algo al otro lado y él concluyó antes de colgar—. Está bien, nos vemos en su oficina en una hora.

Como prometió, sesenta minutos después Jason estaba sentado frente a su jefe en la inmensa oficina, con vistas a la Bahía de San Francisco, de Peter Campbell.

—Que el encargado de los laboratorios se haya jubilado no significa nada, Mcnamara.

—El hecho por sí solo no, pero si le unimos que recibió una fuerte cantidad de dinero...

—Eso son rumores, o tal vez sea cierto que le tocó la lotería.

—Lo demostraré —sentenció.

—Vale, pero hasta que no lo hagas, no se lo digas a Henry, no quiero que alimentes su fantasía.

—¿Y si tiene razón? ¡Vamos señor! —le apremió poniéndose de pie—. ¿Cuándo hemos visto equivocarse a Butler?

—Más veces de las que tú recuerdas por lo visto —respondió—. No idolatres tanto a Henry, alguien tiene que ser objetivo en este caso.

—¿Está diciendo que Henry no lo está siendo? —preguntó.

—¿En serio, Mcnamara? ¿Trevor Ross elucubrando un plan de venganza contra él y Sarah? ¿Sabes por qué no sigue trabajando aquí? —cuestionó.

—Le ofrecieron algo mejor —respondió encogiéndose de hombros, no tenía ni idea.

—Nada que ver —contestó con una sonrisa pícaro—. Era tonto. —Fue todo lo que dijo y Jason no pudo evitar la carcajada—. Lo que pretendo que entiendas es que no me parece un sospechoso viable, Henry está tan ofuscado que se está dejando atrás a otros que sí lo son, o puede que no sea nadie que conozcamos.

—Está bien, lo entiendo jefe, seguiré investigando lo del hospital pero abriré otras vías.

—Y mantén a Henry centrado, ahora está en casa de Ángela con Sarah, creo que pasar tiempo juntos les viene bien a los dos, aunque dicen que se pelan como perros la mayor parte del tiempo, pero eso significa que está menos metido en la investigación, así que vuelve a encauzarla tú.

—A sus órdenes —respondió y se retiró.

Por la tarde, Henry y Sarah estaban en el salón de la casa de su amiga con un montón de informes desplegados por todas partes. Por fin habían llegado a un consenso: Sarah no intentaría participar en su caso y a cambio Henry trabajaría con ella en otros que le encargaran. Eran investigaciones sencillas que podían hacerse desde un despacho, que no requerían contacto directo con nadie, algo para lo que la detective no estaba aún preparada.

—Te digo que esas pistas no nos llevarán a ninguna parte Henry, ¿no tienes otros hilos de los que tirar? —preguntó en su mejor tono de profesional.

—No. solo puedo decir que el sospechoso se ausentó de su puesto para ir a ver a su hija recién nacida; esa es la verdad Sarah, estaba en su casa con su hija cuando tendría que haber estado en su trabajo, pero eso no le convierte

en culpable de ese accidente, estoy seguro de que alguien trata de tenderle una trampa. —De repente vio cómo los ojos de su amiga se teñían de pena—. Algún día Sarah, tendrás hijos, tuyos, concebidos por amor, te lo prometo, y estoy seguro de que serás una madre estupenda —dijo con una sonrisa.

—Podría haberle dado una oportunidad —dejó caer.

—Ahora ya no puedes hacer nada, no te maltrates pensando eso, ¿vale?

—Tienes razón, algún día tendremos, es decir, tendré hijos —se rectificó.

—Me gusta más lo que ibas a decir Sarah, sabes que quiero, lo sabes desde Nueva York. —Ella entrecerró los ojos, estaba claro que el tema de su relación la ponía nerviosa a pesar de que Henry percibía que ella también quería, solo que en ese momento, más que nunca, no podía—. Sé que pensar en eso ahora es imposible para ti, pero al menos, date la oportunidad de fantasear con ello si te ayuda, mereces ser feliz.

—Espero estar preparada para ti algún día, pero mientras ¿podemos seguir siendo solo amigos y trabajar? —preguntó.

—Dalo por hecho, novata, sin mi compañera habitual los casos se me amontonan.

—¡Chicos! —gritó Angie entrando en la sala—. Tengo que salir un momento, mi madre acaba de llamar, necesita que le envíe por correo las recetas para las medicinas de la alergia de Jon, parece que le ha dado un brote.

—¿Está bien? ¡Dios mío, Ángela! Te he hecho estar todo este mes pendiente de mí y tus hijos te necesitan —dijo empezando a agobiarse.

—No digas tonterías, ellos están bien, apenas tiene un poco de fiebre en cuanto se tome sus medicinas se pondrá bien. Voy un momento a correos, no tardo, ¿puedes...?

—¿Quedarme a solas con Henry? —Su amiga asintió—. Claro, estaré bien.

—Ve tranquila.

—Creo que va siendo hora de que vuelva a mi casa —anunció una vez se quedaron a solas—. No quiero seguir siendo una molestia para Ángela.

—No quiero que te quedes sola Sarah, no hasta que haya atrapado a ese hombre.

—No puedo irme contigo, lo siento, una cosa es pasar unas horas juntos y otra muy diferente vivir en tu casa, te prometo que no es nada personal pero...

—Shh, lo sé, tranquila, no te iba a proponer venirte conmigo, tengo una idea muchísimo mejor, ¿qué te parecería pasar un tiempo recuperándote en una casa con vistas al mar?

—¿Tu madre? —preguntó.

—Sí... mi padre está fuera por negocios y ella me llama todos los días para quejarse de lo sola que está, por mi culpa, dice, porque no le he dado nietos todavía, ni una nuera.

—No puedo molestar así a tu madre, Henry.

—Tonterías, le encantará, ¡decidido! Esta noche la llamaré, ahora a ver cómo se lo planteamos a Ángela para que no se ofenda...

—Yo hablaré con ella.

—Bien, ahora sigamos con este caso por favor.

Llevaban un rato enfrascados en el caso cuando Sarah se levantó para ir a la cocina a por unos refrescos. Henry la miraba desde su asiento, parecía estar más recuperada, aunque aún comía poco y estaba muy delgada y pálida. Unos días bajo el sol de California le vendrían genial para recuperar la energía.

Capítulo 16

Otro día de terapia. Sarah se sentía muchas veces como un león enjaulado cada vez que cruzaba las puertas del despacho de Catherine Sherwood, sin embargo debía ser sincera consigo misma y aceptar que, aunque esa doctora con cara de niña buena le crispaba los nervios, la terapia funcionaba. Sarah se sentía cada día psicológicamente más estable.

—Buenos días, mi paciente favorita —saludó con una alegría desbordante.

—Eso se lo dirá usted a todos —respondió como siempre mostrándose esquiva.

—Solo a los que me plantan cara como tú lo haces —contestó—. Cuéntame, Sarah, ¿qué tal ha ido la semana? ¿Has hecho los deberes?

—Sí, maestra —replicó con ironía sacando el diario del bolso—. Pero no espere una gran cosa, no es que yo naciera para ser escritora de best-sellers.

—Me da igual cómo escribas, solo quiero saber qué has escrito, pero antes —aclaró—, dime, ¿qué tal esta semana?

—Como imagino que ya sabrá, porque usted lo sabe todo siempre, intenté volver al trabajo, pero me dio un ataque de pánico y Henry me sacó de allí.

—No lo sabía —apostilló—. ¿Por qué te dio pánico? Parecías muy segura de querer volver.

—Y quiero, pero mi cuerpo me traicionó.

—Tu mente —corrigió.

—Bueno, lo que sea, mente o cuerpo, ¿qué más da? No pude y ya está.

—¿Y cómo te sentiste con eso? —preguntó.

—De mal humor, pero Henry me ayudó, me llevó a casa de Ángela y desde entonces trabajamos en algunos casos desde allí, la verdad es que el jefe está siendo muy permisivo con él.

—Parece que todo acabó más o menos bien, estás trabajando, aunque sea desde casa de tu amiga, y Henry está a tu lado.

—Sí, pero me preocupa, ¿podría él venir a algún tipo de terapia? —preguntó.

—¿Qué le pasa? —cuestionó mientras escribía en su cuaderno «Henry» en mayúsculas.

—Le veo cansado y se siente culpable.

—Tú le culpaste, Sarah, ¿cómo quieres que se sienta?

—¿Pero después dije que no había sido él! ¡Y le he pedido perdón! —gritó poniéndose de pie y apoyándose en la mesa para encarar a la doctora.

—Tranquila, no te alteres, solo digo que es normal que se sienta así si tú misma y todas las pruebas le señalan.

—Han tenido que manipular las pruebas —dijo segura volviéndose a sentar.

—¿Estás segura al cien por cien que no fue él?

—Sí —respondió con una rotundidad que Catherine no le había visto jamás.

—Vale, Henry no tiene la culpa, ¿la tienes tú Sarah? —La paciente se quedó en silencio mirando a la terapeuta con los ojos llenos de lágrimas, toda la determinación de todas las víctimas desaparecía ante esa pregunta—. Si después de todas las sesiones que llevamos aún no eres capaz de responder a esa pregunta con la misma certeza que respondiste a la anterior, no hemos avanzado nada —dijo seria—. No es tu culpa, eso es lo primero que tienes que asumir o cada vez que vienes aquí estás perdiendo tu tiempo y el mío.

—¿Lo primero no era llamar a lo que me pasó por su nombre y decidir afrontarlo en vez de llorar en la cama? —cuestionó, ahí estaba la rebelde Sarah de nuevo.

—Y tampoco lo has conseguido— acusó.

—Estoy aquí ¿no? Y he hecho los dichosos deberes —dijo mostrando el diario, a pesar de todo le gustaba la terapeuta.

—Está bien, veamos qué has escrito. —Se acomodó en el sillón mientras veía cómo Sarah se limpiaba las lágrimas y aclaraba la garganta para leer.

Esta mañana he intentado volver al trabajo. Esto podía haber sido muy difícil para mí, pero Henry ha conseguido que el trago fuera menos duro. Ha venido a buscarme y me ha llevado a desayunar. Hemos tenido un amago de discusión en el coche porque no quiere que trabaje en mi caso, pero siempre he sido más cabezota que él, ya lo conseguiré. Se ha fijado en que mi ropa no es la que debemos llevar. He visto cómo me miraba y he sentido escalofríos, pero luego me he dado cuenta del calor que emanaba de sus ojos y eso me ha calmado. Él me mira con respeto, no como si quisiera devorarme o hacerme daño. Sé que este diario es para escribir aquello que quiero para mi vida. Solo lo bueno. Pues bien: lo primero que quiero es volver a ser capaz de vestirme de manera coqueta y permitir a Henry, solo a él, que me mire con ojos de deseo. Lo segundo que quiero es que él me abrace cada vez que una nueva pesadilla me despierte por la noche. Pero me tengo que conformar con escuchar su voz por teléfono —concluyó.

—¿Ya está? —Sarah asintió completamente embriagada por sus deseos—. No está mal para empezar pero esperaba que hubieras escrito algo más, has estado trabajando con Henry en casa de Ángela —comentó revisando sus notas—. ¿Y ella estaba presente?

—A veces sí, otras veces estaba en su habitación o en su trabajo.

—Entonces has estado sola con él. —Ella asintió—. ¿Cómo es Henry? —preguntó, ella había hablado con él una vez por teléfono y debía reconocer que su voz era muy sexy—. Físicamente, ¿es guapo? —cuestionó en un tono distendido, como dos amigas que cotillean.

—Guapísimo —respondió tras un largo suspiro como una adolescente enamorada—. Es el hombre más guapo que se pueda imaginar: es alto, mide uno noventa, puede que más; tiene los ojos azules más impresionantes que he

visto nunca, en serio, nada que haya visto se puede comparar, ni el cielo, ni el mar, nada —Catherine la miraba con una sonrisa— y el pelo negro como el carbón, con un corte clásico, es muy soso para eso, muchas veces le he dicho que debería de ser más moderno; a la hora de vestir igual: serio y formal. Es un hombre responsable y lo refleja en su aspecto.

—¿Es un coñazo de tío? —preguntó dejando salir un lenguaje coloquial al ver a su paciente tan relajada.

—¡No he dicho eso! —protestó—. Es divertido, cuando hay que serlo, pero no es un bromista como Jason, por ejemplo, que es encantador y siempre nos hace reír.

—¿Y quién es Jason?

—Un colega de la agencia, él y Henry trabajan en mi caso.

—¿Y él te da miedo?

—No —respondió—. A decir verdad, no le he vuelto a ver, solo Henry y mi jefe se han pasado a visitarme.

—¿Y por qué crees que es eso? ¿No tienes más compañeros? ¿Otros amigos? —preguntó.

—En el hospital dije que no quería a ningún hombre cerca, y después solo pedí a Henry y Peter que fueran a verme.

—¿Y eso por qué? —Sarah se quedó pensando un buen rato—. ¿Sarah?

—No lo sé...—confesó al fin—. Creo que en mi fuero interno solo ellos me hacen sentir cómoda: Peter es como un padre para mí y Henry es...

—¡Un tío bueno con el que has estado trabajando y que no despierta tus pasiones! —interrumpió y, sin poder evitarlo Sarah soltó una carcajada—. Sabes reír, eso es bueno.

—Henry es más que eso doctora —comentó—. Y sí que cuando discutimos el otro día y le pegué, después quise que me besara pero...

—Espera, espera, espera —indicó levantándose de un golpe—. ¿Le pegaste?

—No sé cómo pasó, se estaba poniendo muy impertinente y se me escapó la mano.

¡—Dios Santo! —exclamó—. ¿Y te sigue hablando después de eso? ¡Ese hombre es un ángel!

—Con cuerpo de demonio —apostilló con una sonrisa—. Va a llevarme a pasar unos días con su madre en California, tiene una casa a pie de playa.

—¿Se lo pediste?

—Fue idea suya, Ángela lleva mucho tiempo cuidando de mí, ha descuidado su trabajo, a sus hijos y no me parecía justo; lo comenté y a Henry se le ocurrió.

—Creo que es una buena idea, te vendrá bien. Voy a mandarte más deberes para esas vacaciones.

—¿Aparte de escribir en el diario? —cuestionó.

—Sí, quiero que cumplas el primer deseo que escribiste.

—¿El de vestirme coqueta y dejar que Henry me mire?

—Ese, hace buen tiempo, no irás a estar así vestida en la playa —comentó señalando su atuendo: Sarah llevaba unos pantalones vaqueros negros que, seguramente antaño le habrían quedado ajustados pero había adelgazado mucho y se le caían, con una camisa oscura abotonada hasta el cuello y un grueso jersey—. Llévate un par de vestidos coquetos, un bikini, alguna minifalda.

—No quiero que ningún hombre me mire.

—Hablamos de Henry, tu ángel con cuerpo de demonio, inténtalo cuando estés a solas con él —explicó—. ¿Me lo prometes?

—Está bien, solo él.

—Y me sentiré más que feliz si también intentas el segundo deseo.

—¿Qué me abrace para dormir? —preguntó con los ojos desorbitados y la doctora asintió—. Eso no se lo puedo prometer.

—Vale, pero inténtalo por ti y por él, antes dijiste que le veías cansado y que se sentía culpable y eso te preocupaba. —Sarah asintió esperanzada ante la idea de que Catherine le diera algún consejo—. Si le has estado llamando por teléfono cada vez que tienes una pesadilla es normal que esté cansado, y sí además tiene miedo de que pueda volver a pasarte algo, ¿qué mejor forma de recompensarlo y de comenzar a acercarte un poco más a él que permitiéndolos dormir abrazados? Sus miedos y los tuyos desaparecerán y los dos descansaréis mejor.

—¿Segura?

—Completamente —dijo para concluir la sesión—. Intenta pasártelo bien estos días, si necesitas algo llámame, pero vamos a retrasar la próxima visita hasta que vuelvas. Creo que un tiempo en otro ambiente te va a sentar mejor que venir aquí a pelearme conmigo —añadió con una gran sonrisa.

—No peleo, solo me resisto un poco, pero siempre acaba usted sacándomelo todo —contestó desde la puerta—. Nos vemos pronto.

—Hasta pronto, Sarah.

Catherine miró cómo la detective salía de su despacho. Era una mujer extraordinaria y saldría de ese trance victoriosa, más fuerte si cabe. Estaba segura.

Capítulo 17

Después de una larga charla con su amiga, Sarah consiguió convencer a Ángela de que lo mejor para las dos era que se fuera a pasar unos días con la madre de Henry.

—A mí me sentará bien el aire del mar y estar lejos de la ciudad y tú podrás volver a dedicarte a tu trabajo y tus hijos —explicó a su amiga y esta aceptó.

—Pero me llamarás todos los días —le dijo en tono amenazante.

—Claro —contestó abrazándola.

—Y si te sientes mal y necesitas hablar, sabes dónde encontrarme. —Se sentía como si estuviera dando recomendaciones a uno de sus hijos pequeños.

—Sí, lo sé, mamá —contestó en broma.

—Si quieres que te visite, solo dilo...

—Tranquila, Ángela, mi madre cuidará de ella —dijo finalmente Henry para poder separar a las dos amigas, tenían que emprender el viaje si no querían perder el avión.

Tras varias horas de vuelo en primera clase, por cortesía de Peter Campbell, y algunas más de coche, llegaron a la casa que los Butler tenían en una zona íntima, casi privada, de la playa de Santa Mónica, poco después de media tarde.

Sarah miró aquella enorme mansión y se sintió abrumada, pequeña. Había intuido que la familia de Henry era muy acomodada económicamente. A él se le notaba, de vez en cuando, algún ramalazo de niño pijo, aunque la mayoría de las veces se quejaba de que con su sueldo de detective le costaba llegar a fin de mes.

La casa era bastante antigua pero se veía cuidada. La terraza principal conectaba directamente con la playa donde multitud de turistas disfrutaban del día soleado. Sarah se pegó más a Henry al ver a la muchedumbre.

—No te preocupes —le dijo al oído—. En la parte de atrás tenemos una zona privada —le explicó y ella sonrió—. ¡Mamá! —gritó desde la terraza—. ¡Ya estamos aquí!

—¡Henry! —exclamó abrazándole y Sarah sintió algo extraño, en ese momento le encantaría que su madre estuviera allí, que la abrazara y la reconfortara como cuando tenía pesadillas de pequeña. La voz dulce de Christine dirigiéndose a ella la sacó de sus pensamientos—. Sarah, querida, siento mucho lo que te ha pasado. —Ella agradeció sus palabras con una sonrisa—. Estarás bien aquí, cielo —dijo mientras les invitaba a pasar—. ¿Te quedarás tú también, Henry?

Christine Butler era una mujer hermosa. A pesar de su edad conservaba intacta la belleza que había tenido en su juventud. Era alta, llevaba el pelo teñido en un juvenil tono naranja que resaltaba sus ojos azules, iguales a los de Henry. Se notaba que había tenido una buena vida. Elegantemente vestida con un pantalón de lino turquesa y una camisa blanca, les invitó a pasar al hall de la casa mientras escuchaba a su hijo.

—Solo el fin de semana, mamá, tengo trabajo —respondió notando cómo estar en casa de nuevo calmaba sus nervios.

—Bien, acomodaremos a Sarah en el cuarto de invitados de la segunda planta, tiene unas vistas increíbles, y tú dormirás en tu cuarto, a no ser, claro está que prefieras hacerlo con ella... —dejó caer, desde hacía mucho tiempo intuía lo que su hijo sentía por su compañera, aunque Henry era muy reservado y jamás asumía ni desmentía nada.

—¡MADRE! —le recriminó, no es que no quisiera dormir con ella, pero Sarah no estaba lista.

—Señora Butler, espero no ser una molestia para usted, lo cierto es que Henry insistió mucho para que viniera —intervino al ver el azoramiento de su

compañero.

—Es Christine, y tranquila, Adam no está y la casa es demasiado grande para mi sola, de hecho estamos pensando en venderla y comprar un piso más pequeño. Henry nunca nos visita y no tenemos a nadie más.

—¡Ya empieza! —protestó, su madre siempre le repetía lo mismo cuando iba a verla—. Voy a buscar las cosas al coche.

—Me encanta molestarle, sé que para Henry lo más importante es su carrera al menos hasta que tú llegaste a su vida.

—Su hijo ha sido el único hombre constante a mi lado, Christine, es mi mejor amigo, es mi compañero y solo espero que algún día, todo este miedo que tengo ahora desaparezca para que pueda ser algo más —le confesó sincera y casi sin querer.

La habitación que Christine había preparado para Sarah era igual de impresionante que el resto de la casa.

Un gran ventanal con vistas a la playa privada dominaba toda la estancia haciendo que el cuarto fuera luminoso y la brisa marina se colase por las rendijas abiertas de la ventana.

Había una cama enorme situada en el centro del dormitorio, con dos mesas de noche blancas con bonitas lámparas sobre ellas. Tenía además un vestidor y un cuarto de baño propio.

Sarah pensó que sí así de lujosa era la de invitados, las de los propietarios serían más grandes que su piso entero.

Una hora más tarde, tras instalarse y comer algo, Henry invitó a Sarah a dar un paseo por la playa privada a la que se accedía por la parte trasera de la casa. Ella decidió que era un buen momento para intentar cumplir con sus deberes y vestir de manera más veraniega, además el buen tiempo invitaba a eso.

Llegó hasta donde su compañero la esperaba vestida con un pantalón pirata

en un tono rosa muy claro y una camiseta de mangas a medio brazo. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta informal y se había aplicado un poco de brillo en los labios y algo de colorete muy suave en las mejillas. No estaba mal para empezar.

Henry la miró y sonrió, había notado el cambio y no supo si debía decírselo. Ella permitió que él la mirase unos segundos.

—Tengo que empezar a vestir más como lo hacía antes —explicó sin entrar en más detalles—. ¿Voy bien para el paseo?

—Estás preciosa —contestó sin poder controlarse, tal vez debería haber sido algo más comedido, pero la reacción de Sarah le tranquilizó.

—Tú también luces muy bien —dijo con algo de timidez, ¿estaba coqueteando con él? No era posible, después de lo que había pasado se veía incapaz de volver a insinuarse o coquetear con un hombre, pero con Henry parecía que le salía de manera natural.

Y no mentía. Henry parecía haber dejado su formalidad habitual en San Francisco y se había puesto un pantalón de algodón blanco con una camiseta de tirantes del mismo color, que se ajustaba a sus perfectos abdominales de una forma completamente pecaminosa y una camisa azul desabrochada encima, con el pelo algo revuelto por el viento y las gafas de sol Ray Ban de aviador, el detective Butler podía provocar un infarto en cualquier mujer que se parase cerca de él.

—Henry, tengo un problema —le dijo de repente mientras estaban sentados mirando el mar después de haber paseado en silencio durante más de media hora.

—Cuéntame.

—Hace dos o tres noche intenté dormir sin tomarme los somníferos que me recetó la doctora y no pude hacerlo. —Tomó aire un segundo y continuó—. Necesito que me ayudes a buscar una forma de dejarlos, lo único que me falta es volverme adicta a las pastillas para dormir otra vez —confesó.

—Tranquila, Sarah, buscaremos una solución, ¿qué piensa tu doctora de que las dejes?

—No lo sabe, la terapia va bien, pero seguro que me suelta un rollo de los suyos y quiero hacer algo por mí misma, sin que un médico tenga que darme permiso —le explicó y él decidió apoyarla en lugar de decirle lo que realmente pensaba.

—¿Qué te parece si durante el día hacemos que te canses mucho? —sugirió lo único que se le ocurrió en ese momento.

—Explícate.

—Podemos ir a correr temprano, nadar durante el día, ver la televisión hasta muy tarde —le dijo, aunque realmente eso no era lo que tenía en mente para cansarla—. También puedo leerte algún libro que tiene mi madre por ahí, eso te daría sueño en seguida.

—¡Henry! —le recriminó con una sonrisa—. Me gusta tu idea del deporte pero, ¿cuándo no estés? —le preguntó, lo cierto es que aún no se veía capaz de salir sola a la calle.

—Mamá estará encantada de nadar contigo, dar largos paseos por la playa y llevarte de compras, verás que todo va bien.

—¿Y esta noche? Ya es tarde para conseguir hacer que me canse.

—Podemos quedarnos despiertos hasta que tengas ganas de dormir, hablaremos. —Ella aceptó de buen grado, tal vez una charla con Henry le viniera bien.

Después de cenar y darse una ducha Henry y Sarah se sentaron en la cama donde ella iba a dormir, cada uno a un lado, mirándose fijamente sin decir ni una palabra. Después de proponerle que hablaran para esperar a que Morfeo la visitara Henry tuvo miedo, ¿y si con esta conversación solo conseguían hacerse daño?

—¿Sabes? Seguro que es la primera vez en tu vida que compartes cama con

una mujer solamente para hablar.

—Eso no es del todo cierto Sarah, no es la primera vez que comparto cama contigo y solo hablamos —le dijo con una sonrisa rememorando todas las veces que por algún caso habían tenido que compartir cama y él había tenido que hacer acopio de una voluntad de hierro para no echársele encima.

—Hemos estado en muchas situaciones complicadas antes Henry, pero nunca algo así —sentenció no sabiendo si realmente quería llevar la conversación por ahí.

—¿Por qué me rechazaste Sarah? ¿Por qué después de la noche que pasamos juntos? —No quería preguntarle eso, pero no pudo evitarlo.

—No lo sé —confesó por fin, dos años después había llegado el momento de poner las cartas boca arriba—, juro que no había nada el mundo que quisiera más en ese momento que decirte: «sí, intentémoslo», pero algo en mi interior me decía que saldría mal, no estaba preparada para acabar una relación y empezar otra tan rápido.

—Pero sí con James —comentó recordando que poco después de su breve romance en Nueva York y tras romper con Trevor, Sarah había empezado a salir con uno de los abogados que solía ayudarles en sus investigaciones.

—Era diferente.

—¿En qué sentido? —inquirió acercándose más a ella, quería hacerle entender de una manera u otra que ya no estaba enfadado, ni resentido, solo necesitaba saber por qué pasó lo que pasó.

—Con él todo era nuevo, era empezar una relación desde cero, pero contigo, los dos llevábamos demasiada carga a nuestras espaldas, nuestras historias personales y nuestra historia en común, tenía miedo a dejarme llevar y que todo saliera mal.

—Yo siento que no dije las palabras adecuadas, muchas veces he pensado que si te hubiera dicho el verdadero motivo por el cual lo dejé todo para ir a rescatarte cuando aquellos narcotraficantes te secuestraron —dijo recordando

otro horrible capítulo de sus vidas: Sarah había sido secuestrada durante una investigación que llevaba y Henry llegó a renunciar a su puesto en la agencia ante la negativa de Peter a dejarle investigarlo; en recuerdo de ese momento, su jefe había decidido que, cuando se trataba de la seguridad de Sarah, mejor tener a Henry de su parte—, tú no me habrías rechazado, y creo que te quedaste con James porque él dijo lo que querías oír, encontró las palabras que yo no supe darte.

—Henry —susurró mientras le acariciaba el rostro—. Puede que él las dijera, pero yo nunca quise oírlas de él, pasó lo mismo con Trevor. —Sin poder evitarlo sintió náuseas al pronunciar ese nombre, aún no habían podido averiguar quién la violó y su exnovio seguía siendo el principal sospechoso—. Él también me dijo las palabras que tú, en esa ocasión, no quisiste darme.

—Y no sabes cómo lo he sentido. Si tan solo en ese momento me hubiera dejado llevar, te habría besado, te habría dicho «sí, Sarah, hagámoslo»... —Ambos recordaron el momento en que, estando en una misión encubierta haciéndose pasar por pareja, habían estado a punto de sucumbir a la pasión que sentían, pero había sido Henry quien frenó bruscamente la situación—. Hay tantas cosas que no hubieran pasado si yo no hubiera sido tan cobarde, incluso...

—¡Eso no fue tu culpa! —le interrumpió—. No quiero que lo pienses.

—Si me hubiera dejado llevar, no habrías caído en brazos de ese hombre, él no se habría obsesionado contigo y no te habría hecho daño.

—Eso no lo sabemos, ni sabemos si realmente fue él, quizás el jefe tenga razón y debas empezar a plantearte mirar más allá... —Sarah se había acercado aún más a él, la mano de Henry descansaba sobre la cadera de ella mientras que las de Sarah lo hacían sobre el pecho de él, estaban tan cerca que Henry no pudo evitar la tentación y se acercó lentamente para besarla.

Sarah trató de apartarse pero Henry se lo impidió.

—Tranquila, no voy a hacerte daño, no pasará nada que tú no quieras que pase, te lo prometo, pero déjame besarte. —El tono y la cadencia de su voz la hicieron ceder y durante unos minutos se besaron sin pensar en nada más—.

¿Ves cómo no iba a pasar nada?

—Henry, de verdad que me gustaría pero, no puedo, ¿lo entiendes? —preguntó llorosa, temía que él volviera a sentirse rechazado y se alejara, egoístamente Sarah necesitaba su apoyo aunque no pudiera darle nada a cambio—. ¿Entiendes que no estoy preparada? —preguntó con lágrimas en los ojos, lo cierto es que el beso le había gustado pero no se sentía con fuerzas para nada más.

—Claro que lo entiendes, ¿puedes entender tú que eres muy importante para mí y qué esperaré por ti el tiempo que sea necesario? —Ella asintió y se acurrucó contra él—. Así me gusta. —Henry la abrazaba mientras acariciaba su pelo y poco a poco la notó relajarse contra él hasta que se percató de que se había dormido, sin soltarla se acomodó como pudo en la cama, besó su pelo y le habló—. Superaremos esto juntos, mi amor.

Y así fue como, después de más de un mes, Henry y Sarah tuvieron, por fin, una noche entera de reconfortante sueño. Estaba claro que ella tenía que volver a confiar en los hombres y él estaba dispuesto a hacer que lo consiguiera.

—¡Vamos arriba, dormilona! —le dijo acariciando su cara con cuidado de no asustarla cuando apenas había amanecido—. ¡La playa nos espera!

—¡Por Dios, Henry! —exclamó levantando la cabeza de la almohada—. Pero si todavía no ha salido el sol.

—Mejor así, después hará muchísimo calor para correr, vístete mientras te preparo el desayuno y no remolonees Boyle —le ordenó desde la puerta y ella sonrió al verle vestido con un pantalón de deporte corto que se ajustaba a sus muslos y una camiseta que le marcaba los bíceps.

Ante esta visión, Sarah tuvo una idea. Se levantó de la cama y cogió el diario que había guardado en la mesilla de noche. Se sentó en postura de mariposa y escribió sintiendo que le temblaban las manos:

«Y él entró en la habitación con aquellos pantalones cortos que me volvían

loca y se tumbó sobre mí repartiendo besos por toda mi cara para despertarme. Podía sentir el olor del after shave en su piel recién afeitada, una fragancia que me hacía sentir en casa. Sus labios atraparon los míos en un beso desgarrador, su lengua se coló en mi boca con una rapidez extrema y la mía no tardó ni medio segundo en reaccionar encarándola y batiéndose en un duelo que nos encendió a ambos. Mordió mi labio inferior al separarse y me susurró un: “Buenos días mi amor”, que hizo que mi zona íntima se humedeciera con su voz sensual...».

—¿SARAH, ESTÁS LISTA? —La voz de Henry desde el piso de abajo cortó su inspiración.

—¡Ya voy! —respondió y corrió a vestirse para ir a correr. Se puso un chándal fino y una camiseta de tirantes que dejaba, por primera vez en mucho tiempo, sus brazos y escote al descubierto. A pesar de que toda su ropa le quedaba grande por el peso que había perdido, Henry se atragantó al verla.

Ese día corrieron por la playa durante una hora y después se zambulleron en el mar para nadar un rato. Sarah se quedó muda ante la perfección del cuerpo de su compañero en bañador.

—Si te sientes incómoda puedo nadar con la camiseta puesta —le dijo ante su reacción.

—No hace falta, no te preocupes estoy bien es solo que... impresionas —confesó.

—¡Anda ya! Como si no me hubieras visto antes incluso con menos ropa —bromeó para relajar el ambiente, él también se sentía tenso ante la idea de ver a su compañera en bikini y entonces pensó que quizás ella no quisiera—. Puedes bañarte con el chándal si no estás preparada para quitártelo ante mí.

—Estoy harta de no estar preparada para cosas tan estúpidas como quedarme en bikini ante ti —sentenció seria mientras se bajaba el pantalón, con un tono de voz que a Henry le recordó a su Sarah de siempre, la segura y luchadora Sarah Boyle. Él se acercó lentamente y con cuidado de no asustarla le sacó la camiseta por la cabeza acariciando levemente la piel de su estómago que se erizó al instante por el contacto—. Gracias —le dijo mordiéndose el labio

inferior, volviendo a coquetear con él si querer hacerlo—. Estoy horrible, lo sé —dijo al ver que ahora era Henry quien había perdido la voz—. Me he quedado muy delgada.

—Eres y estás hermosa, pero comer mejor te vendrá bien, por tu salud —respondió siendo sincero y la reacción de ella le sorprendió. Sarah acabó la escasa distancia que los separaba, se puso de puntillas levemente y besó sus labios con la ansiedad de un sediento ante una botella de agua.

—Gracias, Henry, por todo —dijo sincera tomando sus manos.

—Ojalá pudiera hacer más por ti, si pudiera daría marcha atrás al tiempo y te protegería con mi vida si fuera necesario —confesó enlazando su cintura y por toda respuesta ella le besó de nuevo.

—No pensemos más en eso y ahora... ¡a nadar! —le dijo soltándose de su abrazo y echándose a correr.

Los dos días que duró el fin de semana siguieron la misma rutina: correr, nadar y hablar hasta que Sarah caía vencida por el sueño, sin pastillas y sin pesadillas protegida por los fuertes brazos de Henry. Sin duda Catherine estaría orgullosa de ella cuando supiera que, no solo había dormido abrazada a él sino que además, le había besado.

Se despidieron el domingo por la tarde, Henry debía volver a San Francisco y después de darle mil recomendaciones a su madre y prometer a Sarah que volvería el viernes, se marchó. Las dos mujeres le vieron irse apoyadas en la barandilla de la terraza y Sarah no pudo evitar que de sus labios saliera una confesión.

—Christine...

—Dime querida.

—Estoy enamorada de tu hijo —sentenció con algo de miedo liberando sus sentimientos, esos que había guardado durante mucho tiempo y que no había confesado jamás a nadie.

—Me alegra oír eso ¿sabes por qué? —Ella negó con la cabeza—. Porque mi hijo también lo está de ti.

Capítulo 18

El calor en San Francisco era insoportable en aquella época del año. Henry había decidido llegar hasta el trabajo dando un paseo pero no tardó en darse cuenta que había sido una decisión equivocada. Se quitó la chaqueta negra y se subió las mangas de la camisa blanca hasta el antebrazo haciendo que sus bíceps marcados hicieran a más de una fémina girarse a mirarle.

Su mente estaba muy lejos de allí. En California. Con Sarah. No podía sacarla de su cabeza ni un instante. Habían hablado por teléfono hasta muy tarde y ella le había vuelto a llamar por la mañana temprano para decirle que había ido a pasear por la playa con su madre y que iban a ir de compras.

Parecía tan animada que eso hacía que él también se sintiera mejor. Aunque él no estaría del todo bien hasta que pusiera entre rejas al que la había violado.

Deambulaba por la calle como un zombi. Estaba cansado. Los dos días que había dormido con Sarah bien protegida entre sus brazos, habían sido un bálsamo que les había servido a ambos para descansar mejor, pero ahora que volvían a estar separados Henry no encontraba la forma de calmar la ansiedad en su interior. ¿Y si volvían a hacerle daño?

—BUTLER —Escuchó una voz conocida a su espalda.

Cuando se giró, no podía creer lo que veían sus ojos. Allí mismo, frente a él, el hombre al que llevaba más de un mes tratando de encontrar. Aparecido de la nada, aquel al que culpaba de todo lo sucedido con su compañera, Trevor Ross, le sonreía con altanería.

—Tengo entendido que andabas buscándome —le dijo en cuanto Henry, de un par de zancadas, le encaró.

—¡Voy a matarte! —gritó arrinconando a su interlocutor contra un muro.

—¡Estás loco, Butler! Sé de lo que me acusas, he estado en la agencia y tu amigo Mcnamara casi me rompe la cara, menos mal que Campbell está allí para poner un poco de cordura a su jauría de locos.

—¿Dónde estabas hace cinco semanas? —le preguntó sin dejar de aprisionarle contra la pared.

—No tengo por qué darte explicaciones de mis actos pero una cosa es segura: violando a Sarah no —sentenció.

—Eso vas a tener que probarlo —le dijo, sintiendo como sus manos hormigueaban por la ganas de pegarle.

—¿Por qué? No hay ninguna acusación formal en mí contra, solo tus paranoias, me odias porque ella quiso estar conmigo y a ti nunca te hizo caso.

—No sabes de lo que hablas... —dejó caer comprendiendo que Sarah no le había explicado a Trevor los motivos de su ruptura.

—Sí que la tengo, yo y todos, es de dominio público en la agencia que estás prendado de ella desde que la conociste, pero nuestra Sarah ha sido siempre muy casquivana y no ha querido atarse a nadie, solo yo he estado a punto de lograrlo y eso te enfurece—. Trevor era un hombre de estatura media que resultaba extremadamente pequeño comparado con el metro noventa de Henry, resultaba bajito incluso al lado del metro ochenta de Sarah, pero estaba fuerte y musculado. De rostro afable y sonrisa pícara era atractivo. Sus ojos oscuros centelleaban ahora por el cabreo, nunca había sido un mal hombre, aunque su rivalidad con Henry había estado siempre patente, y él era su principal sospechoso, durante el tiempo que trabajaron juntos Trevor no parecía mal tipo—. En el fondo ¿sabes qué creo? Que sí que fuiste tú.

—No tienes ni idea.

—En este mundo todos nos conocemos, y Sarah y tú sois muy famosos, no es un secreto para nadie que ella te acusó —le dijo con inquina.

—Después se retractó —se defendió.

—Sí claro —aceptó—. ¿Y tú no recuerdas nada? ¿Por un par de cervezas? Que amnesia más oportuna.

—Yo no violé a Sarah —sentenció seguro de sus palabras por primera vez—. Quiero saber dónde estabas esa noche y más te vale que tu coartada fuera que cenabas con el Papa o no te salvarás de esta.

—Haz una acusación formal, con pruebas que demuestren que fui yo y te daré una coartada —contestó serio—. Desde mi punto de vista, tú tenías más motivos: el galán enamorado de la chica, acostumbrado a que todas caigan en sus brazos menos la que de verdad le importa, teniendo que ver como ella sí que sale con otros, ¡íbamos a casarnos! —le encaró.

—¿Y sabes por qué no lo hicisteis? ¿Sabes por qué Sarah te dejó maldito imbécil? —gritó empujándole de nuevo contra la pared—. ¡Nos acostamos juntos! —le reveló—. Cuando estuvimos en Nueva York, por eso al volver ella te dejó.

—¡Esa zorra! ¿Sabes qué te digo? ¡Se merece lo que le pasó! —Y esa frase es la última que salió de la boca de Trevor Ross porque segundos después de pronunciarla el puño de Henry contra su cara le hizo perder el conocimiento.

Peter esperaba de pie en la puerta de la comisaría con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro malhumorado cuando vio aparecer a Henry con la cabeza gacha.

—Como tenga que volver a venir a sacarte de la cárcel una vez más, me lo voy a pensar —le amenazó—. ¿En qué narices pensabas? —preguntó y Henry sabía que cuando le tuteaba era porque estaba en modo paternalista y él no tenía humor para una charla.

—Ese cabrón dijo que Sarah se merecía que la violaran, ¿qué habría hecho usted? —le cuestionó.

—Pegarle —respondió sincero—. No te estoy diciendo que no tengas razón, lo que trato de que metas en tu dura cabeza es que la cagaste, con razón, pero

la cagaste.

—No me arrepiento.

—Bien, no te pido que lo hagas pero escúchame Henry: eres el principal sospechoso, tú, no Trevor Ross. —El detective fue a decir algo pero su jefe no le dejó—. No me interrumpas —apostilló—. Tienes que andar en este caso con pies de plomo, cualquier error que cometas será fatal para ti; la policía lleva una investigación paralela a la nuestra, y sé por amigos que tengo allí que dan palos de ciego pero si tú, el sospechoso con más posibilidades, vas por ahí rompiendo la cara a otros hombres que hayan tenido algo que ver con la víctima, estamos jodidos, así que contrólate o pondré a otro en el caso.

—Ross seguirá siendo mi sospechoso si no me demuestra donde estuvo ese día —le dijo mientras caminaban hacia el coche.

—Haz lo que te dé la gana, como siempre —contestó—. Mcnamara tiene una pista del hospital, al parecer el jefe del laboratorio hace personalmente las pruebas de ADN en los casos de violación, o hacía, mejor dicho porque desapareció misteriosamente después de hacer las de Sarah.

—¿Le secuestraron? —inquirió.

—Al parecer recibió una gran suma de dinero y se jubiló —le explicó.

—¿Un soborno?

—Eso piensa Jason, yo no acabo de verlo claro.

—Tenemos que investigar las cuentas de Trevor Ross —dijo, se sentía con las energías renovadas, por fin una pequeña pista arrojaba algo de luz.

—Anthony Coster está trabajando en ello, no sé qué le dijiste cuando le interrogaste, pero está muy solícito.

—Nada —contestó sin más.

—Le quiero centrado, Butler —dijo, ahora sí, en su mejor tono de jefe—. O

le echaré del caso, no voy a pasarle ni una más.

—Prometido jefe —repuso con una sonrisa.

Lo que Henry no sabía en ese momento es que su jefe ya había tomado una decisión sobre el caso. Iba a incluir a un nuevo miembro en el equipo. Quería a Sarah Boyle de vuelta y en su caso. Solo ella era capaz de aportar a Henry la cordura que necesitaba para que, juntos, resolvieran este misterio.

Una chica morena, alta y con un cuerpo escultural caminaba por el garaje del centro comercial en busca de su coche maldiciendo hasta en arameo por haberse vuelto a olvidarse de apuntar el número de la plaza de aparcamiento donde lo había dejado.

El reencuentro con una vieja amiga de la infancia le había tomado más tiempo del previsto y en el sitio ya no quedaba nadie, o eso pensaba ella hasta que notó pasos a su espalda.

—Estoy loca —dijo en alto al comprobar que no seguían.

Ignoraba que, detrás de una columna los ojos maliciosos de un hombre la observaban.

—Maldita sea, se parece a ella, ¡todas se parecen a ella! —se dijo a sí mismo y sin poder controlarse caminó hasta la chica y de un certero golpe en la cabeza la dejó inconsciente.

Capítulo 19

Sarah cerró la puerta del balcón después de respirar una gran bocanada de aire. El sonido y el olor del mar le estaban dando una paz interior que le parecía imposible hacía unas semanas. Se sentía tranquila, a salvo y querida. Christine le proporcionaba el afecto materno que hacía mucho tiempo que un trágico accidente le había arrebatado.

Se sentó en la cama, con las piernas cruzadas en posición de mariposa, puso un cojín duro sobre ellas y después su diario. Cerró los ojos evocando la imagen de Henry, el sonido de su voz, el tacto de sus manos. Y escribió.

Él apareció sin que le esperase. Cruzó el umbral de la puerta de mi habitación y anduvo con paso seguro hacía mí. Su manera de andar siempre me había vuelto loca. Demostraba con sus pasos la seguridad que tenía en sí mismo, su altanería y su chulería. Humedecí mis labios al notar como su peso hacía hundirse el colchón. Él los miró fijamente y me besó. Este no era un beso como ninguno que nos hubiéramos dado antes. Este era sensual y excitante. De los que presagian un encuentro sexual cargado de pasión. Henry mordió levemente mi labio inferior y eso me hizo sentir miedo....

—¡NO!— gritó— No se trata de eso, tengo que escribir sobre lo que quiero, no sobre lo que me da miedo —se repitió así misma haciendo un tachón con el bolígrafo y rehízo la frase.

Henry mordió levemente mi labio inferior y eso me hizo sentir una descarga por todo el cuerpo. Recordé la noche que habíamos pasado juntos en Nueva York. Me dejé ir, me dejé hacer y él supo llevarme hasta donde quiso, a lo más alto, a un mundo donde no había nadie más que Henry y yo.

—Sarah —le gritó Christine desde la puerta—. ¿Estás lista para las compras?
—le preguntó.

—Sí —respondió y se quedó pensativa un momento—. ¿Te importa si voy

sola? —cuestionó como una niña que pide permiso a su madre para salir.

—¿Quieres hacer eso? Sabes que no me importa acompañarte.

—Lo sé Christine, pero es que creo que debo intentarlo —explicó.

—Muy bien hija, me alegro de tu determinación —le dijo con una sonrisa.

—Gracias —respondió.

Había decidido comprarse algo de ropa nueva. Llevaba varios días pensándolo y decidió que ya era el momento. Era viernes, Henry llegaba esa noche y ella se sentía como una adolescente que debía escoger un vestido para el baile.

Lo intentó y lo hizo. Fue dando un paseo desde la casa hasta la zona comercial y, aunque se sentía algo temerosa con tanta gente alrededor, controló su respiración, visualizó los preciosos ojos azules de Henry y se adentró en una tienda para renovar su vestuario.

Aquella semana, Campbell había dado la tarde del viernes libre a Henry y pudo viajar más temprano. De camino al aeropuerto paró en un establecimiento a comprar un regalo para Sarah, algo que sabía hacía mucho tiempo que tendría que haber recibido de él. Salió de la tienda con la tarjeta de crédito echando humo pero con una gran sonrisa en el rostro y su regalo descansando en el interior del bolsillo del pantalón.

Llegó a casa de su madre pasadas las ocho de la tarde, en esta ocasión no las había avisado y ellas le esperaban mucho más tarde. Sorprendió a Christine en la cocina preparando unos batidos.

—¡Henry! —le gritó—. ¡Qué susto me has dado!

—Quería sorprenderos, ¿dónde está Sarah? —preguntó ansioso por verla.

—En su cuarto —dijo cautelosa.

—¿Está bien? —interrumpió.

—Perfectamente, está descansando un rato, esta tarde ha salido de compras, me sorprendió el hecho de que quisiera ir sola.

—¿LAS HAS DEJADO SALIR SOLA? —interrogó—. ¡Estás loca mamá! ¡¡Se supone que tienes que cuidar de ella!! ¿Y si le hubiera pasado algo? —acusó mientras salía en busca de su compañera sin dar a su madre ni si quiera tiempo a defenderse.

Christine miró hacia la puerta por donde acababa de salir su malhumorado hijo y suspiró, sino fuera porque sabía que estaba enamorado de esa mujer como nunca antes lo había estado de ninguna otra, le habría enseñado a no hablar así a su madre, sonrió ante ese pensamiento. ¿Cómo se castiga a un hombre adulto de casi dos metros de estatura?

Henry respiró hondo un par de veces antes de entrar en el cuarto donde Sarah se alojaba, no quería demostrarle su enfado. Abrió la puerta con cuidado y la vio tumbada de lado en la cama, tenía los ojos cerrados y un libro abierto a su lado.

Anduvo sigilosamente hasta allí y se tumbó junto a ella abrazándola por la cintura. Sarah se despertó al notar que alguien la agarraba, al principio el miedo se apoderó de ella pero después reconoció el tacto suave de las manos de Henry sobre la piel que la camiseta dejaba al descubierto en su cadera y el olor de su colonia, y se relajó.

—No te esperaba hasta más tarde —dijo en un susurro mientras se giraba para verle sin romper su abrazo.

—El jefe me dejó salir antes, no sé qué trama pero creo que me hace la pelota —explicó acercándose lentamente para besar sus labios, sonrió al ver que ella no se separaba—. Te he echado de menos.

—Yo también a ti —declaró besándole. Henry no podía creerse que ella tomara la iniciativa—. ¿Sabes qué he hecho hoy?

—preguntó ilusionada.

—Sorpréndeme.

—He ido sola al centro comercial, puede que a simple vista parezca una tontería, pero mi terapeuta opina que es un gran paso —explicó con una sonrisa, se había sentido tan orgullosa de sí misma que no había podido evitar llamar a Catherine para contarle y Henry entendió que el enfado con su madre no tenía lógica.

—Me alegro mucho por ti —contestó tratando de parecer tranquilo, pero ella le conocía muy bien.

—¿Está todo bien? Pareces nervioso —Los grandes ojos marrones de Sarah le escrutaron.

—Muy perspicaz, novata —respondió—. Ven, levantémonos un momento —le dijo, ella se sentó en la cama y él se quedó de pie mirándola de frente. Cuando Sarah le vio descender hasta ponerse de rodillas sintió que su corazón se paraba unos momentos, ¿no iría a...?—. Sarah, ¿quieres casarte conmigo? —Formuló la pregunta directamente, sin florituras, ni adornos, ni nada, lo cierto es que tenía un discurso preparado, pero se le olvidó.

—Sí —respondió ella guiándose por sus sentimientos. Henry deslizó el anillo en su dedo y la besó hasta que ella rompió el beso con los ojos anegados de lágrimas y una expresión en su rostro que él no pudo descifrar—. No puedo hacerlo.

—¿Qué no puedes hacer?

—Casarme contigo, no, ni contigo ni con nadie —respondió tratando de quitarse el anillo, pero él se lo impidió.

—Sarah... ¡¡Sarah!! —le gritó—. Shhh, tranquila, no tiene por qué ser ahora mismo, no nos casaremos hasta que no te sientas preparada, te prometo que esperaremos lo que sea necesario.

—Pero no es justo —dijo entre sollozos.

—No importa, escucha, sé que no te lo he dicho, nunca he sido muy claro con respecto a mis sentimientos hacia ti pero...—Tomó aire un segundo y luego dejó salir las palabras—: Te quiero Sarah, estoy enamorado de ti desde hace tanto tiempo que no puedo recordar cómo ni cuándo pasó, me gusta estar contigo, despertar junto a ti, cuidarte, ¿acaso es que tú no sientes lo mismo?

—No se trata de eso, Henry, claro que siento lo mismo —respondió, le costaba dejar salir las palabras—. Pero el amor no lo es todo, no puedo darte nada de mí ahora, entiéndelo.

—No, entiéndeme tú a mí, dices que el amor no lo es todo pero yo creo que sí, ¿a qué temes? Yo no voy a hacerte daño.

—¡¡Lo sé!! Tú eres el único hombre con el que me siento protegida, sé que darías tu vida por mí. —A estas alturas de la conversación los dos lloraban: él de impotencia y ella de rabia por no poder dejarse llevar—. No sé si yo... no sé si alguna vez... —En ese momento decidió que debía ser sincera con él, exponerle cuál era el motivo por el que le rechazaba, qué era lo que le daba tanto miedo—. No sé si alguna vez volveré a ser la que era Henry, no sé si podré... responderte como esposa.

—¿Estamos hablando de sexo, Sarah? ¿De eso se trata? ¿Crees que nunca podrás volver a acostarte con un hombre? —Ella asintió. Henry acabó con la distancia que los separaba y la abrazó—. Mi amor, estoy seguro de que eso no pasará, algún día, de la misma forma que hoy conseguiste salir sola a la calle, tu mente dejará que vuelvas a entregarte a un hombre, y me dijiste en el hospital que querías que fuera yo.

—Sí, pero... ¿mientras?

—Mientras esperaremos, dormiremos abrazados, hablaremos, nos besaremos y llegaremos hasta donde tú puedas, y cuando sea necesario recurriré a las duchas de agua fría —le dijo y ella sonrió—. Pero no nos separes por esto, ahora... responde otra vez. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí, quiero.

—Te quiero tanto, prometo que voy a conseguir que seas la mujer más feliz

del mundo.

—Ya lo soy —respondió mirando su anillo—. Es precioso, y el diamante es enorme, te ha debido costar una fortuna —comentó mirando su anillo obnubilada.

—Lo mereces —dijo y volvieron a besarse, minutos después salieron a dar a Christine la buena noticia, que recibió con una enorme alegría y enseguida se puso a pensar cómo sería la boda perfecta y dieron un romántico paseo a la luz de una preciosa luna llena.

Henry nunca imaginó que pasaría la noche de su compromiso simplemente hablando con su prometida. Era extraño, pero todo había sido así entre él y Sarah.

Desde que se conocieron, ella causó en él una impresión enorme por su determinación y su capacidad para resolver los casos más insólitos y él causó en ella un extraño sentimiento de protección, no sabía por qué, pero desde el primer momento supo que si no se protegía de aquel hombre, de aquella sonrisa y aquellos profundos ojos azules acabaría enganchándose a él, y finalmente pasó. Ninguno de los dos podía decir a ciencia cierta cómo fue, ni cuándo, pero, sí que podían saber cuándo comenzaron a darse cuenta.

Fue en aquella investigación en Virginia, después de que les atacaran.

Henry había resultado herido y entre delirios había dicho el nombre de una chica. Sarah sintió que algo se estremecía en su interior. Se moría por saber quién era la misteriosa mujer que había llegado a ser tan importante para su compañero, ¿quién era esa que tenía el honor de ocupar el corazón del detective Butler?

Todavía hoy podía recordar el alivio al escuchar sus palabras: «Estoy loco por ella, Megan es mi prima, soy hijo único y durante nuestra niñez, solo nos tuvimos el uno al otro». Sonrió como siempre al recordarlo y Henry se dio cuenta.

—¿Por qué sonríes? —preguntó. Lo cierto es que le encantaba verla,

lamentablemente no era algo que hiciera a menudo últimamente.

—Estaba pensando en el día que me di cuenta de que sentía algo por ti — confesó—. Aquella mañana, tras nuestra noche huyendo de los narcotraficantes de Boston cuando te dispararon y delirabas, que llamaste a tu prima, me moría de celos. —Durante unos segundos la miró embelesado mientras escuchaba su confesión.

—¿De veras fue ese día? —Ella asintió—. Es curioso, yo también me di cuenta en esa misión de que sentía «algo» por ti, luego me negaba a poner nombre a ese algo, no podía enamorarme de mi compañera, pero fue imposible evitarlo, te metiste aquí adentro —dijo llevándose las manos al pecho— y ya no pude sacarte.

Sarah apoyó su frente contra la de Henry y le besó.

—Fuimos un par de idiotas, y ahora mira, ojalá pudiera darte más que esto.

—Tiempo al tiempo, cielo, «esto» ya es más de lo que tenía ayer —contestó besándola de nuevo.

Hablaron durante horas, de todo, del pasado, del futuro y el fin de semana acabó demasiado rápido para ambos.

Cuando estaban despidiéndose sonó el móvil de Henry reflejando en la pantalla el número de teléfono de su jefe.

—Butler —contestó de manera profesional.

—Butler, ¿está todavía en California? —preguntó en su tono de jefe por lo que él supo que se trataba de algo de trabajo.

—Sí, señor, tengo el vuelo en dos horas, ¿ha pasado algo? ¿Hay alguna pista? —dijo bajo la atenta mirada de su compañera.

—¿Está Boyle con usted?

—Sí, aquí está —dijo de nuevo.

—Bien, ponga el altavoz —ordenó y Henry obedeció—. ¿Me escuchan alto y claro los dos?

—Sí, señor —respondieron al unísono.

—Les llamo por el caso de la violación, ha habido otra víctima —informó—. He tenido que pelearme con el Alcalde y casi con el Presidente, pero tenemos el caso entero, es decir, ya no solo el ataque de Sarah, sino todos los casos, así que les necesito de vuelta, a los dos, quiero a mi mejor equipo trabajando para pillar a ese cabrón.

—Pero señor, Sarah no...—comenzó a quejarse Henry.

—Tengo documentos médicos en mi mesa, Butler, uno firmado por la doctora Anne Matthew y otro por la terapeuta Catherine Sherwood, que certifican que la detective Boyle puede hacer su trabajo.

—Pero ella...—En esta ocasión fue Sarah quien le interrumpió haciendo gala de esa determinación que había enamorado a Henry el día que se conocieron.

—Ella está lista —sentenció—. Prepararé mi equipaje y estaré en la oficina mañana por la mañana, señor.

—Perfecto, tomen ese avión y no discutan, les quiero a los dos en mi despacho a primera hora de mañana lunes, ¿entendido?

—Sí, señor —respondieron.

—Sarah, no creo que... —comenzó a decir desde que colgaron.

—No creas nada, no presupongas nada, si vamos a casarnos tienes que aprender a respetar mis decisiones Henry —le dijo haciendo gala de su carácter.

—Aunque piense que va a ser negativo para ti.

—Sí, aunque pienses eso —contestó—. Voy a preparar el equipaje —añadió y se dio la vuelta.

Christine había presenciado la última parte de la conversación y no pudo evitar acercarse a su hijo que parecía realmente abatido.

—Ella tiene razón cariño.

—¿En qué? Es una inconsciente mamá, siempre lo ha sido.

—Es su vida, quiere recuperarla completa, ser la que era antes de lo que le pasó y en parte lo quiere por ti, así que déjala que tome sus decisiones y si se equivoca, tú solo apóyala.

—No quiero que vuelvan a hacerle daño.

—No puedes meterla en una urna de cristal, ella es así, siempre lo ha sido: capaz y valiente, así te enamoraste de ella, no intentes cambiarlo.

—Gracias —dijo sin más—. Por el consejo y por cuidar de ella.

—Me encanta Sarah para ti, solo cuidaba de mi nueva hija.

Sarah hizo el equipaje en tiempo récord, se despidió de su futura suegra con un gran abrazo y se marcharon. Durante el regreso no volvieron a discutir, estaba segura que Christine había metido algo de sentido común en la dura cabezota de su hijo.

Capítulo 20

Sarah y Henry, cumpliendo con las órdenes de su jefe, llegaron a la Agencia de detectives Peter Campbell a primera hora de la mañana. Ella había pasado la noche en casa de Ángela y lucía algo ojerosa.

—¿Estás lista? —le preguntó preocupado.

—Sí.

—Pareces muy tensa —apostilló, se había percatado al verla que ella volvía a llevar la vestimenta reglamentaria.

—Pasé una mala noche, ya sabes, las pesadillas, aunque han ido a menos, aún duran —le explicó.

—¿Por qué no me llamaste? —preguntó.

—Necesitabas dormir, no te preocupes, ¿vale?, y entremos de una vez.

Estaba nerviosa, como si realmente fuera la primera vez que pisaba aquel lugar, notó el pánico empezar y, decidida a no permitir que le ganara la batalla esta vez, respiró hondo, y como hacía últimamente, visualizó el azul de los ojos de su prometido y entró por el hall de la agencia con paso seguro.

Henry caminaba a su lado más tenso que si pilotara un avión de guerra. Con todos sus sentidos alerta por si tenía que cogerla y sacarla de allí aunque fuera a la fuerza, ante cualquier mínimo indicio de que estuviera sintiendo miedo. Pero ese momento nunca llegó.

—¡Detective Boyle! —gritó una entusiasmada Jennifer, la secretaria de la agencia, al ver a Sarah—. ¡Cuánto tiempo sin verla! ¡Está guapísima y muy morena!

—Gracias, he pasado unos días en casa de la madre del detective Butler en la playa, ¿qué tal todos por aquí? —preguntó dándose cuenta de que había

echado de menos a sus compañeros.

—Bien, señora, esto es un lío, como siempre —informó.

—Tenemos que vernos con el jefe —dijo Henry interrumpiéndola.

—Está en su despacho, con el detective Mcnamara y los demás, enseguida le informo.

—Que pasen —se escuchó la voz clara de Peter desde el interior del despacho.

Sarah no pudo evitar que le temblaran las piernas, era la primera vez que estaba en la agencia desde su agresión. Y Jennifer había dicho que Peter estaba con Jason y los demás, es decir, todos sus compañeros la esperaban.

—Vamos cariño, todo irá bien —le animó Henry. Ella sonrió y juntos entraron al despacho.

Un «bienvenida» se escuchó en todo el lugar. Sus compañeras corrieron a abrazarla y ellos se limitaron a saludarla y decirle que la habían extrañado mucho. Sabían que tenían que respetar su espacio personal. Que los hombres la ponían nerviosa.

—Muchísimas gracias a todos —dijo algo abrumada por tanto cariño.

—Sarah, nos alegra enormemente tenerte de vuelta —comentó Peter tomando la palabra—. Quiero que sepas que todos estamos aquí para ayudarte, que sabemos que eres muy capaz pero has pasado por un trance muy duro así que, cualquier cosa que necesites no dudes en pedirlo.

—Gracias señor —añadió tímida—. Os lo agradezco muchísimo a todos, pero lo que de verdad quiero es que mi vida sea lo más normal posible, empezando por mi trabajo.

—Esa era justo la respuesta que esperaba —sentenció—. Pueden retirarse todos, menos Mcnamara, Butler y Boyle. —Los detectives fueron saliendo dedicando todos una sonrisa a su compañera—. Bien, ponga a sus

compañeros en antecedentes —ordenó a Jason.

—Hace tres días nos llegó la noticia de un nuevo ataque —explicó tratando de escoger bien las palabras para no incomodar a Sarah—. Pensamos que se trata del mismo agresor que en tu caso.

—¿Qué pistas hay? —preguntó mientras Henry la observaba desde un segundo plano.

—De momento nada, como en los otros casos, la víctima fue encontrada en una bañera de agua caliente con jabón desinfectante.

—¿Ha sido así en todos los casos?—preguntó Sarah.

—Menos en el tuyo, que encontraron el ADN de Henry.

—Por eso os habéis centrado en la venganza como móvil —sentenció—. ¿Y a quién habéis investigado?

—Ex novios y todos los hombres a los que ayudaste a encerrar —informó Henry tomando la palabra.

—Y Trevor es el principal sospechoso.

—Para Henry —apostilló el jefe—. Pero el otro día tuvieron un encontronazo y después Ross mandó esto por fax —dijo enseñándole unos papeles—. Su coartada se confirma. —Y las palabra de Peter cayeron en Henry como un jarro de agua fría.

—¿Tuviste un encontronazo con Trevor y no me lo cuentas?

—preguntó encarándose a él.

—No quise molestarte —explicó.

—Henry, no puedes dejarme fuera solo porque te has empeñado en protegerme —le recriminó.

—No tuvo importancia Sarah, solo hablamos.

—Y le pegó. —Peter estaba dispuesto a sacar a su mejor hombre de quicio y con eso hacerle reaccionar de verdad, y sabía que solo Sarah tenía ese poder.

—¿Te pegaste con Trevor? —chilló.

—Y volvería a hacerlo —sentenció enfadado—. ¡Ese cabrón me dijo en mi cara que te merecías que te violaran! ¿Cómo iba a quedarme quieto?

—Hijo de puta. —Las palabras se escaparon de la boca de Sarah sin que pudiera remediarlo—. Pero aun así no deberías haber entrado en su juego.

—Escúchame bien, Sarah —le encaró él ahora mirándola tan fijamente a los ojos que casi podía desnudar su alma herida—. Si te crees que voy a permitir que Trevor o cualquier otro digan algo así de ti y quedarme cruzado de brazos es porque no me conoces una mierda, puede que haya estado intentando mantener el tipo todo este tiempo para no asustarte y que no te sientas intimidada, pero no soy un pelele. —La rotundidad en su voz la hizo estremecer.

—No pretendo que seas un pelele, solo quiero que me respetes como profesional, no necesito que vayas por ahí pegándote con todo el mundo por mí, por esa absurda idea de que no me protegiste ese día. —Ella también sabía enfadarse.

—¿Que te respete como profesional? ¡Tú no estabas allí! Perdona, pero no entiendo tus argumentos —dijo cruzándose de brazos en ese gesto que hacía siempre que se peleaban y que a Sarah le parecía tremendamente sexy.

—Bueno, ya está bien. —Aunque estaba disfrutando enormemente de aquella discusión, Peter les llamó al orden—. Pongan los dos a la detective Boyle al día, revisar los otros casos, volver a hablar con las víctimas y con los sospechosos, Butler me temo que se ha quedado sin el suyo.

—Encontraré otro, tiene una lista de ex enorme —dijo como fruto del enfado y se arrepintió enseguida.

—Ya ves —respondió—. Una lista de hombres enorme y acabo quedándome con el más gilipollas —sentenció.

—¿Qué ha querido decir con eso?—preguntó su jefe.

—Sarah y yo hemos resuelto nuestros problemas personales, o eso creía hasta ahora, y vamos a casarnos, ¿aún vamos a hacerlo? —le preguntó temeroso.

—Sí, ¿tú aún quieres? —cuestionó preocupada.

—¿Aunque me hayas llamado gilipollas? —inquirió con su mejor sonrisa—. Sí, todavía quiero.

—Mi enhorabuena a los dos— dijo Peter dándoles un saludo a cada uno.

—Felicidades, chicos —habló Jason por primera vez desde que había comenzado la discusión, dio un saludo a Henry y frenó su impulso de abrazar a Sarah.

—Puedes darme un abrazo si te apetece Jason, no voy a salir corriendo, esa parte está superada. —Y él lo hizo—. Gracias.

—Volved a vuestros despachos y trabajad los tres en esto, está en juego el prestigio de mi agencia —ordenó.

—Ahora os alcanzo, llevaré las fotos y todos los informes al despacho de Henry. —Ellos salieron dejando a su compañero a solas con el jefe un rato—. ¿Lo ha hecho a propósito verdad?

—preguntó.

—¿Hacer que se peleen? Sí, tienen que ponerse las pilas los dos, fue la única forma que se me ocurrió, pero usted no lo haga, Mcnamara, es un arma de doble filo, si se le ponen muy impertinentes me los manda.

—Como críos al despacho del director —dijo mientras salía por la puerta.

Henry y Sarah salieron en dirección al despacho de él.

—Me vas a contar qué te pasó anoche —comentó cuando estuvieron a solas después de escucharla hablar con Ángela insistiendo en que estaba bien.

—Una pesadilla, ya te lo dije, llamaré a Catherine para que Angie y tú estéis tranquilos —le dijo leyéndole la mente.

—Vale, invitaré a Mac a un café.

El teléfono de la oficina de Catherine sonaba, Sarah soltó un suspiro de alivio. Si lo tenía conectado era porque no estaba en medio de una sesión.

—Catherine Sherwood —respondió.

—Soy Sarah —informó, siempre le costaba arrancar sus conversaciones con ella.

—Hola, Sarah, ¿ya has vuelto de la playa?

—Sí, anoche, mi jefe me reclamó, he vuelto al trabajo —informó.

—Me alegro de escuchar eso, pero no me llamabas por eso, ¿verdad?

—No se le escapa una, ¿eh?

—Forma parte de mi trabajo, ¿ha pasado algo?

—Anoche volví a tener pesadillas, Ángela y Henry están preocupados, solo la he llamado para que se queden tranquilos.

—Creí que las pesadillas desaparecieron porque dormías abrazada a Henry.

—Sí, pero ayer al volver a la ciudad me quedé en casa de Angie, no iba a irme a su casa, no estoy preparada.

—Vale, lo entiendo, entonces al no dormir con él, las pesadillas volvieron. ¿Qué soñaste?

—Creo que es por el aborto, sueño con un niño, que me mira y me acusa de algo pero nunca logro escuchar lo que dice... solo sé que sus ojos están llenos de rencor y... después aparece él...

—¿Quién es él? ¿Henry?

—No, el hombre que me... violó —dijo y Sarah imaginó que Catherine había sonreído, por fin llamaba por su nombre a lo que le pasó— y me miraba con los mismos ojos que el niño, solo veo sus ojos, llenos de odio, no consigo distinguir su color, y me decía que había matado a su hijo y que volvería para vengarse, que me quitaría lo que más quiero.

—Sarah, tú no mataste ese niño... por favor, pensé que ya habíamos superado esa parte, no puedes estar así, das un paso adelante y otro atrás, ¿qué crees que desencadenó de nuevo las pesadillas? ¿Solo por no dormir con Henry o pasó algo más? Una conversación, quizás el hecho de volver al trabajo...

—Llegamos del aeropuerto, Henry me dejó en casa de Ángela, hablé con ella un rato, le conté que me había comprometido con él, que era un hombre maravilloso y...

—Espera, espera. —La interrumpió—. ¿Te has comprometido con Henry? ¿Cuándo?

—El viernes.

—¿Y eso no me lo cuentas?—preguntó, ahora le encajaban todas las piezas, ya sabía por qué habían vuelto las pesadillas a atormentar a su paciente.

—No pensé que fuera relevante —explicó.

—Pues lo es, tú subconsciente se niega a dejarte ser feliz, en tu fuero interno piensas que no tienes derecho, por eso ese hombre te decía en tu sueño que te quitaría lo que más querías.

—Henry —murmuró.

—Va siendo hora de cambiar de estrategia, quiero que vuelvas a tu casa, si tienes miedo a estar sola que alguna amiga o el propio Henry se queden contigo, pero en tu piso —le ordenó—. Desde mi punto de vista tienes que salir de la casa de Ángela, por mucho que ella lo haga por tu bien, fue allí donde fuiste al salir del hospital, si estás allí tu amiga está todo el día

pendiente de ti, ella y Henry se preocupan en exceso por cuidarte, necesitas recuperar tu espacio vital, marcar tú las pautas, superar sola las pesadillas. Tienes que enfrentarte a tu vida.

—Bien —respondió, lo cierto es que se moría por recuperar su independencia.

—Y relájate, ponte a organizar tu boda, habla con Henry de cualquier problema que tengas, o cualquier miedo, haced planes sobre vuestro futuro juntos, ¡avanza! y no mires atrás —le aconsejó.

—Gracias, doctora...

—De nada y nos vemos la próxima semana.

Sarah colgó y llamó a Henry a su móvil para indicarle que podía volver al despacho. Cuando llegó le contó lo que Catherine había dicho. A Henry le enfadó un poco su respuesta.

—Me parece que fue un poco dura contigo —dijo.

—No, tiene razón, ya basta de tanta tontería, tengo que volver a ser yo.

—¡Esa es mi chica!, me gusta eso de los planes de futuro, organizar la boda... ¿cuándo empezamos?

—¿Te parece bien esta noche en tu casa? La doctora dijo que debía volver a mi vida y no tiene por qué ser necesariamente en mi piso —propuso.

—Prepararé una buena cena para ti y pasaré a buscarte.

—No, llegaré sola, a las nueve en punto.

—Muy bien —dijo mientras se acercaba y la besaba—. Te quiero, Sarah.

—Y yo a ti —respondió—. Ahora llama a Jason, es hora de trabajar.

Capítulo 21

Después de ponerse al día durante toda la mañana con Henry y Jason, Sarah decidió que iría al hospital para hablar con la última víctima. Debía ser ella. Esa chica no estaría en condiciones aún de hablar con un hombre.

Se estremeció cuando Mcnamara le enseñó las fotos. Todas esas mujeres tenían sus mismos rasgos, estaba claro que ese hombre les había hecho daño por parecerse a ella. No eran violaciones al azar.

Llegó al hospital. El móvil le sonó indicando que tenía un whatsapp. Era Henry. «¿Estás segura de que quieres hacerlo sola? ¿Puedo quedarme en la sala de espera?». Sonrió, aunque le cabreaba que él se mostrara tan protector, en el fondo le gustaba. Hacía muchos años que se cuidaba sola, no estaba mal tener un caballero andante que quisiera hacerlo. Pero eso era algo que su prometido no debía saber o se pondría insoportable. «Estoy bien», se limitó a responder para que no se pusiera histérico.

Avanzó segura por el pasillo hasta el mostrador y enseñó orgullosa sus credenciales de la agencia. Le indicaron la habitación de la chica y fue hasta allí. Las manos le sudaban y notaba su corazón acelerarse. Respiró hondo y soltó el aire antes de llamar a la puerta.

—Señorita Hammer, soy Sarah Boyle de la agencia de detectives de Peter Campbell, encargada de investigar su ataque —informó.

—Sí, ya nos dijeron que usted vendría —dijo la madre de la joven, las dos lucían agotadas.

—Siento molestarlas, sé que no estarás ahora mismo para hablar, pero necesito hacerte unas preguntas.

—Claro, usted dirá, detective— contestó la joven con dificultad.

—Puedes llamarme Sarah —le dijo con una sonrisa—. Quiero que sepas que hace dos meses yo estaba en una cama como esta, exactamente igual que tú

ahora, también me violaron. —Prefirió ser franca con ella—. Pensamos que fue el mismo agresor, ¿qué recuerdas de esa noche?

—Iba caminando por el garaje del centro comercial, pensando en mis cosas, escuché pasos y luego me golpearon —explicó comenzando a llorar—. Cuando me desperté, un hombre moreno, alto, que llevaba un traje de chaqueta negro con camisa blanca, me estaba metiendo en una bañera.

—Entonces tú si le viste —dijo esperanzada.

—Vagamente, me dio algún tipo de droga, pero nunca podré olvidar sus ojos llenos de odio, y su voz, me decía que me lo merecía, que todas nos lo merecíamos —comentó llorando más intensamente.

—No es culpa tuya, Amber —Sarah se acercó a ella y le acarició el pelo—. Ninguna de nosotras es culpable —le repetía—. Dices que viste sus ojos, ¿de qué color eran?

—Marrones.

—Antes de ese día, ¿conociste a alguien nuevo?

—Sí —contestó sollozando—. Un chico en una discoteca.

—¿Cómo era él?

—Moreno, ojos castaños, con un buen cuerpo, era guapo —le contó—. ¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¿Cree que fue él? Entonces sí es culpa mía, le besé y...

—Y ¿qué más? —preguntó.

—Él quería ir a más, pero le dije que no, que yo no era así, que un par de besos vale, pero que no me acuesto con hombres que acabo de conocer.

—Está bien, Amber, tranquila. —Sarah pensó que ya era suficiente—. ¿Podrías reconocer a ese hombre si volvieras a verle? —La chica asintió—. ¿Le reconoces como el hombre que te violó?

—No podría decirlo con seguridad, el color de pelo y los ojos quizás sí, pero la cara del que me...—Se calló y Sarah se vio a sí misma reflejada en los ojos marrones de aquella joven— de ese hombre, no la recuerdo con claridad.

—Me has ayudado mucho, gracias.

—Usted parece estar tan bien —comentó.

—Estoy mejor, pero no bien del todo, tranquila, tú también lo estarás. — Antes de irse le dio su tarjeta—. Si recuerdas algo más, o simplemente quieres hablar con alguien, llámame.

—Gracias.

Sarah salió de allí y se sentó. Sacó su *tablet* del bolso y mandó un *email* a Henry y Jason contándoles lo que Amber le había dicho. Después mandó un whatsapp a su prometido.

Un mensaje de Sarah a media tarde sirvió para que Henry entendiera que tal vez la noche no resultaría lo que había pensado: «*Se me ha ocurrido que en vez de en tu casa podemos cenar fuera, menos trabajo para ti, ¿no? Recógeme en casa a las siete*». Parecía que su prometida aún no estaba preparada para estar a solas con él en su casa, bueno, por lo menos no había cancelado la cita, tan solo una ligera variación en los planes no iban a cambiar su humor.

A las siete en punto, Henry estaba tocando en la puerta de la casa de Sarah. Estaba claro que ella estaba decida a pelear contra todos sus traumas con uñas y dientes. Para empezar ya estaba cien por cien metida en la investigación y había vuelto a su casa.

—Buenas noches —saludó—. ¡Estás preciosa! —le dijo mientras le daba un rápido beso en los labios fijándose en que ella se había puesto un vestido negro, bastante ceñido y que le quedaba un poco por encima de las rodillas con zapatos de tacón que la hacían ser casi tan alta como él.

—Gracias —repuso tímida mientras él la ayudaba con el abrigo.

—¿Nos vamos? Tenemos reserva a las ocho. —Sarah pasó todo el trayecto en coche hablando sin parar de todas las cosas que había descubierto en su entrevista con Amber y toda las teorías que tenía. Henry la miraba y no se lo podía creer, parecía estar bien, pero él la conocía y sabía que todo ese parloteo se debía a que estaba nerviosa—. Sarah, ¿me dejas hablar un poco?

—Claro, perdón, dime.

—Puedes estar tranquila, esta noche será como tú quieras que sea, ¿vale? No quiero que te sientas obligada a nada.

—Lo sé, pero no puedo evitar estar nerviosa —confesó—. ¿Te molesta que no hayamos ido a tu casa?

—Para nada.

—Creo que estaré más cómoda en un sitio lleno de gente, al menos para empezar, después ya veremos...

—Estoy de acuerdo.

Cenaron con calma, Henry había reservado mesa en el más romántico y caro de los restaurantes italianos de la ciudad.

—Lasaña vegetariana, por favor.

—Yo también lasaña, pero la mía de carne, gracias.

—Y vino para tomar. —El camarero les tomó nota y les miró, tenían esas caras, las de las parejas de enamorados que iban ahí a celebrar su compromiso, aniversario o cualquier otra cosa importante.

Durante la cena hablaron de muchas cosas, de la vuelta de Sarah al trabajo, de la limpieza que debía dar a su piso, de los planes de boda que Christine había contado a su nuera esa tarde por teléfono.

—No podemos dejar que tome ella todas las decisiones, Sarah, la conozco, se deja llevar por el entusiasmo y acabará siendo como le dé la gana y es nuestra

boda.

—¡Pero es tu madre! Se ha portado tan bien conmigo, y la pobre lleva muchos años esperando este momento.

—Vale, vale —dijo en tono de rendición—, como quieras, pero si te ves llevando el vestido de novia de la bisabuela Butler, la tiara de diamantes de la abuela Maggie y a las hijas de mis primas llevando los anillos, luego no te quejes. —Las risas fluían cada vez mejor entre ellos.

Estuvieron relajados la mayor parte de la noche hasta que llegó el momento de irse a casa.

—¿Vamos a mi casa? ¿A la tuya? —preguntó con cautela.

—A la tuya, la mía está hecha un desastre —respondió, estaba decidida a intentarlo. Quería que fuera esa noche. Henry llevaba toda la noche volviéndola loca con esa sonrisa que hacía que se le aflojaran las piernas y esa camisa azul marino que marcaba sus bíceps.

Henry la invitó a pasar a su habitación. Le había demostrado tantas veces que la quería con locura que, decidió que intentaría dejarse llevar, siempre había sido una mujer valiente, fuerte, por esto, pillándolo despistado le besó.

Tras la sorpresa inicial Henry respondió a su beso con la misma intensidad, la quería y la deseaba desde hacía mucho tiempo.

Pronto sus labios comenzaron a descender por su cuello, besó su garganta, sus hombros.

Sarah no paraba de repetirse que era él, el hombre al que amaba y que la amaba mientras las manos de Henry se perdieron bajo su vestido. Acarició sus muslos y luego su estómago bajo el vestido.

—Más despacio —murmuró, lo cierto es que su cuerpo estaba respondiendo a las caricias que él le regalaba estremeciéndose de placer a cada roce de su piel.

—Sarah... —le dijo al oído mientras sus manos tocaban cada centímetro de su piel—. Te amo. —Ella no pudo reprimir un gemido que escapó de sus labios ante tales palabras—. Te deseo —murmuró a continuación, todo iba bien, parecían destinados a concluir por fin el siguiente paso en su relación pero entonces sucedió algo.

Henry deslizó la cremallera trasera del vestido de Sarah y algo la poseyó de repente, ese sonido trajo malos recuerdos a su mente.

—¡NO! —gritó haciendo que él se separase rápidamente—. ¡NO LO HAGAS!, ¡NO ME HAGAS DAÑO POR FAVOR! —le chilló entre lágrimas y él se quedó helado al instante hasta que reaccionó para consolarla.

—Tranquila, ya está... mi amor, mírame, soy yo —dijo para obligarla a que le mirase—. No voy a hacerte daño, no te preocupes, cielo.

—¡Oh Henry!, lo siento, lo siento tanto, todo iba bien y, no sé qué me pasó, perdóname, de verdad que quería seguir, te juro que quiero que esto pase —le dijo llorando desconsolada.

—Lo sé cariño, tu cuerpo responde a las caricias pero, el problema está en tu mente, tendrás que superar este trauma, no vamos a volver a intentarlo hasta que estés del todo recuperada, te lo prometo, ahora, acuéstate, voy a darte una ducha rápida y si quieres podemos dormir juntos como en casa de mi madre, o puedo llevarte a tu casa si lo prefieres.

—Me quedo —dijo con una determinación que no sentía—. Henry —le llamó y él se giró—: ¿Estamos bien?

—Mejor que nunca Sarah, te quiero —dijo.

Henry se arrancó la ropa con rabia. Se había excedido. Sarah no estaba preparada y él había estado toda la noche seduciéndola, engañándose a sí mismo, esto no iba a pasar en un futuro próximo y tenía que aprender a controlarse o acabaría por alejarla de su lado.

Se metió en la ducha y abrió el grifo. El agua helada erizó su piel. Comenzó a

enjabonarse pasando las manos por su pecho, descendiendo hasta sus definidos abdominales y sin poder evitarlo tocó su miembro que permanecía aún erecto tras los besos y las caricias que había compartido con Sarah.

Se maldijo de nuevo. Tenía que aprender a controlar su cuerpo. Pero eso sería otro día. Esta noche necesitaba desahogarse aunque fuera solo.

Apoyó la cabeza contra el mármol de la ducha y mientras el agua caía por su cara imaginó que eran las manos de Sarah, y no las suyas, las que le proporcionaban el placer que arrancaba jadeos de su garganta.

En la habitación, ella se maldecía también. Lloraba. Lo había estropeado todo con Henry. Ella quería. ¡Maldita sea! Sentía cosquillas en su bajo vientre mientras escuchaba a su compañero en la ducha.

Se imaginó caminando hasta allí, corriendo la mampara y entrando con él. Quiso hacerlo. Se levantó y caminó con cuidado hasta la puerta. Escuchó los jadeos de Henry y se sintió excitada. Abrió la puerta y la silueta del cuerpo de aquel hombre que la volvía loca la hizo estremecer. Pero su mente volvió a traicionarla.

Notó un dolor en la cabeza, la visión se le nubló y comenzaron a llegarle imágenes, como flashes rápidos en los que recordaba el momento en que la habían violado. Las manos comenzaron a sudarle y la respiración se le aceleró. Iba a tener un ataque de pánico y eso era lo menos que Henry necesitaba presenciar esa noche.

Salió del baño, buscó un trozo de papel y escribió una nota para él. «Será mejor que me vaya a casa. Estoy demasiado nerviosa para quedarme aquí. Te escribiré al llegar». Y se fue.

En la oscuridad de la noche, desde un coche aparcado frente a su casa, alguien la vigilaba.

—Ya has vuelto a vestirte como una zorra, Sarah, ¿y qué haces volviendo a estas horas? —dijo en voz alta—. Voy a tener que darte otra lección, tú me quieres a mí, no sé por qué estás revolcándote con otros.

Sarah se quitó el vestido, se desmaquilló y desde la cama escribió a Henry: «Ya estoy en casa, siento haberme ido así». Y él solo respondió: «Te quiero». Con una sonrisa en su rostro se durmió, a pesar de todo una cosa era segura. Él la quería.

Capítulo 22

Henry llegó andando hasta la puerta de aquel despacho movido por un extraño impulso que no sabía de dónde había salido. Leyó el nombre en sobrias letras negras en la puerta de cristal: «Catherine Sherwood, terapeuta». No sabía si era correcto lo que iba a hacer, pero Sarah había dicho muchas veces que esa mujer, aunque era un poco desesperante, la había ayudado mucho. ¿Quién sabe? Quizás también le ayudara a él.

Llamó a la puerta y esperó. La voz de una chica le indicó que pasara. Abrió y asomó la cabeza algo reticente.

—¿Doctora Sherwood? —preguntó al verla, era realmente muy joven.

—Sí, soy yo, y ¿usted quién es? No tengo pacientes citados a esta hora.

—Soy Henry Butler. —Se presentó y esperó en la puerta.

—¿El Henry Butler de Sarah? —preguntó y recordó algo que ella le había dicho: «era extremadamente educado y correcto»—. Pase, no se quede ahí —le dijo sabiendo que si no lo hacía no entraría.

—Gracias —contestó parándose frente a ella—. Siento molestarla, necesitaba hablar con usted.

—¿Sarah está bien? —preguntó sin poder evitar darle un buen repaso. Sin duda la detective tenía razón: era guapísimo y muy alto.

—Sí, sí, ella sí.

—¿Entonces quién no lo está? —cuestionó.

—Yo —confesó—. Y como Sarah no para de repetir lo mucho que la terapia con usted la ha ayudado, pensé que tal vez debía pasarme por aquí —informó directamente.

—Siéntese —le indicó—. Así que Sarah habla bien de mi ¿eh? — Él asintió —. ¿Qué le pasa?

—Verá... —comenzó y sin darse cuenta cruzó los brazos sobre el pecho.

—Si quiere que le ayude, no puede protegerse de mí, ¿puedo llamarle Henry? —preguntó, realmente había oído hablar tanto de él que le costaba no tutearle.

—Sí claro, y no me protejo de usted.

—Lenguaje corporal, brazos cruzados sobre el pecho, mirada esquiva — puntualizó.

—Necesito aprender a controlarme —le dijo sin más descruzando los brazos y mirándola a los ojos, como retándola.

—¿En qué sentido? —cuestionó.

—Con Sarah, como ya sabe nos hemos comprometido, y le prometí esperar a que estuviera preparada para... —dejó la frase en el aire—. Ya sabe.

—No, no lo sé— le picó.

—Para acostarnos juntos.

—Tengo entendido que habéis estado durmiendo juntos en los días que Sarah estuvo en la casa de su madre. —Abrió su libreta y apuntó: «También le cuesta hablar».

—No hablo de dormir, no se haga la tonta, es usted joven, pero no creo que sea idiota.

—¡Vaya! —exclamó con los ojos muy abiertos por la impresión—. Ataca duro, ¿eh? ¿Por eso quiere controlarse? Sarah puede llegar a ser desesperante, ¿tiene instintos de atacarla?

—¡No! — chilló—. Tengo instintos de querer hacerle el amor hasta hacerla gritar —soltó por fin.

—Así me gusta Henry, tiene que ser directo o no llegaremos a ninguna parte —sentenció con una sonrisa—. ¿Y qué hay de malo en eso?

—Que ella no quiere, no está preparada, después de... bueno, de lo que le hicieron.

—¿Usted tampoco es capaz de llamar a la cosas por su nombre? ¡Sois tal para cual! La violaron. A Sarah la violaron —dijo como si razonara con un niño pequeño— Y ahora ella tiene que volver a recuperar la confianza en sí misma y en los hombres, en usted, sobre todo, que es con quien va a casarse.

—¿Qué puedo hacer para ayudarla?

—Nada. —La respuesta no pareció convencer a Henry y ella lo notó—. Eso tiene que hacerlo ella.

—Vale, y ¿cómo me controlo? No sé, enséñeme algún truco, respirar hondo, o pensar en cosas feas, o algún producto que pueda tomar para que mi cuerpo no me traicione. —Catherine negaba con la cabeza a medida que él iba hablando. Este hombre estaba realmente mal.

—No tiene que controlarse, todo lo contrario, tiene que dejarse llevar.

—¡Pero ella no está preparada! Anoche casi le dio un ataque de pánico.

—¿Anoche? —Él asintió—. Entiendo ahora su estado de ansiedad, cálmese Henry, la recuperación psicológica de Sarah tiene que seguir los cauces normales, tiene que pasar por todas las fases —le dijo para tranquilizarlo, el hombre estaba al borde del infarto—. ¿Cómo empezó lo de anoche? —Él la miró enarcando la ceja izquierda—. Tengo que saberlo si quiere mi ayuda.

—Está bien —contestó tras un largo suspiro—. Cenamos en un italiano, charlamos y fuimos a mi casa, ella quiso ir —apostilló—. Una vez allí, me besó y fue... extraño, como si ninguno de los dos quisiera parar, pero ella empezó a temblar, a llorar, me gritó que no le hiciera daño. ¡Jamás le haría daño! —sentenció con cara de pánico.

—Sarah lo sabe, todo eso que me cuenta es normal, todo está muy reciente,

desde mi punto de vista ella quiere, por eso empezó, pero cualquier cosa pudo evocarle malos recuerdos, ¿hizo o dijo algo que pudiera desencadenar el miedo?

—Lo último que recuerdo es que desabroché la cremallera de su vestido y empezó a chillar implorando que no le hiciera daño.

—Para saber realmente qué pasó tendría que hablar con ella.

—¡No le cuente que he venido! —le exigió.

—Existe la confidencialidad médico-paciente, pero no entiendo por qué no quiere que lo sepa.

—Ella se siente culpable por mí, porque yo me siento culpable de no haberla protegido.

—Uffff —Soltó el aire en un largo suspiro y dejó caer el bolígrafo—. Me perdí.

—Después de que la...— otra vez dejó las palabras en el aire.

—La violaran. —Acabó, a Henry le costaba decirlo a pesar de que en el contexto de la investigación lo hacía sin problemas.

—Eso, Sarah me acusó de haberlo hecho, y después de no haberla protegido, no quiero preocuparla más.

—Desde mi punto de vista, vosotros dos tenéis que hablar y dejar de echaros las culpas por la violación —aconsejó—. Tenéis que dejar de estar pendientes de si el otro está preocupado o se siente culpable, aceptar lo que pasó y seguir adelante, juntos como parece que ambos queréis.

—No quiero que ella sufra más.

—Y posiblemente ella quiere lo mismo —le dijo—. Mi consejo es el siguiente: hable con Sarah de todo esto, escúchela, pero primero, perdónese, Henry —sentenció seria mirándole a los ojos—. Usted no violó a Sarah.

—A veces he llegado a pensar que sí —confesó sin saber por qué—. Las pruebas están ahí...

—Creo que vamos a tener trabajo para rato —informó—. Tengo un paciente en media hora y tengo que preparar la sesión, pero si quiere puedo darle una cita. —Realmente Catherine se había dado cuenta de algo: Henry necesitaba tanta ayuda como Sarah.

—Está bien —aceptó—. Pero dígame cómo hago para poder estar con ella sin querer saltarle encima.

—Es usted perseverante ¿eh? —cuestionó con una sonrisa—. Mi consejo es que si quiere saltarle encima lo haga—. Los ojos de su nuevo paciente casi se salen de sus órbitas—. No literalmente, Sarah necesita tiempo, pero es una mujer con carácter y algo me dice que los mimos no irán con ella, siempre que intenten estar juntos no deje de decirle que la quiere, háblele, que su voz la mantenga atada a usted, mírela a los ojos, el contacto visual le dará seguridad y no deje que los cierre, es importante que siempre tenga claro que es usted quien la besa y la toca. —Henry asentía con la cabeza procesando la información—. Y no fuercen el momento, que sea cuando tenga que ser.

—Gracias, doctora —le dijo levantándose para marcharse—. Sarah tenía razón, es usted buena.

—De nada, Henry. —Cuando le vio salir y cerrar la puerta no pudo reprimir la frase que salió de sus labios—: ¡¡Son iguales!! —Y sonrió, sin duda tenía otro paciente que sería todo un reto para ella.

En la calle, Henry tuvo la necesidad de hablar con alguien que no estuviera tan intoxicado del caso, como Jason o Peter, y llamó a su mejor amigo, cruzando los dedos para que se lo cogiera.

—Ey, Henry —escuchó la voz de Jared Kensington y soltó un suspiro de alivio.

—Tío, menos mal —exclamó—. ¿Has escuchado los mensajes que te he dejado?

—No, acabó de pillar cobertura, estoy en Irán, en una zona de desiertos en una misión en primera línea con los marines, ¿qué ha pasado? —cuestionó, no era normal que Henry le llamara cuando estaba de misión.

—Han hecho daño a Sarah. —Y durante un rato le contó todo lo que había sucedido y escuchó las palabras reconfortantes de su amigo.

—Tienes que mantenerte tranquilo, sé que Sarah es importante para ti pero si pierdes los nervios y se te nubla el juicio es peor.

—¿Recuerdas algo de esa noche que estuvimos bebiendo? —inquirió.

—Claro que sí, a ti la cerveza mala que nos dieron te sentó fatal, pero yo estaba bien, no parabas de suspirar por lo mucho que quieres a tu compañera y que ibas a pedirle una cita, te llevé a tu casa, te metí en la cama y me fui, tenía que coger un avión temprano —dejó que el detective procesara la información y después concluyó—. Desde mi punto de vista no era humanamente posible que tú lo hicieras, tuve que quitarte los vaqueros y acostarte, imposible.

—Gracias, amigo.

—De nada. Te llamaré cuando vuelva a una zona con cobertura e intentaré estar ahí para ser tu padrino.

—Cuento con ello. —Sin más, colgó sintiéndose algo más tranquilo.

Capítulo 23

Sarah había tomado la decisión de volver a entrevistar a todas las víctimas. A pesar de que Henry ya lo había hecho, ella estaba segura que conectaría mejor con aquellas mujeres, puesto que todas habían pasado por el mismo infierno.

Después de horas de charla no había conseguido nada nuevo, pero habían intercambiado revelaciones y testimonios y eso les había ayudado mucho a todas.

No había visto a Henry desde que huyó de su casa la noche anterior. Habían hablado por teléfono a primera hora y él le había dicho que tenía cosas que hacer antes de ir al trabajo. Así que había tenido que armarse de mucho valor para acudir a la agencia sola por primera vez desde su ataque.

Mientras subía en el ascensor, Sarah se estremeció al ver a un joven becario entrar en el habitáculo. Su nerviosismo aumentó cuando este le sonrió y se le colocó frente a frente. Parecía que quería hablarle cuando el ascensor se trabó y el tropiezo le hizo caer hacia ella. Todo lo demás sucedió muy deprisa.

Cuando la puerta se abrió, Jason vio a Sarah llorando asustada en un rincón y al chico con las manos cubriéndose la nariz gritando de dolor.

—¿Qué ha pasado? —gritó entrando a consolarla, ella temblaba en sus brazos como un cachorrito asustado y él había actuado sin pensarlo.

—El ascensor se bloqueó y ella me pegó un puñetazo.

—¡Se lanzó sobre mí! —acusó.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

—Por supuesto que no señor, le prometo que no, yo... —El joven tartamudeaba de nervios—. La respeto señora, conozco su trabajo y sé lo que le ha pasado, todos lo sabemos... no porque seamos unos cotillas, pero fue algo muy sonado y...

—Está bien tranquilo, la detective está un poco nerviosa, le pido disculpas.

—Lo siento mucho... si quiere poner una demanda, lo entenderé —dijo más tranquila, ¡se estaba volviendo loca!

—Nada de eso, sé por lo que está pasando, mi hermana sufrió una violación hace un mes, siempre está asustada, los primeros días ni podíamos acercarnos a ella.

—¿Por qué no seguimos hablando en mi despacho? —Durante más de media hora el becario se desahogó con ellos, les contó la situación por la que había pasado su hermana, y Sarah se ofreció a hablar con ella.

—¿En serio haría usted eso?

—Cuenta con ello, es lo menos que puedo hacer después de haberle roto la nariz —respondió con una sonrisa al verle irse tan esperanzado.

—Eres la mejor persona que conozco Sarah, cualquier otra en tu lugar no querría revivir todo lo que pasó por ayudar a una desconocida.

—¿Sabes qué, Jason? —preguntó más tranquila—. Habría dado mi vida porque otra mujer me hubiera dicho hace unos meses que esto se supera, que cuesta, que se sufre, pero que al final se supera, por eso quiero hablar con esa chica. —Él le sonrió—. Cambiando de tema, no he sacado nada en claro con las entrevistas a las otras víctimas.

—Henry ya había hablado con ellas, ninguna recuerda nada relevante —dijo mientras miraba las notas de su compañero.

—Lo sé, pero pensé que yo podría sacarles algo más, ya sabes, porque sé por lo que han pasado y todo eso de la solidaridad femenina —explicó con una sonrisa.

—Ya, claro... —le dijo tratando de quitarle hierro al asunto—. Eso y porque en el fondo sabes que eres mejor interrogando que Henry —comentó con una sonrisa que hizo reír a Sarah—. Te he echado de menos, compañera.

—Y yo a ti.

—Nunca dijiste que pudiéramos ir a verte, nadie salvo Henry y el jefe, no quisimos invadir tu espacio.

—Lo sé y lo siento mucho, de verdad, todo esto ha convertido mi vida en un caos, ha anulado mi inteligencia, mi fuerza, me ha destrozado como persona y como mujer, Jason y tengo que volver a reconstruirme —le confesó, siempre había sido un amigo con el que no le costaba nada sincerarse—. Empezar de cero.

—Y parece que lo estás haciendo bien Sarah, bueno, salvo por una cosa.

—No volveré a pegar a nadie —prometió levantando la mano derecha en señal de juramento—. Y gracias por echarme un cable en el ascensor.

—De nada, actué por impulso, no pensé si al abrazarte iba a empeorar la situación, a Julie le gusta que la abrace cuando está nerviosa.

—Ha estado bien, ya no tengo miedo a mis amigos.

—Es bueno saberlo, de todas formas —le aclaró—, lo que quería decirte no tenía que ver con el incidente de antes.

—¿No? ¿Entonces qué es lo que no estoy haciendo bien?

—¿Bromeas? ¿Vas a casarte con Henry? ¿A ti te parece esa una decisión inteligente? —bromeó y las risas de Sarah se oyeron por toda la oficina.

—Posiblemente no lo sea, pero cuando el amor entra, la inteligencia se desconecta —contestó—. Y hablando de amor... ¿Julie y tú?... —dijo dejando la frase en el aire.

—Somos amigos, ya sabes, ella es como mi hermana y todo eso, cosas de hijo único supongo —trató de explicar.

—Yo también fui hija única Jason, y no he «adoptado» —le dijo haciendo con las manos el símbolo de las comillas— a ningún hermano, ¿ella qué opina? —preguntó.

—Lo mismo, supongo y no emplees tus dotes interrogativas conmigo, Boyle —le riñó.

—Escúchame —le dijo haciéndole una señal para que se acercase—. No supongas, no des nada por supuesto, pregúntale, no tires tu vida y la de ella por la borda.

—¿Como habéis hecho vosotros? —Ella asintió—. Bueno, ahora vais a casaros.

—Espero que no sea tarde para nosotros, tenemos mucho que superar —confesó y el ruido de la puerta abriéndose interrumpió la conversación.

—¿Qué ha pasado en el ascensor? —preguntó un preocupado Henry sin ni siquiera un saludo previo.

—Hola —apostilló Jason con ironía—. ¿Qué tal Sarah? ¿Cómo han ido tus interrogatorios? ¿Y tú Jason? ¿Sabes algo nuevo del hospital? —continuó.

—¡No seas payaso, Mcnamara! —le bramó—. Cariño, ¿estás bien? —preguntó acercándose a Sarah.

—Muy bien, no te preocupes no pasó nada, solo fue un malentendido y Jason me ayudó, todo está en orden. —El aludido le dedicó una sonrisa pícaro acompañada de un guiño de ojos a su amiga.

—No coquetees con mi chica, tío —le espetó sonriendo.

—En fin, ya me he cansado de vosotros dos —dijo sin más levantándose—. Voy a preguntarle a Samantha si necesita algo

—contestó con su gracia habitual—. El rubio le sienta genial

—bromeó antes de salir por la puerta.

—¡Está loco! —exclamó Sarah entre sonrisas—. ¿Dónde has estado? —le preguntó, después de lo de anoche no sabía cómo enfrentarle.

—Tenía cosas que hacer —mintió, no sabía cómo se tomaría ella que él

acudiera a su terapeuta y esa mujer le había dejado psicológicamente agotado, lo menos que necesitaba era una pelea con Sarah.

—¿Estás enfadado? —preguntó—. Sobre anoche... —comenzó a explicar y él la interrumpió.

—Anoche no pasó nada, fuimos a cenar y a tomar algo, y después te llevé a tu casa —contestó y ella no quiso presionarle más, pero sabía que Henry ocultaba algo.

—Por cierto —mejor cambiar de tema—, me llamaron de la iglesia, ya tenemos fecha.

—¿Cuándo? —preguntó.

—24 de mayo —informó y la sonrisa le salió sola.

—¿Tanto tiempo? Falta un año y dos meses para eso, pensé que querrías casarte antes —protestó.

—De este año Henry.

—¿Tan poco tiempo? —exclamó con los ojos muy abiertos—. ¡Solo faltan dos meses! —chilló—. ¿No es poco tiempo para preparar una boda? —cuestionó.

—Una de cuento de hadas tal vez, pero no para la que yo quiero —comentó soñadora.

—¿Qué has pensado?

—Algo sencillo, nuestros amigos y nosotros en una ceremonia íntima.

—¡Pues así será! —sentenció y se acercó a besarla—. Todo irá bien cariño, te lo prometo—. Ella sonrió, deseando que él tuviera razón.

Aquella noche, después de un día de trabajo agotador, Sarah se sentó en su escritorio y dejó vagar su imaginación.

Después de que el cura dijera las palabras «y yo os declaro marido y mujer, puedes besar a la novia», los labios ardientes de Henry tomaron los míos. Este era un beso cargado de promesas, de amor, de futuro. Un beso que encendió cada terminación nerviosa de mi cuerpo, queriendo ir más allá. Pero acabó, y mi nuevo marido me miró a los ojos y leyó en ellos. «Después preciosa», me dijo al oído.

La recepción se me antojó una tortura. Le pedí a Henry dos veces que me sacara de allí y nos fuéramos al hotel, que mi cuerpo ardía, pero él, siempre tan correcto, decía que debíamos ser considerados con nuestros invitados.

Cuando por fin me alzó en brazos para cruzar el umbral de la puerta no pude creerlo. Me depositó sobre la cama como si fuera una frágil porcelana. ¡Me desesperaba! Quería que me tratase de otra forma, quería que viese que no iba a romperme. Y me lancé a por él para demostrárselo.

Mordí su labio inferior y él reaccionó. Comenzó a besar mi cuello, incluso succionó en él dejándome una marca. Me mordió y continuó bajando a medida que se iba deshaciendo del vestido de novia.

Cuando metió uno de mis pezones en su cálida boca, grité, no podía evitarlo. Habíamos esperado tanto que mi cuerpo estaba sobre estimulado. Quería sentirle dentro de mí sin que se detuviera en preliminares. Pero a Henry le gustaban, y se lo debía, después de todo. Jugó con mis pechos y comenzó el descenso por mi estómago.

Miles de mariposas aleteaban en mí cuando alcanzó mi zona más íntima y sin pedir permiso deslizó su lengua por mi clítoris con maestría. Grité otra vez. Gemí y me retorcí de puro placer hasta que...

El ruido del teléfono sacó a Sarah de su fantasía y cuando respondió su respiración estaba agitada. Pero no por el pánico como otras veces, sino por el deseo.

—Sarah ¿estás bien? —Escuchó la voz preocupada de Ángela al otro lado; su amiga, igual que su prometido, siempre estaban en ese estado de nerviosismo.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo? —preguntó.

—Suenas rara, como asfixiada, ¿sucede algo?, ¿has discutido con Henry? ¿Quieres que vaya? —El torrente de preguntas puso a Sarah de mal humor, su amiga debía aprender que ella podía cuidarse sola.

—No ha pasado nada Angie, no seas histérica, solo estaba corriendo un poco en la cinta —mintió.

—¡No tienes cinta! —le espetó.

—Está bien...—claudicó—. Estaba escribiendo en el diario, ya sabes mis deberes para la terapeuta.

—¿Y te asfixias de escribir?

—¿Qué es esta inquisición? —gritó—. Ángela soy mayorcita.

—Solo me preocupo por ti —se defendió—. Y no te llamaba por discutir, si no quieres contarme qué te pasa, allá tú. —El tono de voz de la pelirroja denotaba cierto dolor y Sarah se sintió fatal, ella la había cuidado mucho y no se merecía esta escena.

—Ya te conté lo del diario, tengo que escribir todo aquello que quiero para mí, estaba imaginando cómo sería mi noche de bodas, y en el momento en el que has llamado tenía a mi marido entre las piernas... —dejó caer con una picardía que jamás pensó que podría recuperar.

—Vaya, lo siento —se disculpó—. Pero eso es bueno ¿no? Entonces estabas excitada. —Así era Ángela, no tenía pelos en la lengua.

—Un poco sí, quiero ver si escribiendo todo eso, consigo quitarme el miedo Angie, anoche lo intentamos y fue un desastre.

—Tenéis que daros tiempo amiga, lo que te pasó no fue como una gripe que se cura y ya está.

—Lo sé, pero Henry...

—Él te adora y sabrá esperar.

—Espero que no se canse —confesó sincera.

—Si no lo ha hecho en estos dos años desde que le rechazaste, no va a hacerlo ahora porque no puedas acostarte con él.

—Gracias —le dijo sincera—. Y perdona lo de antes, es solo que me desespera que siempre estéis preocupados por mí.

—No pasa nada, sé que es agobiante para ti, que eres condenadamente independiente pero, ponte un poco en nuestro lugar Sarah, si algo así me hubiera pasado a mí, ¿no estarías igual de preocupada?

—Sí, tienes razón. Lo siento —se disculpó otra vez—. ¿Y para qué llamabas?

—¡Ah sí! Casi lo olvido, me llamó la madre de Henry, va a venir para ayudarnos a preparar tu boda exprés, pero Thomas tiene permiso, ¿te importa si me uno al proyecto «casemos a Henry y Sarah en dos meses», la próxima semana?

—Claro —exclamó—. Sin problemas Angie, disfruta de tu marido.

—Ten por seguro que lo haré, llega mañana y no iremos a por los niños hasta dentro de dos días —le contó sonriendo y Sarah soltó una carcajada.

—Pasadlo bien y tened cuidado, dos críos son más que suficientes —le aconsejó, siempre solían bromear con la facilidad que tenía su amiga para quedarse embarazada.

—Nos vemos la semana que viene Sarah, te quiero.

—¡Y yo a ti, Angie! Saluda a Thomas de mi parte. —Y colgó.

Tomó el bolígrafo de nuevo para seguir escribiendo pero, ya no estaba inspirada.

Capítulo 24

Después de una ducha reparadora y un café bien cargado Sarah salió de su casa para dirigirse al hospital, a su encuentro semanal con Catherine. Esa mañana se sentía alegre.

Se había dormido tarde, después de una larga charla con Henry por teléfono, había cerrado los ojos con una sonrisa tras escuchar, de nuevo, lo mucho que él la quería y que todo iba a salir bien.

Esa seguridad en sí mismo de su prometido que, en otras ocasiones, le había vuelto loca, llegando incluso a enfrentarle porque ella no soportaba su arrogancia, se había convertido ahora en su principal tabla de salvamento.

Henry estaba seguro de que todo iría bien y ella le creía. Tenían muchos planes: tras las bodas se irían a pasar la luna de miel en una isla exótica de la que ella, a pesar de que hablaba varios idiomas, no era capaz de decir el nombre, regalo de los padres de él; después vivirían en su apartamento hasta que encontrasen una casa que fuera de ambos y comenzarían su vida en común; ella dejó caer soñadora que le gustaría tener hijos pronto y él le prometió que lo harían. Todo llegaría a su debido tiempo.

Miró hacía arriba al salir a la calle. El sol brillaba en lo alto de un cielo inmensamente azul y ella se sintió más viva que nunca. Notó el calor en la cara, respiró hondo un par de veces y se subió al coche.

Hacer cosas por sí misma la ponía de buen humor.

Llegó a la consulta de la terapeuta y llamó a la puerta como cada semana.

—Pasa, Sarah, te esperaba —le indicó Catherine poniéndose de pie para saludarla—. ¿Qué tal? —preguntó con una sonrisa—. Vaya, sí que te han sentado bien los días en la playa, estás morena y muy guapa. —La piropeó sabiendo que eso la haría sentir bien.

—Gracias —contestó—. Me han venido más que bien doctora, hasta me he

comprado ropa nueva —le indicó y la terapeuta reparó en que, efectivamente, esos vaqueros negros que llevaba no le quedaban holgados y que la camiseta rosa clara se ajustaba muy bien a su cuerpo.

—Estás preciosa —sentenció—. Siéntate y cuéntame. —Y con esta frase dio pie a que Sarah le contase lo que había pasado en los días que estuvo en casa de Christine Butler, todo hasta llegar a la noche en que Henry le pidió matrimonio—. Todo eso suena maravilloso.

—Sí, pero todo no es de color de rosa.

—¿Ha pasado algo que quieras contarme? — preguntó.

—Estoy preocupada por Henry. —Catherine no pudo evitar una sonrisa, estos dos eran tal para cual: él preocupado por ella, ella por él, ¿serían capaces de hablar algún día para poner sus preocupaciones en común?

—¿Qué le pasa?

—Es por lo que le conté por teléfono, de cuando intentamos... —dijo dejando la frase en el aire. Otra cosa que tenían en común: adoraban los eufemismos cuando algo les daba miedo.

—¿Hacer el amor? —cuestionó.

—Sí —aceptó—. Me da pena que tenga que estar conteniéndose, temo que su autocontrol le juegue una mala pasada —dijo con algo de recelo.

—Sarah, ¿lo que temes realmente es que Henry no pueda controlarse si le dices que pare? —Los ojos de su paciente se llenaron de lágrimas en ese mismo momento.

—Confío en él, pero no deja de ser un hombre y como tal tiene necesidades, instintos, ¿y si se ciega en uno de esos y no para? —confesó entre sollozos.

—Tus miedos son normales, pero debes aprender a confiar en el hombre con el que vas a casarte —le dijo sintiéndose impotente, no podía decirle que había hablado con Henry y que él estaba hasta dispuesto a tomar pastillas para que su cuerpo no le traicionara. Por lo poco que le conocía, Catherine

estaba segura de que no había otro hombre en el mundo más confiable que Henry Butler.

—¡Ya confío! ¿Es que no ha escuchado lo que le he dicho? No es él, son sus instintos naturales de hombre los que me dan miedo.

—¿Y qué hay de los tuyos Sarah? —preguntó tratando de encauzar la conversación—. Cuando los seres humanos somos sexualmente activos se nos despiertan esos instintos, ¿qué quiere tu cuerpo?

—He estado escribiendo sobre eso —le explicó tendiéndole el diario que la terapeuta comenzó a leer en silencio mientras Sarah pensaba en sus palabras.

—¡Vaya! —exclamó—. Tienes madera de escritora, ¿eh? —dijo dándole el cuaderno—. Lo que deduzco de estos escritos es que tu recuperación va mejor de lo que esperaba, si ya te permites fantasear con Henry es por dos cosas: porque tu cuerpo quiere algo más con él y lo que es mejor, porque empiezas a confiar más en ti misma y en tu prometido —explicó con ese tono de voz pausado pero enérgico que siempre conseguía captar la atención de sus pacientes—. No lo eches todo a perder ahora porque una noche salió mal.

—¿Qué puedo hacer?

—Lo primero: habla con Henry, dile a qué tienes miedo, y escúchale; lo segundo: no forcéis la situación, ya pasará, podéis intentarlo, jugar, ir probando hasta donde te sientas preparada, y tú tienes que confiar en que si dices «para», él parará.

—Seguro que lo hará —sentenció.

—¿Qué planes tenéis?

—Nos casamos en dos meses, así que ese es el plan, organizar la boda.

—Me parece una idea fantástica, además en poco tiempo, ¿por qué tanta prisa? —preguntó.

—¡Oh no! —protestó poniéndose de pie de un salto—. No va a conseguir que

dude de mi intención de casarme con esas preguntas de loquero —alegó y Catherine esbozó una sonrisa—. Nos queremos, somos amigos desde hace mucho y no queremos perder más tiempo, no hay trasfondo psicológico ni traumas en esto.

—Está bien, me alegro mucho entonces, seréis muy felices.

—Eso espero —concluyó para marcharse.

—Sigue trabajando en el diario, Sarah, no te relajes con la terapia, como veo que estás mejor, vamos a poner una sesión cada dos semanas, ¿te parece bien?

—Perfecto, nos vemos en quince días entonces. —Se despidió y salió de allí, por primera vez con una sonrisa.

Henry estaba pasando a ordenador los pocos datos que había en el caso de la violación de Sarah cuando un sonido le distrajo. Había recibido un correo electrónico sin remitente.

«¿Dos meses y todavía no tienes ni una sola pista relevante? ¿No eras el mejor detective de la ciudad? Estoy cansado de seguir violando a dobles de esa zorra, ¿por qué nos sigo capaz de pillarme aún? ¿Acaso quieres que todos sigan pensando que fuiste tú porque en tu fuero interno querías hacerlo? Crees que ella se lo merecía, ¿verdad? Porque te dejó tirado después de follarte como le dio la gana».

Tuvo que releer el mensaje dos veces para poder creer lo que veían sus ojos.

—Tienes que ver esto —dijo al teléfono después de marcar la extensión de la oficina de Jason.

Su compañero se presentó rápidamente.

—¡Será cabrón! —gritó el siempre simpático detective Mcnamara—. Ahora tenemos una prueba de que es alguien que os conoce, es más, creo que hemos estado mirando en el sentido contrario.

—¿Qué quieres decir con eso?— cuestionó nervioso.

—Mira este email, creo que hemos estado investigando a los ex de Sarah cuando en realidad es alguien de tu entorno.

—Prepararé una lista, pero esto nos hace volver a partir de cero —dijo con algo de desesperación.

—Yo diría que partimos de uno —alentó a su amigo con una gran sonrisa—. Puede que incluso de dos —exclamó, acababa de tener una idea—. Quítate de ahí Henry, voy a apuntar la IP para pedir que la rastreen.

—Esto mejor no se lo contamos a Sarah —sugirió.

—¿Bromeas? ¿Vas a ocultarle una pista crucial a nuestra compañera? Estás tonto o no conoces a la mujer con la que vas a casarte —le dijo mientras sus dedos volaban por el teclado—. Lo tengo —sentenció y descolgó el teléfono para llamar a su contacto en la policía, ellos tenían mejores medios informáticos—. Soy Mac, ¿qué pasa tío? —preguntó a modo de saludo coloquial—. Necesito un favor, apunta, rastrea esta dirección IP y, colega, lo necesito para ayer. —Su amigo protestó un poco pero finalmente cedió—. Sí, a las próximas cervezas invito yo, gracias.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó nervioso.

—Que tendrá la información en un par de horas.

—Informaré mientras al jefe —dijo saliendo.

—¡Y a Sarah! —gritó—. Bueno, aunque nadie me ha preguntado, yo voy a entrevistarme con el doctor que hizo el ADN —expresó al despacho vacío y sacó su móvil para mandar un whatsapp a quien sabía que siempre estaba para él: «Ey nena, ¿seguimos enfadados? ¿Te hace un chino?»

Cameron Reeves era un hombre mayor. De pelo cano y ojos azules, tan frío y borde que Jason pensó que le recordaba al abuelo cascarrabias del doctor House.

—Muchas gracias por atenderme, señor Reeves —dijo a modo de saludo.

—Ha sido usted muy insistente, joven —le contestó secamente—. ¿Para qué me quiere exactamente?

—Verá, hace dos meses comenzó una ola de violaciones, todas las chicas fueron tratadas en el hospital donde usted era el jefe de los laboratorios —explicó.

—Sí, lo recuerdo, una pena lo que les ha pasado a esas mujeres, pero no entiendo para qué me quiere usted a mí.

—Estamos investigando esas violaciones, como le dije por teléfono, soy detective en la agencia de Peter Campbell —continuó—. Una de las víctimas, Sarah Boyle, es compañera mía. —Jason, que era un detective curtido en mil batallas, procesó a la perfección lo que gritaba el lenguaje corporal de Reeves: el nombre de Sarah le había puesto nervioso.

—¿Investigan ustedes mismos el caso? Me parece muy poco profesional —atacó.

—Somos los mejores de la ciudad, casi del país y estamos perfectamente cualificados para hacerlo, ¿por qué permitir que otros lo hagan? —se defendió.

—Puede ir al grano, no tengo todo el tiempo para perder viendo como hace gala de su chulería, señor Mcnamara.

—Yo creo que sí lo tiene —contestó—. Se prejubiló usted después de ganar una misteriosa lotería justo después de determinar que los restos de ADN encontrados en el cuerpo de la señorita Boyle eran de Henry Butler. —Sin más, puso ante él los certificados de su puño y letra.

—Sí, lo recuerdo porque nos hicieron repetir las pruebas, al parecer era imposible que el señor Butler fuera el culpable, pero el ADN era suyo.

—¿Está seguro? —inquirió.

—Totalmente.

—¿Y por qué se jubiló usted con tanta premura después de ese caso? — cuestionó.

—Como acaba de decir, me tocó la lotería, he trabajado durante muchos años y me apetecía descansar. —Jason sabía que eso era mentira y le tenía acorralado.

—Es curioso, he estado investigando, según mis fuentes le tocaron novecientos mil dólares. —Reeves asintió cada vez más nervioso—. Es una cantidad más que considerable, ¿sabe usted lo que hacen en las administraciones de lotería cuando dan premios tan gordos? Lo anuncian. — En ese momento puso ante él unos papeles—. Es usted un hombre de costumbres, doctor Reeves, he sabido que compra sus billetes de lotería en el mismo sitio desde hace más de treinta años; he hablado con el dueño, no ha dado ningún premio de esas magnitudes, es más, no se ha repartido esa cantidad en un sorteo en San Francisco desde hace más de un año — sentenció y el otro hombre palideció de golpe—. Haremos un trato, usted me cuenta quién le dio ese dinero y por qué y yo no le acuso de obstrucción a la justicia —le amenazó con una sonrisa, así eran los chicos de Campbell.

—No lo sé —alegó y le temblaba la voz—. Me llamaron por teléfono y me hicieron una transferencia bancaria, solo sé que era un hombre. —Jason puso los ojos en blanco ante la obviedad, si había violado a Sarah no iba a ser una mujer—. Lo único que dijo era que los resultados del ADN tenían que determinar que el violador de la señorita Boyle era Henry Butler, los otros casos le daban igual, es más, en las otras chicas no se encontraron restos de nada.

—¿Eso es lo único que sabe? —El viejo asintió—. Está bien, quiero su teléfono y su número de cuenta para hacer un rastreo, le mandaré un mensajero, yo sí que no tengo más tiempo para perder con usted —sentenció levantándose—. Ah, vaya a la policía y devuelva el dinero —le amenazó.

Sarah había decidido ese día, después de su terapia, dar un paso más en su proceso de recuperación y había ido al gimnasio. Sin duda un lugar donde tenía que interactuar con hombres que no eran de su círculo era una buena

forma de ponerse a prueba. Además, ella siempre había sido una mujer deportista y estos meses que llevaba sin hacer nada le habían producido una sobrecarga de adrenalina en el cuerpo que necesitaba liberar para pensar con claridad.

Recordó los días en la playa con Henry, cuando iban a correr y nadar su cuerpo estaba siempre más relajado y dormía muchísimo mejor. Aunque quizás la cercanía de él era lo que le hacía conciliar el sueño y no el deporte.

Se puso unos leggins negros con adornos en fucsia que había comprado cuando estuvo en el centro comercial en California, con una camiseta de nadadora de los mismos colores y una más ancha encima. Sin duda el conjunto deportivo era demasiado ajustado y la hacía sentir muy provocativa.

Entró en el recinto donde tantas veces había ido a entrenar en el pasado y sintió miedo. Decidida a no dejarse vencer caminó hasta el mostrador, enseñó su pase de socia y entró.

Kevin, su preparador físico habitual, se acercó a saludarla.

—Sarah, ¡cuánto tiempo! —exclamó con una sonrisa.

—He estado fuera de juego, sí —respondió sin más.

—Vimos en la prensa lo que te pasó, tranquila, nadie va a preguntarte nada y aquí estás a salvo —la tranquilizó.

Kevin Sanderson era un joven preparador físico de veinticinco años. De pelo rubio y ojos grises había despertado las hormonas de más de una de sus clientas, pero él estaba casado con Leonard Parker, dueño del gimnasio, desde hacía cinco años.

—Gracias, Kev —respondió ella devolviéndole la sonrisa—. Estoy lista para empezar, tengo que poner este cuerpo en forma de nuevo.

—Has adelgazado muchísimo, te pondré una tabla para tonificar y para que recuperes masa muscular, la tendré lista mañana, hoy si quieres puedes hacer

cardio, te ayudará a relajarte.

—Me subiré a la bici estática, necesito quemar energía —informó.

Mientras pedaleaba no dejaba de darle vueltas a todo. El caso la atormentaba. ¿Cómo era posible que en dos meses no hubieran sido capaces de averiguar nada? Henry y Jason eran los mejores en la agencia. Y estaban completamente perdidos.

Su prometido había centrado toda su energía en Trevor Ross y se había equivocado llevándoles de nuevo al punto de partida.

Peter la había incluido en la investigación cuando ningún otro en su sano juicio lo habría hecho y ella no quería fallar. Todas las víctimas se merecían ver a ese cabrón entre rejas. Fuera quien fuera.

Repasó mentalmente todo lo que tenían. Las declaraciones, las pruebas y súbitamente se dio cuenta de algo. Todas las víctimas habían sido sumergidas en una bañera con jabón para eliminar el ADN de sus cuerpos menos ella. Cerró los ojos un instante y se permitió, por primera vez en dos meses, recrear lo poco que recordaba de la noche de su ataque.

El golpe en la cabeza y despertarse aturdida. El peso de aquel hombre sobre ella, pudo ver entonces algo que antes no recordaba: sus ojos eran oscuros. Y entonces recordó la forma en la que la tocaba, tan bruscamente que le hacía daño. Notó el tacto de las manos ásperas de él y ahí tuvo la clave que podía ser crucial para desenmascarar a su violador.

—¡HUELLAS! —gritó y se bajó de la bicicleta, anduvo hasta su bolsa de deporte y sacó el móvil para mandar un whatsapp a Henry y Jason: «*Nos vemos en la oficina en media hora, tengo una pista*».

Sus compañeros la esperaban impacientes.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Henry al verla cruzar el umbral intentando concentrarse en algo que no fuera lo sexy que estaba con aquella ropa deportiva.

—Yo también tengo algo —informó Jason—. Pero las damas primero.

—Mientras estaba en la bicicleta estática repasando todos los detalles del caso me he dado cuenta de algo que nunca me habéis mencionado: huellas dactilares.

—Cariño, no hay —le dijo—. Eliminó las evidencias de todas las víctimas.

—De mí no —declaró segura de sí misma—. Y hasta ahora solo hemos visto los informes que hablan de los restos de semen y saliva que encontraron en mi cuerpo. —A los dos hombres les parecía imposible escucharla hablar así después de todo lo que había pasado—. Nadie ha dicho nada de huellas y, chicos, él no llevaba guantes, lo recuerdo.

—Llamaré al hospital —sentenció Henry.

—Mejor lo hago yo, la chica del laboratorio suspira por mí y además, he desenmascarado al doctor Reeves. —Durante unos minutos les contó lo que había averiguado esa misma mañana—. Tenemos un trato, él se encargará de que consiga esas huellas. —Y sin más, hizo la llamada—. Me mandarán el informe junto con el móvil para el rastreo y el número de cuenta hoy mismo.

—Hay otra cosa que debes saber —dijo Henry—. Recibí un email que tendrías que leer. —Le tendió un papel que había tenido en las manos todo el día y mientras ella leía, continuó hablando—: Creemos que debemos reenfocar el caso, buscar a alguien de mi círculo y no del tuyo.

—Yo no te utilicé para después dejarte tirado, Henry, las cosas no pasaron así —dijo ella al terminar de leer dejándose caer en la silla.

—Lo sé, Sarah, lo sé, tranquila. —Jason se levantó, en ese momento sobraba.

—Voy a mi despacho, llamaré a mi contacto de la policía a ver si rastrearon la IP y mandaré al mensajero a casa de Reeves. —Y, sin más, se fue.

—Cielo. —Henry se puso en cuclillas ante ella y poniendo un dedo bajo su barbilla la obligó a levantar la cabeza y mirarlo—. Estuve enfadado contigo

durante mucho tiempo por lo que pasó en Nueva York, no te lo voy a negar, pero tienes que saber que nunca pensé en obligarte a nada y por supuesto que no he pensado jamás que merezcas lo que te pasó.

—Me violaron —sentenció ella como si acabase de tener una revelación—. Llamar a las cosas por su nombre es el primer paso para superarlas —dijo parafraseando a Catherine Sherwood—. Y según esto, lo hicieron para vengarse por lo que te hice, pero sé que no es culpa tuya, ni mía, solo él tiene la culpa—. Henry la miraba embelesado, su rostro permanecía tranquilo mientras decía todo aquello, sin duda la terapia había hecho maravillas con ella—. Pero también sé que te hice daño y entiendo que estuvieras cabreado —le dijo y se inclinó hacia adelante para besarle—. Lo siento, creo que nunca te lo había dicho. —Por toda respuesta él la besó de nuevo.

—Ya está —le dijo cuando se separaron—. Eso es el pasado y ahora estamos juntos.

—Tienes que pensar quién pudo ser, sin duda alguien a quien le contaste lo que pasó entre nosotros.

—Por más que pienso no consigo recordar habérselo contado a nadie Sarah, te lo juro, ¡vamos, los tíos no contamos esas cosas a nuestros amigos! —exclamó.

—Pues alguien lo sabía y lo usó en nuestra contra.

—A lo mejor nos seguían, estoy trabajando en una lista de posibles sospechosos, gente que querría acabar con los dos y que tiene medios para vigilarnos.

—Sabes que, aunque discutamos muchísimo cuando trabajamos, suelo confiar en tu instinto, pero en este momento el mío me dice que te equivocas otra vez. —Se puso de pie, le dio un beso rápido y caminó hacia la puerta—. Céntrate en gente de tu entorno, en el de ambos si quieres, creo que la clave está ahí. —Y desde la puerta le preguntó—: ¿Cenamos esta noche? Aún tenemos una boda que preparar.

—Está bien, te haré caso por una vez, novata —bromeó—. Te recojo a las

ocho y media.

Capítulo 25

Jason lanzó su móvil contra la mesa de madera de su despacho con una rabia que Sarah no había visto nunca en él.

—¡Mierda! —vociferó.

—¿Ha pasado algo? —preguntó sorprendida por la actitud de su compañero.

—Era mi contacto en la policía, no han podido averiguar nada con la IP del email que Henry recibió, al parecer fue enviado desde un portátil conectado a la wifi gratuita de una cafetería del centro.

—¿Y no habría forma de saber a nombre de quién está el ordenador?

—cuestionó, ahora entendía el enfado del detective, todas las pistas parecían llevarles una y otra vez a la casilla de salida.

—Es un nombre falso —informó taciturno—. Lo siento, Sarah, pensé que tendríamos alguna pista.

—No pasa nada, encontraremos algo, ¿qué sabemos de la huellas? ¿Y el móvil de Reeves?

—Me dijeron que llamara al laboratorio a media mañana, y sobre el teléfono aún están en ello, pero estoy seguro de que le llamaron desde un móvil de prepago del que después se deshicieron.

—¡Vamos, Jason! —le apremió—. Tengamos un poco de fe, pensaba que el pesimista de este equipo era Henry —le dijo tratando de resultar convincente.

—Es frustrante, Campbell empieza a estar molesto.

—Lo resolveremos —sentenció.

—Por cierto, ¿dónde está Don Pesimista? —preguntó.

—Me ha dicho que el jefe le mandó un caso nuevo, algo sencillo, que lo resolverá en unas horas y nos veríamos aquí.

—Llevamos mucho tiempo con esto, es normal que el viejo quiera que vayamos haciendo otras cosas —añadió y Sarah solo asintió.

Henry no estaba investigando ningún caso. Había ido a su cita con Catherine Sherwood. No sabía cuál era el motivo, pero no quería que Sarah supiera todavía que él iba a terapia. Le parecía mejor así.

—Buenos días Henry —le saludó con una sonrisa, a Catherine le seguía pareciendo un hombre imponente—. ¿De qué quieres hablar en la sesión de hoy? —A diferencia de con Sarah, que tenía un protocolo de terapia establecido, con él no tenía nada preparado, creía que lo mejor era dejarle a su aire.

—No me gusta que Sarah esté investigando este caso

—sentenció sin irse por las ramas.

—¿Y por qué no? Tengo entendido que es tu compañera desde hace años y trabajan bien juntos.

—Está en peligro —dijo y se levantó.

—Siempre lo estáis, sois detectives, de una importante agencia además, me imagino que no os limitáis a seguir a maridos infieles.

—Pero esta vez es diferente. —Su tono de voz indicaba a la doctora que él estaba impaciente.

—¿Por qué? —cuestionó de nuevo.

—Alguien va a por ella —informó y sacó del bolsillo el email que le atormentaba, sabía que no debía hacerlo pero le dio igual, confiaba en esa mujer.

—No veo ninguna amenaza para Sarah implícita en este texto Henry.

—Pues yo sí, sé leer entre líneas: él le hizo daño por mí, y yo no le he cogido, es como un círculo, todo gira en torno a mí.

—¿Y dónde queda ella en ese círculo? —preguntó sintiéndose verdaderamente perdida—. Has empezado diciendo que no quieres que esté en el caso porque temes que esté en peligro, pero si todo ese miedo tiene que ver con el hecho de que recibieras este email... —dijo dejado la frase en el aire—. ¡Henry lo siento, no veo dónde está la relación!

—Él parece cabreado porque no le he pillado aún, me está retando, violó a Sarah en mi nombre y no soy capaz de recordar a quién le conté lo que pasó en Nueva York, eso sería la clave para dar con el violador, no sé qué pasa, nunca he tenido mala memoria.

—Vaya —exclamó—. Ahora lo veo claro —sentenció—. Siéntate, por favor y vamos por partes —le indicó casi obligándole—. Todo lo que has dicho tiene un solo denominador común: todavía te sientes culpable —Henry fue a hablar pero ella se lo impidió—: No me interrumpas —advirtió—. Desde el primer momento en el que te informaron de que habían violado a tu compañera te sentiste culpable, por no estar con ella, por no protegerla, quizás no te diste cuenta en un principio, pero después Sarah te señaló como su violador, y luego te echó en cara que no la cuidarás. —Él asentía en silencio como si fuera un niño pequeño que recibe una reprimenda—. Creías que, una vez superado el bache, con ella empezando a confiar en ti, prometidos, juntos, ese sentimiento había quedado atrás, hasta que recibiste este correo electrónico.

—Lo dice muy claro: la violó por lo que ella me hizo.

—No, la violó porque será un loco, tendrá algún trastorno o simplemente es un mal hombre —dijo con rabia—. No ha hecho daño solo a Sarah, ¿las otras mujeres también te hicieron algo?

—dejó caer, quería forzar a Henry a contarle más.

—¿Usted sabe qué pasó entre nosotros? —preguntó.

—No puede decirte nada sobre mis sesiones con Sarah, si crees que hay algo

que deba saber, cuéntamelo tú.

—Hace algo más de dos años en Nueva York sucumbimos a la tensión sexual que siempre había habido entre nosotros, estuvimos juntos una noche, la mejor que he tenido en toda mi vida, cometí el error de creer que había sido algo más que una noche de pasión. Sarah estaba comprometida con Trevor Ross, pensé que le dejaría para estar juntos, pero ella me rechazó, dijo que solo había sido un error y que no iba a romper con su novio —informó, aún le dolía recordar todo aquello—. Aunque después lo hizo, pero no para estar conmigo.

—¿Y le guardas rencor por eso?

—¡Yo no creo que mereciera lo que le pasó! —gritó nervioso.

—No te he preguntado eso, quiero saber si le guardas rencor por rechazarte.

—Durante mucho tiempo lo hice, estuve enfado con ella, pero poco a poco se me fue pasando. Sarah rompió con Trevor, después salió con otro tío y tampoco salió bien, en el fondo sabía que llegaríamos a estar juntos, ella siempre ha sido mía —concluyó esbozando una sonrisa, era un arrogante y Catherine lo sabía por las sesiones con Sarah por lo que esa afirmación le hizo gracia.

—¿Qué sientes ahora por ella? —preguntó.

—¡La amo! —sentenció serio.

—¿Seguro? —inquirió alzando las cejas—. ¿Estás cien por cien seguro de que lo que sientes por Sarah no es un deseo de repetir aquella noche que tienes en tu mente guardada como la mejor de tu vida, que no es querer salirte con la tuya como al parecer haces en todo?

—¡Usted no me conoce! —exclamó—. He estado enamorado de Sarah Boyle prácticamente desde que nos conocimos, la quiero y solo pretendo cuidar de ella y que sea feliz.

—Está bien, y entonces ¿por qué ahora? —le preguntó—. Has tenido mucho

tiempo para proponérselo.

—No lo sé... llevo tiempo intentando reunir el valor para volver a proponerle que seamos más que amigos, pero supongo que tenía miedo al rechazo.

—Y a ese miedo ahora se une el sentimiento de culpa por lo que pasó —dijo ella y Henry asintió—, trabajaremos en eso en próximas sesiones, ¿vale?

—Está bien, gracias doctora —contestó con un intento de sonrisa y se fue.

Cuando Henry cruzó las puertas del despacho de Sarah, la cara de esta y de Jason le indicaron que algo no iba bien.

—¿Qué sucede chicos? —preguntó deseando que no fuera nada realmente grave, sabía que ambos eran buenos detectives, pero también que tenían cierta tendencia al drama.

—Siéntate, Henry —ordenó Jason, Sarah a su lado permanecía en estado semicatatónico—. Tenemos una coincidencia en las huellas dactilares.

—¿Quién es? —se lanzó a preguntar—. ¡Eso es bueno! ¿A qué vienen esas caras? —cuestionó y de repente el miedo recorrió todo su cuerpo—. A no ser que... —Dejó la frase en el aire unos minutos—. ¿Son más? —preguntó atemorizado.

—¡No! —respondió su compañero y él soltó el aire que había estado conteniendo—. Pero el resultado no te va a gustar. —Sin más, volvió hacia Henry la pantalla del ordenador y el rostro de este palideció de golpe hasta el punto que Jason pensó que se desmayaría.

—¿Jared? —Fue su pregunta—. No puede ser —sentenció.

Jared Kensington había sido el mejor amigo de Henry desde que coincidieron en la universidad. Él estudiaba periodismo, pero era un apasionado de la investigación y había escogido asignaturas de criminología. Siempre decían que lo suyo había sido un flechazo. Amistad a primera vista.

Alto, de ojos marrones y de complexión fuerte. Era un hombre tan guapo

como Henry. Carismático y divertido era el que siempre atraía a las chicas por tener un carácter afable y cercano. Donde Henry era serio y responsable, Jared era todo sonrisas y locura.

Adoraba la aventura y el riesgo, por eso, no se había conformado con ser periodista en San Francisco atado a una mesa. Era corresponsal de guerra en uno de los periódicos más importantes del país y por el último de sus reportajes: «La otra cara de la guerra», en el que contaba cómo era la vida de aquellos soldados que, por alguna razón, eran apartados del servicio activo, relegados a trabajos de oficina en tiempos de guerra, le habían nominado a un premio Pulitzer.

—Ya sabes que las huellas son cien por cien fiables, Henry.

—¡Lo sé! Pero es que...

—¡NADA! —gritó Sarah saliendo de su ensimismamiento por primera vez desde que él llegó—. Pero es que nada, no hay excusas, él lo hizo, él me violó. —Y sus gritos alertaron a Peter que en ese momento pasaba por allí.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—Tenemos la identidad del violador —informó Jason—. Jared Kensington.

—¿El periodista amigo de Butler? —El aludido asintió—. ¿No estaba en Afganistán, Irán o algún otro país en conflicto?

—Había vuelto, esa noche estuvimos juntos —dijo rememorando su encuentro—. Me llamó, estaba de paso en la ciudad para dejar unas cosas en el periódico y seguir hacia su próximo destino.

—Así que le sitúas la noche del ataque aquí —recalcó Jason en un tono profesional.

—Le mataré —sentenció y sintiendo la rabia correr por todo su cuerpo dio un puñetazo a la pared que le hizo ver las estrellas—. Le encontraré y acabaré con él con mis propias manos.

—¡Ni se te ocurra! —le amonestó Sarah parándose frente a él con los brazos

en jarra—. ¡No harás eso!

—No intentes evitarlo, tú no me das órdenes, ¿te crees que voy a permitir que ese cabrón se haya valido de nuestra amistad para hacerte daño, a ti y a otras, y ahora voy a dejar que se salga con la suya? No te metas en esto Sarah o... —Ella le interrumpió.

—¿O qué, Henry? ¿Me matarás a mí también? —cuestionó nerviosa al ver los ojos de su prometido inyectados en sangre, sedientos de venganza.

—Haré lo que tenga que hacer para dar su merecido a ese cabrón y me dará igual que llores o patalees, esta es mi decisión, la aceptas o se acabó. —La frase lapidaria de Henry fue como un puñal directo al corazón de Sarah—. No soy tu pelele, no voy a permitir que me prohíbas enmendar lo que te hicieron por mi culpa. —Ahí estaba, la razón por la que quería matar a Jared.

—¡No es culpa tuya! —gritó bien, ella también sabía enfadarse—. Y si alguien tiene que enfrentarse a ese hombre soy yo —dijo furiosa—. No quiero que arruines tu vida, la mía está acabada ya, ¿sabes por qué? Porque no pienso permitir que mates a Jared, por lo tanto, lo nuestro se acabó. — Ahora fue el turno de Henry de notar el puñal en el corazón—. Con el trauma de la violación a mis espaldas, y habiendo perdido al hombre que amo, ¿qué me queda? Yo me enfrentaré al verdadero culpable de todo y terminaré mis días en la cárcel.

—¡QUERÉIS DEJAR DE DECIR ESTUPIDECES LOS DOS! —El grito de Peter resonó en todo el edificio y tres pares de ojos asombrados le miraron.

—Menos mal, ya era hora de que alguien pusiera paz entre este par de locos —exclamó Jason sin poder remediarlo.

—Cierre el pico, Mcnamara —le apremió—. Quiero dejarles claro un par de cosas que parecen haber olvidado mis supuestos dos mejores detectives: en primer lugar, en esta agencia no nos tomamos jamás la justicia por nuestra mano; en segundo lugar: no he puesto todo el prestigio de MI —dijo en un tono más elevado para resaltar el posesivo— agencia en tela de juicio aceptando que los dos investiguen su propio caso para ahora permitir que os ciegue la sed de venganza y todo se vaya al garete —les dijo y se sintió como

el director de un colegio echando la bronca a los alumnos rebeldes. Sarah y Henry permanecían de pie ante él, firmes como militares ante un Almirante—. Esto es lo que vamos a hacer: aún tenemos que encontrar a Kensington. Cuando lo hagamos, procederemos siguiendo los protocolos que nos han llevado a ser los mejores en nuestro campo: entregaremos al culpable a la justicia y se acabó nuestra labor. —Henry fue a hablar y le detuvo—. ¿Algún problema con mis órdenes, Butler? Porque desde el momento en que decida alguno de vosotros dos hacer otra cosa que no sea lo que he ordenado, están fuera, del caso y de la agencia —concluyó—. ¿Les ha quedado claro?

—Sí, señor —respondieron al unísono.

—Bien, ahora seguid trabajando; Mcnamara, deles unos minutos para que se serenen y hablen a solas y después, está usted al mando, si hacen o dicen algo que vaya contra lo que acabo de ordenar, ya sabe qué tiene que hacer.

—¿Despedirles? —preguntó.

—¡Avisarme! —Y, sin más, se fue.

—Vuelvo en diez minutos, no os matéis.

—¿Te duele la mano? —le preguntó en cuanto estuvieron a solas—. ¿Quieres hielo?

—No, estoy bien, gracias.

—Henry, ¿de verdad piensas que te trato como un pelele? Lo único que pretendo es mantenerte a mi lado, si matas a un hombre acabarás en la cárcel.

—Lo sé, es solo que no pienso con claridad. —Se frotó las sienes, le dolía la cabeza, mucho—. Sé que te gusta ser una súper mujer, ese es uno de los rasgos que me enamoró de ti, pero entiende que quiera protegerte.

—Lo entiendo, y me encanta que lo hagas, pero por los motivos adecuados, no porque sientas que me violaron por tu culpa y ahora debes ser mi sombra y mi caballero andante siempre con la espada en alto. —Él no pudo evitar

sonreír.

—Creí que a las mujeres les gustaba eso del caballero y el príncipe azul —le dijo tomándola por la cintura y acercándola él. Sarah puso las manos sobre el pecho de Henry donde su corazón latía desbocado.

—Yo prefiero a un caballero que cabalgue a mi lado, que me ayude pero que entienda que sé, puedo y me gusta defenderme con mi propia espada, somos las princesas del siglo XXI. —Y, sin más, se acercó y le besó—. ¿Qué haremos?

—Obedecer al jefe, supongo, aunque no puedo prometer que no le dé, aunque sea, un puñetazo a ese cabrón cuando le tenga frente a frente.

—Lo sé —sentenció volviendo a besarle—. He quedado con tu madre para ir a ver vestidos de novia, ¿aún va a haber boda?

—En dos meses, princesa, en dos meses. —Se besaron de nuevo y ella sonrió, unos leves toques en la puerta les hicieron separarse—. Pase.

—Siento interrumpir —dijo una sonriente Christine Butler asomando la cabeza—. Sarah, cielo, ¿estás preparada?

—Hola, madre —contestó Henry irónicamente—. Estoy aquí, soy tu hijo.

—¡No seas chinchoso, Henry! —le recriminó—. Hablamos esta mañana, ahora he venido a llevarme a mi hermosa nuera a por su vestido de novia, no a verte a ti.

—Estoy lista, Christine —sentenció con una sonrisa y besó levemente a su novio de nuevo—. Volveré en un par de horas.

—Te espero. —Y se dieron otro beso rápido.

—Quizás no deberíais daros tantos besos en el trabajo. —La escuchó Henry decir a Sarah mientras se iban.

Después de la pelea en la oficina, la tarde de compras le había venido muy

bien a Sarah. Christine estaba segura del tipo de vestido que quería para su nuera, aunque ella parecía tener otra idea.

—No quiero algo tan clásico —protestó al verse con aquel pomposo traje blanco que le hacía parecer un pastel de nata gigante.

—¿Bromeas, querida? ¡Estás preciosa! —sentenció con lágrimas en los ojos.

—Además, es demasiado caro, Christine, no puedo pagarlo, tengo que ajustarme a mi presupuesto.

—Te lo regalaré. —Sarah fue a protestar, pero su suegra se lo impidió—. Si no te gusta este miraremos otros, pero por favor, Henry es mi único hijo y tú mi única nuera, deja que te regale el vestido.

—Está bien, como quieras, pero definitivamente, no será este —dijo y se metió de nuevo en el probador, mandó un whatsapp a Ángela: «Bruja, me has dejado sola con mi suegra y quiere que sea una tarta en el día de mi boda» y añadió una foto.

Su amiga no tardó en responder. «Jajajajaja, fastídate, yo tuve que casarme en una ceremonia militar y no me dieron oportunidad de elegir casi nada, aunque al menos sí mi vestido. En el fondo no es tan feo. Pásalo bien y no molestes a no ser que sea de vida o muerte, tengo a Thomas esperando en la habitación con champán y fresas». Sarah soltó una carcajada y salió del probador.

—¿Seguimos? —Y así fue como una tienda tras otra, y un vestido tras otro, al final, Sarah y Christine, cediendo cada una un poco, dieron con el vestido de novia perfecto.

—Es una pena que tengas que volver ya a la oficina, podríamos haber mirado alguna cosa más —dijo mientras se tomaban un batido rápido.

—Lo siento, estamos en un momento clave de la investigación y no pude pedir más tiempo al jefe, nos vemos otro día si quieres.

—Está bien —aceptó mientras la veía levantarse y colgarse el bolso—, Te llamaré, y dale un beso a Henry.

Capítulo 26

La noticia de que Jared había sido quien violó a Sarah cayó sobre Henry como una pesada losa. No se lo podía creer. Le costaba asimilar que, su mejor amigo hubiera sido capaz de hacer algo así. Y le atormentaba pensar en el email que le mandó, aún no le habían cogido por lo que no sabían cuáles eran realmente los motivos que tuvo para hacer lo que hizo pero, parecía que había sido en su nombre. Se sentía mal, tanto que llevaba más de una hora sentado en su despacho sin hablar, mientras Sarah y Jason le miraban.

—No me lo puedo creer— exclamó por enésima vez.

—Yo tampoco podía, cariño, pero las huellas que encontraron en mi cuerpo son tuyas —le dijo, y era verdad. Ella había conocido a Jared, incluso habían ido de copas en varias ocasiones, todavía recordaba lo mucho que se habían reído juntos en el último cumpleaños de Henry.

—¿Estamos seguros de que no es otra trampa? ¿Otra forma de ir contra mí?
—cuestionó.

—Lo estamos, colega —sentenció Jason—. La actual directora de los laboratorios lo acaba de certificar —informó pasándole un papel que acababa de llegar por fax—. Y Reeves ha confesado que además de pedirle que falsificara las pruebas de ADN también le pidieron que ocultara las huellas dactilares, se ve que cometió el error de no ponerse guantes, pero se dio cuenta a tiempo.

—¡Maldita sea! —exclamó cogiendo el móvil—. ¡JARED, CONTESTA AL MALDITO TELÉFONO! —gritó.

—No te ha contestado en la última hora y no lo hará, Henry, asúmelo —le dijo Sarah acercándose a él con cuidado. Se había levantado de la silla y miraba por la ventana con los músculos contraídos. Tensos.

—Lo siento —sentenció después de resoplar.

—¿Qué sientes? —Este era uno de esos momentos en los que Jason sentía que sobraba—. ¡No te vayas, Jason! —le gritó al notar que caminaba hacia la puerta.

—Pero es que...

—Nada, estamos trabajando, esperamos la llamada de Amber, le he pasado una foto de ese hombre —dijo, solo intentar decir su nombre le producía náuseas—. Quiero que me diga si es el chico con el que ligó en una discoteca antes de que la violaran.

—Está bien —aceptó sentándose de nuevo—. Haced como que no estoy aquí, yo mientras — pensó unos segundos—... resolveré complejas operaciones matemáticas mentalmente o... algo. —Sarah le sonrió a modo de agradecimiento.

—Henry —dijo poniendo la mano en su ancha espalda—. ¿Qué sientes?

—Que él te haya violado por algo que yo le conté.

—Eso no lo sabemos.

—Y encima no recuerdo habérselo contado a nadie, ya es demasiado humillante que la mujer por la que llevas años suspirando te rechace después de pasar la noche juntos, ¡cómo para contarlo!

—Le encontraremos y averiguaremos por qué lo hizo, pero quiero... —calló unos segundos para corregirse—. Mejor dicho, necesito que entiendas que no ha sido culpa tuya, que no creo que nada de lo que pudieras haber dicho justifique que hiciera lo que hizo, a mí y a las demás, ¿o es que acaso todas esas mujeres te rechazaron? —Henry le devolvió una media sonrisa—. Así me gusta, y ahora, sigamos trabajando.

—Voy a hacer unas llamadas a gente que conocemos, a su jefe y a un par de amigos suyos de la infancia, alguien podrá darnos una pista de dónde está —sentenció sintiéndose algo más animado.

—Perfecto —dijo ella—. ¡Jason! —exclamó llamando la atención de su otro

compañero—. Ya puedes salir del mundo de las matemáticas y volver a este.

—Como usted mande —respondió poniéndose en pie y haciendo una graciosa reverencia—. Oye tío, ¿quién ha puesto a la novata al mando? —bromeó para aligerar el ambiente.

—Se ha puesto ella, Mac, como hace siempre.

—Alguien tenía que hacerlo —se defendió encogiéndose de hombros. Su móvil interrumpió la conversación—. Dime Amber. —Los dos hombres se mantuvieron expectantes—. ¿Estás segura? —preguntó y asintió—. Gracias, de verdad nos has ayudado muchísimo.

—¿Qué te ha dicho? —cuestionó Henry aún algo esperanzado.

—Es él. Es el mismo hombre con el que Amber coqueteó aquella noche, y está segura de que también es el que la violó.

—¡Maldita sea! —gritó—. Necesito un poco de aire, chicos, después haré las llamadas. —Y, sin más, se fue del despacho.

—¡Joder! —exclamó ella.

—¿Tú estás bien? —preguntó preocupándose por su amiga.

—Esto me cabrea muchísimo, no sé cómo ayudarle.

—Él encontrará la forma de hacerlo solo, tranquila, este caso ha sido una locura desde el principio, ha desestabilizado a Henry como nunca antes había hecho ninguno, tú eras la víctima, él parecía el culpable, se ha perdido mil veces y siempre se encuentra, volverá a centrarse, pillaremos al malo y vosotros dos seréis felices para siempre. Fin de la historia.

—Gracias por ser así, Jason, de verdad. —Y sin más palabras le abrazó hasta que el móvil del detective les interrumpió.

Durante un rato el detective Mcnamara escuchó sin interrumpir a su interlocutor mientras Sarah, desesperada, le veía poner cara de asombro. Cada vez más.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en cuanto le vio colgar.

—Han identificado el móvil del que Reeves recibió la llamada —informó—. Un teléfono de prepago comprado en una tienda en Irán hace cinco meses.

—Eso tiene sentido, Jared es reportero de guerra, viaja mucho por esos países.

—Escucha el resto —le apremió—. Usaron una tarjeta de crédito falsa...

—Tiene contactos, una vez escribió un reportaje sobre las mafias que se dedican a la falsificación de tarjetas —le interrumpió otra vez.

—Asociada —continuó como si ella no le hubiese cortado— a una cuenta en la islas Caimán, de donde, por cierto, también salió el dinero para pagar a Reeves.

—Todo encaja, ¿por qué pareces tan alucinado? Ya le tenemos.

—La cuenta... está a nombre de Henry Butler.

—¡NO! —exclamó ella—. ¿Otra vez? Ese cabrón se las ha arreglado desde el principio para que creyésemos que Henry es el culpable.

—Por suerte los técnicos han demostrado que todo, en torno a esa cuenta, se hizo con documentación falsa, las huellas dactilares con las que se protege no son las de tu prometido, sino las de Jared.

—¡Menos mal!

—¿Te imaginas que hubiéramos descubierto esto al principio Sarah? —Ella asintió—. Henry lo habría tenido muy difícil, porque dudo mucho que con la acusación directa de una de las víctimas, su ADN y todo esto, Peter nos hubiera dejado investigar más.

—Gracias a Dios que no fue así —dijo y comenzó a reírse.

—¿De qué te ríes? —preguntó pensando que su amiga se había vuelto loca del todo.

—De ti, es decir, no de ti, contigo —intentó explicar— Eso de «la acusación directa de una de las víctimas» —dijo tratando de imitar su tono de voz—. Ha sido muy amable por tu parte, no decir «tú acusación directa».

—¿Para qué hacerte sentir peor si puede evitarse? —contestó con una reluciente sonrisa, y Sarah pensó que era uno de los hombres más atractivos que había conocido.

—Ve a contarle al jefe, yo voy en busca de Henry.

Pero no le encontró así que optó por mandarle un whatsapp. «*Nos vemos en tu casa esta noche, estoy muy preocupada por ti, te quiero*». Él no contestó.

Henry había caminado como un zombi durante horas hasta que se dio cuenta que de esa forma no iba a solucionar nada. Este caso le desestabilizaba una y otra vez, pero él era un profesional y debía resolverlo. Tenía que tratar de mantener la perspectiva del detective privado, olvidarse de su relación con todas las personas implicadas. Respiró hondo un par de veces y cogió un taxi para ir a la sede del periódico para el que trabajaba Jared. Hablaría con su jefe en persona.

Después de pasar los controles en la entrada y seducir a la joven secretaria del redactor jefe del San Francisco Chronicle con su mejor sonrisa, Henry estaba sentado en el inmenso despacho de George Hamilton a la espera de entrevistarse con él.

El lugar era bastante frío e impersonal. Nada que ver con el despacho de su propio jefe. En este no había nada que le diera ni una sola pista sobre el hombre que trabajaba ahí.

—Señor Butler. —Escuchó una voz grave a su espalda—. Me ha dicho Mindy que ha sido muy insistente —dijo y tendió su mano para presentarse—. George Hamilton, redactor jefe de este periódico, ¿en qué puedo ayudarle? —Henry estrechó la mano de aquel hombrecillo que no debía medir más de uno cincuenta y que lucía en su cara un enorme bigote que distraía su vista.

—Verá, señor Hamilton, soy amigo de Jared Kensington, estoy tratando de localizarle, sé que cuando va a cubrir conflictos armados en otros países es complicado, por no decir imposible, dar con él, pero esto es verdaderamente importante.

—Me temo que no puedo ayudarle.

—Sé que la localización de sus redactores es en ocasiones alto secreto pero de verdad que tengo que encontrarle.

—No se trata de eso —explicó—, Kensington hace meses que no trabaja para mí.

—¿Perdón? —inquirió asombrado.

—¿No eran ustedes amigos? —respondió, periodistas y abogados, igual de complicados de interrogar.

—Lo somos, por eso me sorprende no saberlo.

—Jared empezó a tener un comportamiento extraño en su última misión hace un año, volvió a casa contra su voluntad y después de someterse a una serie de pruebas médicas le fue diagnosticado un trastorno de identidad disociado.

—¿Doble personalidad?

—Sí, el psiquiatra dijo que podía ser por un caso de estrés postraumático y ser algo pasajero que mejoraría con descanso y una medicación suave, le pusimos de baja pero no mejoró —explicó—. Un día se presentó aquí armado, nos amenazó con que si no recuperaba su puesto nos mataría a todos, la seguridad del periódico le redujo, no quisimos denunciarle para no levantar polémica y porque había sido nuestro empleado mucho tiempo. No volvimos a verle.

—Imagino que está usted al tanto de la ola de violaciones que ha tenido lugar desde hace dos meses y medio.

—Claro, hemos publicado varios reportajes, los chicos de Peter Campbell llevan el caso pero esta vez les está costando.

—Sí que nos está llevando más tiempo de lo normal, sí —reconoció.

—¡Usted es uno de los detectives de Campbell! —exclamó—. Por eso me sonaba su nombre, violaron a una de sus chicas.

—Fue Jared —le soltó sin más rodeos.

—¿Están seguros? —cuestionó.

—Tenemos pruebas —durante unos minutos pensó en contarle más, pero George era periodista y no le inspiraba confianza.

—La credibilidad de la agencia Campbell quedó en entredicho desde que su jefe aceptó el caso, las implicaciones emocionales, la sed de venganza por el daño que hicieron a una de sus compañeras, todo eso hace que sus detectives pierdan la objetividad.

—Estamos trabajando siguiendo los protocolos habituales en este tipo de casos, quizás sus empleados no sean capaces de discernir la amistad del deber, a la vista está que no fueron capaces de denunciar a Jared por amenazas, por miedo a la mala prensa y porque fue su empleado. —Henry había sacado las uñas, no iba a permitir que ese hombre pusiera en tela de juicio las decisiones de su jefe—. Sin embargo, Campbell solo quiere llegar hasta el fondo de este asunto y meter entre rejas al que violó a su empleada, y si para eso tiene que arriesgar el prestigio y la credibilidad de su agencia, lo hace, lo ha hecho —sentenció—. Y ¿sabe usted por qué señor Hamilton? Porque Peter Campbell cree en sus empleados y sabe que somos los mejores —le dejó literalmente sin palabras—. Si se entera usted del paradero de Jared, le agradeceré que me informe, gracias por su tiempo. —Y, sin más, se levantó y se fue.

Una vez en la calle sacó el móvil para hacer una llamada y vio el mensaje de Sarah. Sonrió y respondió : «*Te veo en un rato preciosa. Te quiero*»

Henry abrió la puerta de su apartamento y al instante Sarah estaba entre sus brazos.

—Estaba muy preocupada por ti —le dijo separándose un poco y dándole un golpe en el hombro—. ¡No vuelvas a hacerme esto, Henry! —le amonestó.

—Siento haberte asustado, pero necesitaba salir de allí, las paredes del despacho se me caían encima, además he averiguado algo, vamos dentro. — Se sentaron en el sofá y él le explicó lo que Hamilton le había dicho.

—¿Un trastorno bipolar? —inquirió nerviosa—. Si alegan eso en un juicio, él quedará libre —dijo al borde del llanto.

—Eso no va a pasar, pagaré por lo que os ha hecho así tenga que matarle con mis propias manos Sarah —sentenció abrazándola—. He recordado algo.

—¿Qué?

—La noche de tu asalto —a él todavía le costaba llamar al hecho por su nombre—, Jared estaba de visita, me llamó y me dijo que tenía que contarme algo importante, fui a tomar unas cervezas con él.

—Sí, eso ya lo sabía y después de eso todo está negro en tu memoria.

—Me ha venido algo a la cabeza mientras conducía, es horrible —comentó y se tapó la cara con ambas manos.

—¿Qué Henry? ¿Qué te ha venido a la cabeza? —Él murmuraba cosas sin sentido—. ¡Henry! —le gritó—. ¡Habla claro! ¿Qué recordaste?

—Una conversación que tuve con Jared, él me decía que por qué estaba tan deprimido y yo le conté que las cosas entre nosotros iban mal, que habíamos vuelto a pelearnos en el trabajo y que cada pelea que teníamos te alejaba más de mí —confesó con los ojos vidriosos por las lágrimas—. Él me dijo que tenía que hacer algo... —Y, sin más, dejó volar su memoria de nuevo a aquella noche.

—*¡Vamos tío ten cojones!* —le apremió su amigo tomando un trago de su cerveza.

—*¿Qué quieres que haga Jared? ¿Rogarle? Eso nunca* —sentenció Henry.

—Pídele una cita, nunca te había visto ser tan indeciso con una mujer, ¡ni que fuera tan especial!

—Lo es, para mí lo es —le dijo—. Además, ella ya me ha rechazado una vez, no voy a darle la oportunidad de volver a hacerlo, ¿no está siempre reclamando igualdad? Pues sí quiere algo ahora que lo pida.

—¿Te rechazó?—cuestionó alzando las cejas—. ¿Cuándo?

—En Nueva York, hace dos años después de pasar la noche juntos.

—¡Será zorra! —exclamó—. ¿Te dejó tirado?

—No quería romper con su novio, aunque lo hizo.

—Desde mi punto de vista ella es tuya, amigo, ve y coge lo que es tuyo aunque ella no quiera

—¡Sí! Se lo merece, se ha pasado años volviéndome loco y ¿ahora me da la patada? Esa mujer es mía y lo será aunque tenga que obligarla.

—Estaba muy borracho, Sarah, sabes que no sería capaz de hacerte daño. — Se defendió al ver la mirada de ella.

—Lo sé —contestó acariciando su mejilla para secar las lágrimas, el sentimiento de culpa iba a matar a Henry—. Seguramente él decidió hacerlo por ti.

—Si podemos demostrar eso, aunque use su enfermedad no le servirá de nada.

—¿Cómo no has recordado esto antes?

—No lo sé. —De repente algo volvió a la cabeza del detective—. ¡Mierda! —exclamó—. ¡Me drogó! —sentenció.

—¿Te drogó? —cuestionó.

—Fui al baño, y al volver mi cerveza tenía un sabor extraño, Jared me dijo

que se había quejado al camarero y que este le había dicho que estaban sirviendo de una marca barata para ahorrar, pero a partir de ahí, ya no recuerdo nada más. —Esa información dio pie a que la privilegiada mente de Sarah se pusiera en marcha.

—Cuándo hicieron la prueba de ADN, ¿con qué cotejaron las muestras encontradas en mi cuerpo?

—Me pidieron una muestra, me dieron un palito de esos para saliva, como tú me habías acusado había que hacerlo.

—Llamaré a Jason para que se ponga en contacto con el hospital —sentenció poniéndose de pie de un salto—. Seguro que aún tienen la muestra y pueden ver si hay rastros de alguna droga en tu saliva, apuesto mis dos brazos a que también escondieron ese dato igual que las huellas. —Y, sin más, llamó a su amigo y le dio las indicaciones.

Henry la miraba desde el sofá y no podía evitar pesar en lo sexy que estaba cuando se ponía en plan profesional. Se mordió el labio y respiró hondo para tratar de controlar a su cuerpo pero ella estaba tan hermosa esa noche con el brillo de la determinación en sus ojos marrones que le resultaba muy complicado mantenerse alejado de ella.

—Ya está —dijo y se volvió hacia él—. ¿Por qué me miras así?

—Eres hermosa, decidida, valiente, leal, cualquier otra en tu lugar estaría llorando en una cama su desgracia y no querría tener cerca al hombre por el cual le han hecho daño.

—Te agradezco todos los cumplidos —dijo sonriendo y sentándose en su regazo—. Pero necesito que dejes de culparte, quiero que estés bien porque toda esta fachada de dura detective a veces cae, y entonces tengo ganas de meterme en la cama y solo llorar y tendrá que ser en esos momentos cuando tú estés ahí para abrazarme y decirme que todo saldrá bien. —Poco a poco se acercó a besarle—. Pero esto no podrás hacerlo si sigues sintiéndote mal. —Él solo asintió y ella volvió a besarle.

Los besos comenzaron a volverse más y más pasionales. Las manos de ambos

recorrían el cuerpo del otro. Henry se levantó con Sarah en brazos y la recostó sobre el sofá. Después se dejó caer sobre ella con cuidado para comenzar un camino de besos desde su cuello al inicio de su escote. Subió la camiseta de su prometida y acarició la piel de su abdomen depositando calientes besos.

Ella se sentía estremecer. Todo su ser, su alma y su cuerpo pedían a gritos más. Sarah dejó de pensar y se concentró tan solo en Henry y lo que el contacto de sus labios le hacía sentir. Pero entonces él se separó de ella para quitarse la chaqueta negra del traje de trabajo que aun llevaba puesta, se aflojó la corbata y cuando desabrochó la camisa ella comenzó a temblar de miedo

—No —gritó—. No puedo, lo siento, Henry, no, no quiero que me hagas daño —le suplicó llorando.

—Tranquila —dijo mientras trataba de abrazarla y se maldecía por haber vuelto a perder el control—. No va a pasar nada que no quieras, Sarah, mírame, te quiero y no voy a hacerte daño.

—Lo siento de verdad —susurró llorando en su hombro—. Quiero, te juro que quiero.

—Lo sé, shhh, ya está mi amor, ya está. —Y, sin más, la consoló hasta que ella se relajó lo suficiente para irse a casa.

Capítulo 27

Dos meses después, el gran día en la vida de Henry y Sarah había llegado por fin. Parecía mentira, pero en tan solo sesenta días habían conseguido organizar la boda.

La investigación seguía abierta, lo estaría hasta que encontrasen al culpable, pero ya no ocupaba el cien por cien del tiempo de los detectives, aunque quizás sí su pensamiento. Al menos el de Henry. En el laboratorio del hospital habían dicho que, en efecto, habían ocultado el verdadero resultado de sus pruebas de ADN; las que demostraban que él no violó a Sarah y en las que habían encontrado restos de una droga en su saliva, una que producía pérdidas parciales de memoria y síntomas parecidos a los de una borrachera, y cuyos efectos desaparecían en pocas horas.

El sonido del timbre trajo a Sarah de vuelta a la realidad, llevaba unas horas como en el limbo. Recordaba haberse levantado, haberse dado una ducha, y luego intentó desayunar mientras esperaba que su futura suegra y su dama de honor llegaran con la peluquera. Lo demás, era confuso, para cuando quiso darse cuenta estaba peinada y maquillada, lista para ponerse el vestido de novia.

—Un paquete para Sarah Boyle-Butler —informó el mensajero.

—¿Sarah Boyle-Butler? —cuestionó.

—Eso pone aquí, ¿es usted?

—No, mi nuera, enseguida sale. —Desapareció unos segundos y Sarah salió extrañada.

—Yo soy Sarah Boyle —informó.

—¿Butler?

— En unas horas sí... —dijo de forma enigmática, el joven decidió no

intentar entenderlo y le entregó una caja—. Gracias.

—¿Qué es? —preguntó Ángela intrigada.

—Apuesto a que es de mi hijo —sentenció Christine.

Sarah abrió la caja nerviosa, dentro encontró un folio escrito, la letra era la de Henry: «*Nada de cremalleras, ni trajes de chaqueta negros Sarah... ¿Te gusta el orden de los apellidos? ¿O prefieres Butler- Boyle? ¿Solo Butler?...Te quiero, H*». Al acabar de leer desdobló con cuidado un bonito camión de seda verde oscuro, largo y con generoso escote.

—¡Guau! ¡¡Es precioso!! —exclamó la pelirroja viendo cómo su amiga se emocionaba.

— Sí... mucho —dijo recordando su sesión con la terapeuta, por primera vez había llevado a Henry a una, pensaron que quizás les vendría bien antes de casarse saber por qué fracasaron sus intentos de intimar.

— *Todo iba bien, no lo entiendo, quiero que esto pase, mi cuerpo responde a sus caricias pero luego, algo me bloquea* —explicó alterada.

—*Tratemos de averiguar qué, contadme, ¿cómo fue la otra vez?* —preguntó y se dio cuenta de algo: Henry no le había contado a Sarah que había empezado a ir a terapia.

—*Me marché corriendo de la agencia porque no asimilaba que mi mejor amigo hubiera violado a Sarah, estuve caminando por ahí y ¿me estoy yendo por las ramas?* —cuestionó intentando que pareciera que era la primera vez que hacía algo así.

— *No, cualquier dato, por insignificante que parezca puede ser relevante, ¿qué pasó tras ese paseo?*

—*Cité a Henry en su casa porque no le localizaba y estaba nerviosa, después de un par de horas él me contestó que nos veíamos allí.*

—*Yo había ido a hablar con el jefe de Jared y había descubierto algo*

relevante para la investigación, fui a casa y esperé que Sarah llegase, se lo conté y... —Ella le interrumpió tomando la palabra.

—Yo le besé, me parecía que necesitaba del contacto entre nosotros, se sentía culpable y mal. — Tomó aire y continuó—. Él quería esperar un poco más, pero yo estaba dispuesta, así que tomé la iniciativa, le besé, nos besamos y me tumbó en el sofá.

—Todo parecía ir bien, intenté hacerla sentir segura con palabras bonitas, gestos cariñosos, no sé qué me dejé atrás, pero de repente lo vi —comentó dejando la frase en el aire.

—¿El qué?

—El pánico en sus ojos, otra vez, y dejé de besarla antes de que le diera una crisis.

—Yo estaba segura de que quería estar con él, pero mi mente parecía tener vida propia, no dejaba de ver las imágenes de lo que pasó, una y otra vez como una mala película y de repente ya no veía a Henry, y veía la cara el que me violó.

—Tranquila cielo —le dijo tomando su mano.

Catherine pensó un segundo y recapituló algo que Sarah había dicho.

—¿Tú fuiste directamente del trabajo al periódico y a tu casa? —Henry asintió—. ¿Te cambiaste de ropa?—Él negó con la cabeza—. Entonces llevabas puesto... —Ellos mismos la interrumpieron al unísono.

—¡El traje de chaqueta negro! —La doctora asintió.

—Como parte de su plan para involucrar a Henry, ese hombre llevaba un traje igual el día de la violación. —Con mucho esfuerzo y horas de terapia, Sarah por fin era capaz de poner nombre a lo que le había pasado.

De la misma forma que aquella vez en su casa te bloqueó el sonido de la cremallera, ahora ha sido la ropa de él. —Ambos se miraron, era posible.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó Ángela al notar a Sarah completamente ausente.

—Sí claro, ¿podemos darnos prisa? ¡Tengo que casarme!

En la puerta de la iglesia, un nervioso Henry se apresuró a abrir la puerta del coche en el que venía su madre.

Christine había elegido para la ocasión un vestido recto con un poco de escote tipo barco en color melocotón que la rejuvenecía muchísimo. Sin duda era una señora elegante.

—¡Mamá! Casi no llegáis —le amonestó y ella sonrió—. ¿Dónde está Sarah? —cuestionó.

—En su casa —dijo sin más la señora Butler.

—¿Todavía? Son... —Miró su muñeca y no encontró nada—. ¡Mierda, ella sabría decirme la hora! —exclamó, una de las manías que tenía su futura esposa era que jamás salía a la calle sin reloj.

—¡Henry, controla el vocabulario estamos en la puerta de la iglesia! —le recriminó mientras le colocaba la pajarita—. Estás guapísimo.

—Perdón —interrumpió—. Campbell acaba de recoger a Sarah en su apartamento, todo va según lo planeado, en doce minutos estarán aquí —informó Jason Mcnamara.

—¿Doce? —volvió a protestar.

—Será mejor que te tranquilices, amigo, o te dará un infarto antes de la boda.

—Es muy fácil hablar, Jason, quisiera verte a ti en mi situación —dijo y su amigo solo sonrió.

—Esperemos dentro, hijo —sugirió.

Tal como Jason había previsto, doce minutos después la limusina blanca que traía a la novia llegó y los primeros acordes de una suave melodía anunciaron su entrada a la iglesia.

Habían decidido que no querían la clásica marcha nupcial, así que escogieron la versión a piano de una canción que les traía a los dos bonitos recuerdos del fin de semana que pasaron juntos en la playa.

Henry se giró y sus ojos se clavaron en ella. Sarah avanzaba por el pasillo cogida del brazo de un sonriente Peter; delante, Nathan y Jon, los hijos de Ángela, hacían de pajes.

Cuando llegaron al altar y Sarah cambió el brazo de Campbell por el de Henry, este les dedicó unas palabras.

— Sed felices, os lo merecéis y, cuídala mucho, o te las verás conmigo —amenazó.

—A la orden, señor —respondió, se acercó a ella y besó su mejilla sin retirar el velo—. Estás preciosa, te amo.

—Yo también te amo y me gusta Boyle-Butler —dijo con una sonrisa.

—Pues así será.

—¿Empezamos? —inquirió el sacerdote un tanto molesto.

—Adelante, padre, discúlpenos.

—Queridos hermanos, estamos aquí reunidos para unir en sagrado matrimonio a Henry Butler y Sarah Boyle, ¿acuden los contrayentes libre y voluntariamente?

—Sí, acudimos —respondieron al unísono y sin una sombra de duda.

—Estamos viviendo un momento en que las parejas, se olvidan de lo que prometen en este altar, ante Dios, con tan solo cruzar esa puerta —comenzó—. Sé que vosotros dos habéis pasado por muchas vicisitudes para llegar hasta aquí, por eso espero que los votos que a continuación vais a brindaros el

uno al otro, permanezcan en vuestras mentes para siempre.—Los dos asintieron en silencio—. Henry, tú primero.

—Sarah, a lo largo de los últimos años has conseguido que me convierta en una persona nueva. Cada día, cada hora que pasábamos juntos iban haciendo que en mi se produjeran cambios que, si bien nadie más los notaba, yo sí. Conseguiste que me convirtiera en un hombre diferente, hiciste que me diera cuenta de que había en el mundo más personas, que no solo estaba yo. Te lo agradezco. Sé que hemos pasado mucho en este tiempo, sé que te he hecho daño en muchas ocasiones, solo espero que me perdones, y sigamos adelante juntos, sin volver a separarnos. Eres la primera y serás la última mujer a la que he amado de verdad, de corazón, nunca antes sentí por nadie más lo que siento por ti y ahora, ante nuestros amigos, me uno a ti, como tu marido pero sin dejar de ser tu amigo, siempre tendrás en mí a alguien con quien hablar, un hombro en el que llorar y a un hombre que te amará hasta el final de sus días. —Tras acabar le dedicó una de sus preciosas sonrisas mientras deslizaba la reluciente alianza de oro en su dedo y ella suspiró tratando de contener las lágrimas y buscando en su mente las palabras que había preparado para él.

—Sarah... es tu turno.

—Henry, tú mejor que nadie sabes que mi vida no ha sido precisamente un camino de rosas, desde niña han pasado cosas que me han hecho daño, cosas realmente malas que me llevaron a pensar que, en otra vida debí ser la peor persona del mundo y que el destino me lo estaba haciendo pagar en esta. Viví con esta idea en mi cabeza hasta el día en que te vi por primera vez en la agencia, con tu sonrisa arrogante y tus increíbles ojos azules. Después de estos largos años donde, como tú has dicho, hemos sufrido, y nos hemos hecho mucho daño, lo reconozco, yo tampoco he sido precisamente una santa, sé que tú eras lo bueno que Dios tenía reservado para mí, y lo supe desde aquella noche en que casi nos matan unos narcotraficantes locos. — Ninguno de los dos pudo contener la sonrisa—. Pienso que tuvimos que pasar por todo lo que pasamos, todo —recalcó las palabras—, para que el amor que hoy nos une sea tan fuerte y tan sólido. Hoy, ante nuestros amigos, me uno a ti, como tu mujer, tu amiga, y tu compañera, para siempre —sentenció y le puso el anillo.

—Por el poder que me ha sido otorgado, yo os declaro, marido y mujer,

puedes besar a la novia.

Henry se acercó a ella y retiró el velo hacia atrás, Sarah le dedicó una sonrisa como hacía tiempo que no lo hacía y él la besó con amor mientras todos los invitados estallaban en gritos y aplausos.

La fiesta estaba siendo todo un éxito. Habían organizado algo íntimo. En el restaurante con salón de baile, escogido por la madre de Henry, se contaban apenas cincuenta personas entre familiares y amigos.

Los recién casados abrieron el baile con la misma canción que había sonado cuando ella entró en la iglesia, sin dejar de mirarse a los ojos, bebiendo cada uno de la imagen del otro.

Sarah se había decidido por un vestido blanco, a pesar de que en principio no le gustaba la idea, se dejó llevar por el entusiasmo de su suegra, y llevó un traje de novia bastante clásico. Mientras que Henry se había puesto de esmoquin.

Mientras ellos bailaban ajenos a todo, en la pista de baile comenzaban a formarse más parejas, alguna de ellas bastante pintorescas.

—¿Me lanzará un torpedo su marido el comandante de la marina si la saco a bailar, señora Sims? —propuso Jason tendiendo una mano a una aburrida Ángela.

—Seguro que no, además, ¿el padrino y la dama de honor? —cuestionó—. Está obligado; de hecho, ha tardado mucho en hacerlo —dijo con una sonrisa mientras caminaban a la zona de baile.

—Despiste mío, tiene usted razón —se excusó bromista—. Pero nunca había sido padrino con una dama de honor casada, además, lo soy de rebote.

—Mejor nos tuteamos— le ofreció— ¿Por qué de rebote? Creía que eras unos de los mejores amigos de Henry.

—Uno de ellos sí, pero no el mejor, ese era Jared pero...—dejó la frase en el aire y Ángela no tardó en concluirla.

—¡Ese cabrón! —exclamó—. Les ha hecho mucho daño, espero que de verdad puedan superarlo.

—Estoy seguro, creo que no hay nada que esos dos no puedan resolver juntos —sentenció mirándoles hacerse arrumacos como si nada les importara.

Mientras, en otro punto de salón, un elegante Peter Campbell vestido también de esmoquin se acercó a donde una solitaria Catherine Sherwood se tomaba una copa de vino blanco.

—Buenas noches —saludó educadamente—. ¿Es usted la loquera? —preguntó escrutándola, parecía muy joven y sexy con aquel largo vestido negro ajustado a su cuerpo.

—Buenas noches, el término correcto es terapeuta, sí esa soy yo —informó con una sonrisa sintiendo algo extraño por aquel maduro, aunque terriblemente atractivo, hombre—. ¿Es usted el jefe?

—Peter Campbell. —Se presentó tendiéndole la mano—. Sí, ellos trabajan para mí.

—Y aun así le han elegido para la noble tarea de acompañar a la novia hasta el altar.

—Ellos son algo más que empleados, casi les he visto crecer, son como mis hijos.

—No creo que sea usted tan viejo como para tener hijos de la edad de Henry y Sarah, y no creo que sea tan fiero como pretende aparentar —dijo en su mejor tono de profesional hasta que se acercó a él y bromeó—. Esa frase de «son como mis hijos...» —calló unos segundos— le ha quedado bastante ñoña, o se siente solo y necesita una familia o realmente esa cara de jefe duro y malhumorado es únicamente fachada.

—¡Oiga! —protestó—. No me psicoanalice.

—¿Sin cobrar? —inquirió—. Tranquilo que no lo haré. —Y sonrió de una forma que hizo que mil mariposas aletearan en el estómago de Peter.

—Usted está tratando a mis dos mejores detectives, debe de ser muy buena.

—¿Sabe lo de Henry? —Peter se limitó a asentir—. Pensé que su terapia era secreto de estado.

—Mis empleados no me guardan secretos señorita...

—Sherwood, pero puede llamarme Catherine —dijo—. ¿En serio todos los detectives privados son tan arrogantes?

—Solo los mejores —sentenció y ella soltó una carcajada—. Lo que quiero decirle, es que, creo que parte del éxito de esos dos —informó señalando a la feliz pareja de recién casados— radica en que están un poco locos, así que no me los arregle usted demasiado, tengo grandes planes para ellos —informó tendiéndole una mano para invitarla a seguirle.

—A sus órdenes —respondió dejando la copa y tomando la mano que Peter le ofrecía como invitación a bailar con él.

Tras la fiesta, habiéndose despedido de todos sus invitados y después de haber lanzado el ramo que fue directo, cosas del destino o no, a las manos de Catherine, se marcharon al hotel donde pasarían la noche antes de partir a la luna de miel.

Sarah se había mostrado nerviosa durante todo el camino desde la fiesta hasta el hotel. Parecía que el vestido de repente la ahogaba.

—¿Estás bien? —Ella solo asintió.

Cuando llegaron al hotel, Henry la cogió en brazos y cruzaron el umbral de la puerta de la suite nupcial besándose, a simple vista eran un matrimonio normal.

Todo iba desarrollándose bien, Sarah se quitó el vestido y se puso el sugerente camisón que su marido le había regalado esa misma mañana.

Henry la devoraba con la mirada, intentando controlarse para no asustarla. Se acercó a ella y la besó. Primero un beso tierno que se tornó en pasional en

cuanto ella separó los labios y sus lenguas se encontraron en un baile frenético.

Las manos de Henry se movían por todo el cuerpo de su esposa sobre la fina seda verde. Poco a poco deslizó los tirantes haciendo que la finísima pieza se deslizara por el cuerpo de Sarah hasta el suelo, ella le miró a los ojos y desabrochó uno a uno los botones de su camisa sin dejar apartar su mirada de la de Henry.

Todo iba perfecto, estaba convencida de que esta iba a ser por fin la noche en que se entregara a Henry en cuerpo y alma.

Pero de repente, otra vez el miedo se apoderó de su mente. Siempre era el mismo debate entre su cabeza, su cuerpo y su corazón, los dos últimos se morían por dejar que Henry la hiciera suya por fin, pero Sarah siempre fue una mujer racional, aunque en esta ocasión no estaba dispuesta a dejarse vencer por el temor.

Sin saber cómo se encontró en la cama tumbada con su marido sobre ella besando cada poro de su piel desnuda. El contacto de los labios de Henry cerca de su ombligo la hizo temblar de puro placer, su cuerpo necesitaba a ese hombre, necesitaba dar ese paso con él, así que, decidió cerrar los ojos y tratar de no pensar.

Autocontrol, esa era la palabra, debía controlar el miedo y dejar a sus otras emociones tomar el mando.

Henry levantó la cabeza un momento, tras permitir a su lengua jugar con el ombligo de su esposa. Lo que vio le desconcertó.

Sarah permanecía con los ojos cerrados y parecía estar a miles de kilómetros de allí, tanto, que tuvo que llamarla dos veces para hacerla reaccionar.

—¡¡Sarah!! ¡¡Sarah!! —gritó.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¿Has acabado ya? —preguntó des-concertada.

—¿Acabado de qué? —cuestionó confuso.

—¿Cómo que de qué? ¿Qué se supone que estamos haciendo? —inquirió.

—Querrás decir estoy, porque tú parecías estar muy lejos de aquí.

—Henry, te amo, y te prometo que quiero que esto pase, en serio, lo estaba consiguiendo, controlar el miedo, frenar mi mente y dejar actuar a mi cuerpo, ¿por qué has parado?

—Tal vez porque quiero hacer el amor con mi mujer y no con un trozo de carne —contestó nervioso y suspiró hondo para relajarse—. Sarah, quiero que esto sea especial para los dos, no quiero que te tumbes ahí, cierres los ojos y me dejes hacer, quiero tus manos y tus labios recorriendo mi piel, quiero sentir tus besos mientras te hago mía, quiero...¡un chupetón en el cuello y arañazos en la espalda! Quiero que disfrutes.

—Pero cariño, yo... —comenzó a hablar hasta que él la interrumpió.

—Tú no estás preparada para seguir adelante, por un momento me he sentido como uno de esos señores feudales de las novelas románticas que deben acostarse con pobres vírgenes a las que ni si quiera conocen solo porque sus padres se las han entregado en matrimonio. —Sarah no pudo evitar una sonrisa—. Así no, cielo, así el que no puede soy yo, he tenido demasiadas relaciones en mi vida donde solo era sexo, la satisfacción de los instintos humanos, no quiero que sea así contigo.

—Soy tu esposa, es mi deber —apostilló sintiéndose mal.

—No quiero que lo sea, mi vida, quiero que sea un placer para ti también.

—¿Qué haremos? —preguntó, sabía que cuando Henry tomaba una postura era complicado sacarle de ahí.

—Esperar supongo, tarde o temprano estarás bien, y ahora necesito una ducha.

—Espero que sea más temprano que tarde, por ti y por mí y porque las duchas de agua fría en San Francisco en invierno no creo que sean buenas para la salud. — Ahora fue él quien no pudo reprimir la risa—. Te quiero, te

quiero mucho, por favor no lo olvides.

—Y yo a ti, mi amor. —La besó en los labios y se fue a la ducha sin imaginar que ella le seguiría.

Mientras dejaba el agua helada correr por sus definidos músculos, mantenía los ojos cerrados, imaginando que eran las manos de Sarah y no las suyas las que recorrían su cuerpo. Esto ya lo había hecho otras veces después de un intento fallido de intimar con su ahora esposa, pero esta vez la sensación era mucho más vívida, tan intensa que tuvo que abrir los ojos y lo que vio le sorprendió.

—¿Sarah, qué haces? —preguntó con la voz ronca de pasión.

—Intentar algo, déjame al menos tocarte, quiero que los buenos recuerdos de nuestra noche juntos sustituyan a los malos de lo que me pasó, solo así conseguiré entregarme a ti, permíteme que recuerde tu cuerpo.

—¡No! —gritó—. Ya te he dicho que no debes hacer nada, que esperaremos.
—Estaba nervioso, realmente histérico.

—No lo hago por deber, quiero hacerlo Henry, de verdad quiero. —Y, sin más, tomó su boca en un beso devastador que hizo que a él le temblaran las piernas e hizo quebrar su fuerza de voluntad. ¿Ella quería tocarlo? ¡Pues adelante!

La ducha se hizo más intensa a media que Sarah redescubría el cuerpo de Henry y posteriormente él volvía a tocar íntimamente el de ella. No llegaron a consumar del todo el acto sexual, pero no les importó, habían dado un paso de gigante y eso fue suficiente para los dos, al menos por el momento.

Durante el resto de la luna de miel, hablaron, hicieron submarinismo, piragüismo, senderismo y exploraron su sexualidad hasta donde ella podía, cualquiera que los viera no dudaría que fueran un matrimonio completamente unido aunque, de momento, esa unión fuera tan solo espiritual.

Capítulo 28

Después de la luna de miel, Sarah y Henry se habían mudado a una casa de dos plantas en un bonito barrio residencial. A los dos les apetecía tener una vida tranquila e incluso querían, en un futuro, tener hijos. Por eso prefirieron un lugar así en vez de un apartamento en el centro.

En la primera planta, había un salón comedor con una gran mesa ovalada de roble marrón y cuatro sillas a juego. Un arco lo separaba de la zona donde estaban los sofás. Un tresillo en forma de ele de un elegante color vino, una mesita de cristal y un mueble de escayola donde estaba la televisión; enfrente, separada del resto por una amplia barra americana, tenían una cocina amueblada en tonos turquesa y blanco y equipada con electrodomésticos de alta gama. Lástima que fueran a darle tan poco uso, ninguno de los dos era muy aficionado a cocinar.

En la segunda planta, se encontraban su dormitorio, con un balcón con vistas al jardín, su propio aseo, que conectaba por una puerta interior con el vestidor. Este había sido un capricho que Henry había concedido a su esposa en detrimento de un despacho para cada uno. Compartirían zona de trabajo, donde había dos escritorios con sus respectivos portátiles, a cambio de que Sarah tuviera un enorme vestidor. Un baño, equipado con una bañera con hidromasajes y dos habitaciones más, componían el resto de la vivienda.

Sarah sabía que la familia de Henry tenía un nivel económico alto. Lo supo cuando estuvo en casa de su madre en California. A pesar de eso, nunca había visto, ni oído a su marido, hacer gala de ser rico. Y eso que era bastante arrogante. No tenía grandes lujos, conducía un coche normal y hasta ahora había vivido en un piso de alquiler igual que ella. Sin embargo, a la hora de comprar y amueblar su casa nueva, Henry no había escatimado en gastos.

Después de pelearse mucho, habían puesto la hipoteca y todos los gastos del domicilio conyugal a nombre de ambos y se habían casado en régimen de separación de bienes. «Cada uno con lo suyo, o no hay boda» había

sentenciado Sarah y él no tuvo más remedio que respetar su decisión. De todas formas, él pensaba seguir viviendo como siempre y solo había tirado del dinero que guardaba para la casa, a partir de ahora, pagaría las facturas y demás gastos de su día a día con su sueldo.

Hacía dos días que habían vuelto de la luna de miel y estaban en el salón tranquilos, disfrutando de su compañía mientras revisaban unos informes que les había enviado Peter para que se pusieran al día con los casos antes de reincorporarse al trabajo.

Aún estaba en el aire el tema de Jared. No le habían localizado, pero Campbell decidió que no podía tener a tres de sus detectives bloqueados a la espera de dar con él. Seguirían adelante con su vida y con su trabajo mientras conseguían más pistas o cualquier otra forma de dar con ese hombre.

—Voy a por algo de beber —dijo Sarah levantándose—. Tengo sed y necesito estirar las piernas, ¿quieres algo cariño? —preguntó mimosa mientras acariciaba el pelo negro de Henry.

—Un zumo estará bien —contestó y levantó la cabeza pidiéndole un beso.

Tan enfrascado estaba en sus pensamientos que no escuchó la puerta abrirse, ni tampoco los pasos a su espalda; alguien le asestó un golpe en la cabeza dejándole inconsciente sobre el sofá.

—¡Henry!— gritó al verle sin conocimiento soltando los vasos que llevaba en la mano.

—Cuidado, Sarah, no te cortes —le dijo una voz fría desde el otro lado del salón.

—¡Jared! —exclamó sintiendo cómo el miedo se apoderaba de su cuerpo.

—¡Sorpresa!

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres? —preguntó nerviosa.

—A ti, eso es lo que quiero, he venido a buscar lo que es mío —respondió con los ojos inyectados de odio, levantó la mano y le dio un golpe que la hizo

caer en el suelo.

—¡Yo nunca he sido tuya, Jared! —le gritó a pesar del miedo que sentía.

—¿Cómo que no? ¿Y lo que pasó en Nueva York qué? ¿Ya lo has olvidado? ¿Y quién es ese Jared? —le dijo mientras le apuntaba con la pistola—. ¿Con quién me engañas ahora, zorra?

—¡Jamás ha pasado nada entre nosotros! —En ese momento recordó lo que habían descubierto sobre sus desdoblamientos de personalidad—. ¡Tú no eres Henry! —acusó tratando de moverse, pero el peso de él era demasiado.

—¡Claro que no lo soy! —exclamó y en ese momento Sarah pudo notar cómo el semblante de su cara cambió, realmente parecía otra persona—. Pero soy su mejor amigo y no podía permitir que te salieras con la tuya, tú y todas esas brujas calienta braguetas que nos usan y nos dejan tirados.

—No eres nadie para juzgarnos, estás loco.

—¡Maldita seas, Sarah! —Su cara cambió de nuevo—. Pensé que te había dejado claro aquella noche que tú solo serás mía. —Y, sin más, se lanzó sobre sus labios besándola bruscamente mientras ella pateaba tratando de escapar.

—¡No, por favor, no me hagas daño! —rogó. De repente todas las imágenes de la noche de la violación volvieron a su mente. Fue él, ahora lo recordaba todo. Podía escuchar claramente el sonido de su voz susurrándole al oído que la quería, que hacía todo eso porque la amaba y ella le había rechazado. Pensó en Henry, le miró y vio que continuaba inconsciente—. ¡Henry! —gritó mientras su agresor inmovilizaba sus manos sobre su cabeza.

—Él no va a salvarte, Sarah, no lo hará como no lo hizo la vez anterior, ¿sabes? —le dijo para molestarla aún más mientras le desabrochaba los botones delanteros del vestido—. A él no le importa lo que te haga, quiere que sufras como sufrió él cuando le dejaste tirado.

—¡Eso no es verdad!— No sabía de dónde sacaba las fuerzas para gritar.

—Aquella noche, pude hacer de ti lo que me dio la gana, igual que con todas esas mujeres después. Me imaginaba que eras tú, las busqué a todas parecidas a ti, y todas ellas bailaron conmigo, me besaron con lengua y nos toqueteamos hasta que las muy zorras decían: «yo no soy así, no voy a acostarme contigo porque te acabo de conocer» —dijo imitando un tono de voz de mujer—. ¡Ja! Pues vaya si lo hicieron. —Pensó algo y continuó—. ¿Y tu pobre novio? Te acostaste conmigo estando prometida ¡por el amor de Dios! Se te pone un hombre a tiro y caes —le acusó de nuevo creyéndose Henry.

—Yo no le engañé con el primero que se me puso a tiro, ha habido algo entre Henry y yo desde que nos conocimos, siento muchísimo lo que pasó, siento haberme dejado llevar por mis sentimientos hacia él cuando estaba con alguien, lo siento, pero por favor, no me hagas daño otra vez y llama a una ambulancia, no querrás añadir un asesinato a tu lista de delitos.

—¿Uno? Querrás decir dos mi amor, voy a acabar con los dos, vosotros me habéis destrozado la vida, te violé porque él no era capaz de hacer nada en tu contra, ni reclamarte nada, ¡si pretendía pedirte una oportunidad! —Eso ella no lo sabía, no tenía ni idea de que Henry pensara pedirle nada—. ¡Calzonazos! —gritó mirando hacia donde su amigo seguía sin conocimiento—. Y ¿por qué demonios no está en la cárcel?

—Porque él no hizo nada malo... tú pretendiste inculparle, pero todos sabíamos que Henry no me haría daño.

—Claro que no, no tiene cojones.

—Eres un maldito rastro, no eres ni la mitad de hombre que Henry, te crees tan machito porque nos violaste pero, ¿sabes qué? Eso es de cobardes.

—¡Fue culpa vuestra! —se defendió—. Ahora ya me da todo igual, os mataré a los dos y me suicidaré después, pero antes, tú desencadenaste el efecto y tienes que ser la última. —Dejando las palabras en el aire comenzó a besarla bruscamente de nuevo, como aquella horrible noche.

Ella sintió la debilidad apoderarse de su cuerpo, siempre había sido una mujer capaz de defenderse pero, en ese momento, su cerebro la traicionó y de su

garganta ya no salían más gritos.

Sarah cerró los ojos aceptando su cruel destino cuando de repente sus repugnantes besos cesaron y notó un peso sobre su cuerpo. Abrió los ojos temerosa y le vio caer sobre ella. Al momento notó que el peso aflojaba y unas cálidas manos acariciaban su rostro.

—¿Estás bien? —La voz de su marido era un bálsamo para ella.

—¡Henry! ¡Dios mío he pasado un miedo horrible, creí que te había matado!
—exclamó echando los brazos a su cuello para abrazarle.

—Y yo temía haber llegado tarde otra vez. ¿Estás bien verdad?

—Si... ¡Henry, CUIDADO! —gritó al volver a ver a Jared tras él, en esta ocasión pistola en mano.

—Os mataré, a los dos —sentenció apuntando directamente a la cabeza de Henry; al verle amenazado, Sarah sintió recorrer su cuerpo una fuerza que hacía mucho tiempo que no sentía.

Se lanzó contra su agresor y forcejeó con él, y el rostro de Henry se descompuso al oír un disparo.

—¡Sarah, NOO! —gritó quitando una vez más el cuerpo de Kensington de encima de ella. Vio su ropa teñida de sangre y la suya propia se heló en las venas—. Dime algo, mi amor, Sarah, por favor, no me dejes. —Tan alterado estaba que no se dio cuenta de que Jared no se había movido del suelo hasta que la voz de su mujer le hizo reaccionar.

—Estoy bien Henry, no estoy herida —dijo con un hilo de voz.

—¿Y toda esta sangre? —cuestionó al borde del infarto.

—Suya —dijo señalándole. Henry la abrazó inmediatamente sin tener nada en cuenta, solo pensando en su deseo de sentirla—. ¡¡SUÉLTAME!! —gritó, de repente volvía a sentirse amenazada.

—Lo siento, no te asustes. Soy yo, mírame. —Sarah parecía haber entrado en

shock.

—Le maté —decía sin tener mucha conciencia de sus palabras—. Él me hizo daño y le maté. —Sarah tenía los ojos desorbitados y temblaba de miedo y ansiedad.

—Fue un accidente, la pistola se disparó, era él o tú, tranquila todo estará bien —le hablaba calmadamente para no asustarla más—. Voy a llamar a emergencias y a la policía, trata de estar tranquila.

La policía interrogó a Sarah que, declaró todo lo que Jared le había dicho a pesar de su estado de nervios, y después el médico de la ambulancia le administró un sedante suave.

—Hay una cosa que aún no entiendo —dijo Jason. Él y Peter habían llegado a la casa hacía menos de media hora, al igual que Ángela. Estaban todos sentados en la terraza mientras la pelirroja ayudaba a Sarah a darse una ducha y cambiarse de ropa.

—¿El qué?— preguntó Henry taciturno.

—¿Por qué manipuló las pruebas para que tú parecieras el culpable? ¿Qué tenía en tu contra?

—Al parecer, en su desdoblamiento de la personalidad se creía yo —explicó lo que Catherine le había dicho minutos antes por teléfono cuando él le había hecho la misma pregunta—. Realmente hay un rollo psicológico que no entiendo, pero la terapeuta dice que lo haría como una forma de ratificar su falsa identidad, no porque realmente tuviera nada en mi contra.

—¿Sabes qué vais a hacer ahora? —preguntó Peter, al que la sola mención de Catherine había sacado una sonrisa, para evitar que sus empleados se dieran cuenta—. No es fácil superar el hecho de matar a un hombre, Henry, aunque sea en defensa propia, y Sarah estaba empezando a recuperarse de la violación, ¿cómo crees que asimilará esto?

—No tengo ni idea, por eso llamé a la doctora Sherwood, dice que llamará a Sarah para convocarla a terapia en unos días, ella sabrá cómo ayudarla, pero,

mientras tanto, me la voy a llevar a casa de mi madre unos días, pasaremos la noche en casa de Ángela y nos iremos mañana —informó—. Pagaré para que nos limpien y redecoren si es necesario el salón y que a nuestra vuelta nada le recuerde a lo que pasó aquí.

—Es una buena idea, creo que después de este caso todos necesitamos unas vacaciones —sugirió Jason.

—¿Sabe qué, Mcnamara? —cuestionó el jefe—. Que usted tiene razón, Henry y Sarah tienen que volver a relajarse después del encontronazo con ese canalla y usted también se merece unos días para —dejó las palabras en el aire unos segundos—... hacer lo que quiera que haga cuando tiene vacaciones, no sé, ¿visitar a su madre?

—Por ejemplo —respondió con una sonrisa pensando en que por fin iba a poder hacer algo con Julie, le propondría un día al aire libre.

—Pues queda dicho, les espero en la oficina a los tres en una semana, salvo que Sarah necesite más tiempo.

—Gracias, Peter —dijo Henry con una sonrisa.

Después de pasar la noche en casa de Ángela con Sarah aferrada a él de nuevo muerta de miedo con pesadillas, Henry condujo hasta el aeropuerto y tomaron el avión para ir a California.

Christine les esperaba en el porche delantero y, cuando quiso darse cuenta, tenía a su nuera entre sus brazos llorando desconsolada.

—Le maté —decía entre sollozos—. Maté a un hombre, porque él quería hacernos daño, yo solo protegía a Henry.

—Lo sé cariño, no has hecho nada malo, ya está, solo te defendiste —le decía con voz calmada.

—Ya está, Sarah— dijo Henry—. Ya hemos hablado de eso, no sigas dándole vueltas —espetó y su madre tuvo la sensación de que empezaba a perder la

paciencia.

—Cielo, tienes que estar tranquilo, vamos dentro —les dijo—. Hija, ¿quieres recostarte un rato? Te he preparado tu habitación.

—Sí, estoy agotada —aceptó y subió la escalera.

—¿Qué demonios te pasa, Henry? —le reprochó—. ¿A qué ha venido ese tono?

—Estoy cansado, mamá, no hemos dormido en toda la noche y el viaje ha sido largo, esto ha hecho que Sarah dé tres pasos para atrás en su recuperación psicológica y ya no sé qué hacer.

—Tener paciencia, apoyarla, ¿seguirá yendo a su terapia verdad? —Él asintió—. Pues deja que su terapeuta le diga cómo tiene que hacer las cosas, ella va a salir de esto, tú solo límitate a ser su marido, sé cariñoso y mímalala.

—Tienes razón, voy a subir a ver si necesita algo.

—Ahora no, déjala dormir y échate también tú una siesta —le sugirió.

—Gracias, mamá.

Henry se quedó dormido boca abajo sobre la arena. Había preferido tumbarse en la playa antes que en una de las camas. El sol relajaba sus músculos y el sonido del mar lo hacía con sus pensamientos.

Se despertó al notar un peso sobre su espalda y unas manos frías tocando su piel caliente.

—Bienvenido al mundo de los despiertos, Bello Durmiente. —La voz de Sarah le hizo sentir una descarga eléctrica por todo el cuerpo.

—Lo mismo digo, Bella Durmiente —respondió sonriente—. ¿Me dejas que me gire para verte?

—No —respondió tajante—. Quédate así un rato, déjame sentirte unos minutos. —Y, sin más, comenzó a besar la piel de su espalda, haciendo que se erizara en cada punto donde su lengua jugaba con él, mientras sus manos le acariciaban—. Eres tan fuerte, me encantan tus músculos, adoro tu cuerpo y podría perderme en él durante horas.

—¿Y por qué no lo haces? —preguntó tratando de mantener el control, las ganas de girarse con ella hasta hacerla quedar bajo su cuerpo iban en aumento a cada roce de la piel de su amada en la suya.

—Tengo miedo Henry, todavía tengo terror a dejar que poseas mi cuerpo.

—Y yo lo tengo a hacerte sentir forzada, ¿cómo vamos a solucionar esto, Sarah? —dijo y la agarró para tumbarla en la arena y quedarse sobre ella—. ¿Cómo sé que un mero gesto como este no va a provocarte un ataque de pánico? —Ella no respondió.

Los dos se quedaron mirándose, perdidos en los ojos del otro. A Sarah los azules de Henry le recordaban al mar, un mar en el que no le importaba ahogarse, un mar que en estos momentos parecía embravecido. A Henry los marrones de Sarah le recordaban al cálido chocolate, dulce, adictivo.

Ella levantó la cabeza y tomó sus labios en un beso que denotaba hambre. Ansiedad por él, por todo aquello que le ofrecía y que ella quería, pero sentía que no podía aceptar, todavía no.

—Vamos a darnos un baño —sugirió Henry levantándose y tendiéndole la mano.

—Será lo mejor —aceptó humedeciéndose los labios.

—No hagas eso, por favor. —Y, sin más, corrió hacia el agua—. ¡Tonto el último!

Esa noche, mientras Henry se duchaba para ir a cenar fuera, Sarah escribió en su diario.

Los besos de Henry se hicieron más y más calientes. Penetraba mi boca con

su lengua y hacía que la mía quisiera colarse en la suya sin miramientos. Su peso sobre mi cuerpo, lejos de parecerme una carga, me resultaba tan excitante como lo estaba siendo notar cómo su masculinidad crecía contra mi cadera.

Abandonó mis labios, por los que no pude evitar pasar la lengua para captar el dulce sabor que había quedado en ellos, para besar mi cuello. Se detuvo en ese punto que había descubierto que me volvía loca, tanto que creo que me dejó una marca.

Continúo descendiendo hasta llegar a mis pechos y jugueteó con mis pezones haciéndome sentir un placer que desde hacía mucho tiempo me tenía prohibido.

Sus manos volaron rápidas hasta colarse por el elástico de mi bikini y sus dedos se adentraron magistralmente en mí. Me retorció de placer y necesitaba más. Le necesitaba a él.

—Hazlo. —Cerré los ojos un instante y...

—¡NO! —gritó y se tapó la boca deseando que Henry no le hubiera oído—. Mierda —se dijo con la respiración agitada. ¿Es que ni en sus fantasías iba a poder culminar?

Ella había avanzado mucho, había permitido que Henry la tocara íntimamente varias veces, incluso que le practicara sexo oral, pero ¿llegar al momento en el que él la hacía suya? Le daba terror.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó saliendo del baño con nada más que la toalla azul oscuro en torno a su cuerpo.

—¡Lo que me faltaba! —exclamó al verlo—. Sí, tranquilo, solo estaba pensando, me doy una ducha rápida y nos vamos, ¿vale? —cuestionó metiéndose en el baño tan rápido que él no tuvo tiempo de contestar.

—¿Pero tú no te habías duchado antes? —dijo a la nada.

Durante toda la semana se dedicaron a hacer justo lo que habían ido a hacer allí: descansar. Dormían hasta tarde, se pasaban el día en la playa, salían a cenar y exploraban sus cuerpos hasta donde Sarah se sentía capaz.

Capítulo 29

Había pasado ya casi un año desde la pesadilla de la violación. Una vez concluidos los informes a la policía y recién llegados de sus vacaciones, Henry y Sarah retomaron el pulso normal de sus vidas acostumbrándose a una rutina cómoda con la que, por el momento, los dos eran felices.

Se tenían el uno al otro y Sarah avanzaba en su recuperación a pasos agigantados, aun así, el proceso de terapia por haberse enfrentado cara a cara con su violador y haberle matado, fue duro y no solo para ella.

Henry comenzó a ausentarse de casa cada vez con más frecuencia y Sarah comenzaba a estar intranquila. ¿Y si él tenía una amante? Su intuición de detective se activó y comenzó a ver indicios de infidelidad por todas partes: contraseñas en el móvil y el ordenador, salidas a horas extrañas.

—Te digo que se ha buscado a alguien —le dijo a Ángela, paseando nerviosa por el salón de su casa.

—Sarah, tranquila. ¿Realmente piensas que después de todo por lo que habéis pasado él haría algo así? —Ella asintió—. Yo creo que no, Henry te quiere más que a nada.

—¡No seas ilusa, Angie! —le espetó—. El amor no lo es todo, los hombres tienen necesidades, no me extrañaría que se haya ido a buscar en otra lo que yo no le doy.

—Pienso que te equivocas, pero es tu marido, tú le conoces mejor, ¿por qué no le preguntas?

—¿Para que encima me mienta? ¿Para que me diga que no cuando yo sé que sí?

—¡Dale al menos la oportunidad de explicarse! —le dijo.

—Cerdo rastrero mentiroso.

—Te has montado una película tú sola y no hay quien te la saque de la cabezota —comentó molesta—. Mira, tú dices que el amor no lo es todo en una pareja, vale, en eso estoy de acuerdo, también existe el respeto, la tolerancia y la confianza. —Sarah la miró con los ojos llenos de lágrimas—. Thomas y yo pasamos largas temporadas separados, y sí, él tiene necesidades y yo también, pero eso no significa que piense que va tirándose a todas las oficiales que se le ponen por delante o que él crea que yo me lo monto con el cartero o el profe de los niños, confiamos el uno en el otro y en nuestro matrimonio.

—Pero es diferente.

—¿En qué? —cuestionó.

—Cuando él viene, tú le cumples —expuso y su amiga no tuvo más opción que darle la razón.

—Habla con Henry.

Sarah salió de casa de su amiga unas horas después, aún nerviosa. Necesitaba hablar con Catherine, así que la llamó y la terapeuta le dijo que estaba con un paciente, pero que podía hacerle un hueco en media hora.

Mientras conducía hasta la consulta no pudo evitar recordar la primera sesión que había tenido con ella después de matar a Jared.

—*He matado a un hombre —sentenció nada más poner un pie en la consulta.*

—*Vaya —exclamó Catherine invitándola a sentarse—. Empieza fuerte la sesión de hoy.*

—*¿Para qué andarse por las ramas? —preguntó irónica—. Superar los traumas enfrentándose a ellos y llamando a las cosas por su nombre, repitió de memoria—. Esas son sus reglas.*

—*Sí, Sarah, pero no creo que tu actitud sea la adecuada.*

—¿Por qué no? ¿Recuerda lo mucho que me costó decir «me violaron» o «aborté porque no quería al bebé del hijo de puta que me violó»? Esto no me ha costado nada, ¿quiere que se lo repita usando las palabras prohibidas?— cuestionó con chulería—. Maté al cabrón que me dejó embarazada por violarme. —Y, sin más, se dejó caer en el sillón frente al escritorio de la terapeuta que la miraba alucinada.

—Una vez dicho eso, ¿te sientes mejor?

—¿Cómo voy a sentirme mejor? ¡No ha hecho nada!

—¿Yo? ¿Y qué tengo que hacer yo?—cuestionó.

—Usted es la loquera, su trabajo es ayudarme.

—Exacto, ayudarte, pero si no pones nada de tú parte no puedo hacerlo, esto no va así, no es como si pudiera sacar una varita mágica y de golpe, ¡pum!, «abracadabra» y Sarah está curada. Yo te doy las herramientas, te siento algunas bases y tú debes hacer el resto, ¿qué estás haciendo tú? Nada, solo siendo irónica y estando a la defensiva conmigo, otra vez —le dijo, sabía que la detective era de esas pacientes que reaccionaban mejor si se sentían atacadas.

—No sé qué hacer —reconoció con la voz llorosa.

—Respira hondo, Sarah y empecemos de nuevo. —Ella le hizo caso—. Entonces, estás hoy aquí porque te enfrentaste a tu violador, eso es muy bueno, tuviste el valor para hacerlo.

—No me quedó otra opción —repuso.

—Cuéntame cómo fue. —Durante un rato Sarah le contó con pelos y señales todo lo que había pasado en su casa semanas atrás—. Fuiste realmente muy valiente, podías haber elegido darle una patada y salir corriendo a la calle a por ayuda.

—¿Y dejar allí a Henry inconsciente con ese monstruo? No, jamás haría eso.

—Entonces, ¿lo hiciste por proteger a tu marido? Eso lo hace aún más

loable por tu parte.

—Pero le maté, no quería hacerlo, pero la pistola se disparó.

—Y podías haber sido tú la que acabara muerta, fue un accidente, un acto de legítima defensa propia, o de lo contrario te juzgarían por asesinato.

—Lo sé, pero eso no impide que... —Dejó la frase en el aire.

—¿Qué, Sarah? Dime cómo te sientes, en definiciones cortas.

—Indigna —contestó y tras unos segundos, siguió—: Sucia, aún me miro y veo mis manos y mi ropa llena de sangre.

—¿Indigna para qué?

—Para Henry, para mis amigos, soy una vergüenza para mi jefe, en la agencia de detectives de Peter Campbell no nos tomamos la justicia por nuestra mano —recitó de memoria y Catherine notó esa sensación de aleteo en el estómago cuando escuchó el nombre de Peter.

—Tú no te has tomado la justicia por tu mano, te defendiste, que no es lo mismo, y en cuanto a Henry, ¿él qué dice?

—Lo mismo que todo el mundo, que fue en defensa propia, que era él o yo, pero sé que es un hombre maravilloso y merece una mujer a su altura, no una asesina traumatizada que ni siquiera puede responderle como esposa.

—Estás siendo muy dura contigo misma, he leído el diario, empiezas a confiar en él en el terreno sexual, quieres que pase.

—Pero cuando llega el momento le detengo, el pobre debe estar harto de las duchas de agua fría —repuso con una sonrisa triste sintiéndose algo mejor.

—Mientras no se queje— respondió—. Poco a poco iremos trabajando para superar ese sentimiento de culpa que tienes por haber matado a ese hombre, lo otro es cuestión de tiempo, estoy segura.

—Gracias —contestó.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que llegó hasta el edificio de la consulta de manera automática, sin darse cuenta. Seguía perdida en todo lo que Catherine había dicho hasta que vio a alguien salir de allí: ¿Henry? ¿Qué hacía él en la consulta de la terapeuta?

—No puede ser —exclamó y puso el coche en marcha para irse, mandó un mensaje a Catherine, canceló la cita y condujo hasta su casa.

Henry llegó a su casa después de haber ido a tomar algo con Jason para relajarse un poco. Las sesiones con Catherine siempre le daban dolor de cabeza, una charla con su amigo y una cerveza, y estaría como nuevo. Abrió la puerta y la llamó a voz en grito.

—¡¡SARAH!! —No obtuvo respuesta, consultó la hora, debía estar ahí, pero la había llamado cinco veces y no contestaba ni al móvil, ni al teléfono de casa—. ¡¡Sarah!! —De repente ella bajó la escalera hecha una furia, en ese momento no se podría decir quién de los dos estaba más enfadado. Esa misma mañana habían tenido una discusión en la oficina y él todavía estaba cabreado por la falta de profesionalidad que había demostrado ella ante un caso que llevaban juntos.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

—¿Dónde estabas? —cuestionó—. Te he llamado mil veces.

—En casa de Ángela —le respondió—. ¿No tenías un misterioso caso que investigar solo?

—He acabado rápido, era una tontería y después te fui a buscar y no estabas en la agencia —le explicó tratando de serenarse, pero las vibraciones que percibía de ella le hacían estar alerta—. ¿Qué tal con el médico? —preguntó al recordar que en medio de alguna de sus continuas peleas ella había dicho que tenía cita en el hospital para una revisión sin importancia.

—Bien. —Su respuesta fue tajante—. He visto a la doctora Matthew —informó.

—No sabía que la cita era con ella, pensé que sería algo rutinario. — Estupendo, ahora ni siquiera le contaba sus citas con la doctora.

—¿Te hubiera gustado venir? —Su tono de voz no pasó desapercibido para Henry—. Es muy guapa ¿verdad? Aunque no tanto como la terapeuta, ¡ella sí que es un bombón!

—No más que tú, ¿qué te pasa? ¿Estás bien? ¿Qué te dijo? —De repente toda su ira se convirtió en miedo.

—Todo está bien, no me quedan secuelas físicas después de la violación y el aborto, me han hecho una ecografía y dice que mi útero está completamente recuperado de las lesiones, que puedo quedarme embarazada en cualquier momento. —A pesar del enfado no pudo evitar sonreír ante ese pensamiento.

—Pues como no lo hagamos por telepatía... —La frase se escapó de sus labios sin poder evitarlo y se arrepintió enseguida—. Lo siento, no estuvo bien.

—No, no lo estuvo, pero ¿quién sabe? A lo mejor tienes más suerte con Catherine. —Ya no podía soportarlo más, tenía que saberlo.

—¿Quién es Catherine? —preguntó un poco desubicado.

—¡Vamos no te hagas el tonto! ¡Te he visto saliendo de su consulta! Ya me parecía a mí, demasiado bonito para ser cierto, el amante esposo que por amor se sumerge en una vida de abstinencia hasta que su pobre mujer traumatizada pueda darle lo que necesita.

—Sarah, ¿qué insinúas? No sé de qué hablas, ¿Catherine es la terapeuta?

—preguntó, lo cierto es que siempre había sido bastante malo para recordar los nombres y a ella siempre se dirigía como «doctora».

—¡Me engañas, Henry! ¡Catherine Sherwood! La terapeuta, ¡es tu amante! —le acusó.

—¿Mi qué? —cuestionó alzando la voz, si había que gritar él también sabía.

—No trates de negarlo, todos esos casos exprés en los que solo trabajabas tú,

salidas para ir al gimnasio con Jason a unas horas extrañas, tu portátil y tu móvil con contraseñas —le acusó—. ¡Joder Henry! Soy detective privado, he visto esos indicios en miles de maridos infieles a lo largo de toda mi maldita carrera.

—Te contaré algo, he estado viendo a la terapeuta sí, pero no es por lo que crees. —Era hora de que ella supiera la verdad.

—¡Eres un traidor! ¿Por qué Henry? ¿Por qué? —le dijo mientras le daba golpes contra el pecho.

—¡¡Porque te quiero!! —gritó.

—¿Por qué me quieres me engañas? —inquirió separándose de él.

—No te engaño, voy a la consulta privada de la doctora Sherwood dos veces por semana.

—¿Y te la tiras sobre el diván?

—¡HAGO TERAPIA! —le gritó—. Es especialista en técnicas de ayuda a familiares de personas que han sufrido un gran trauma. No es fácil de llevar, ¿sabes?

—¡Claro que lo sé! ¡Fue a mí a la que violaron! —Sus ojos centelleaban rabiosos.

—Lo sé, no puedo olvidarlo nunca, en mi mente siempre está ese dolor, el momento en que te vi en aquel hospital llena de golpes, acusándome de haberte hecho daño, cuando no me dejabas acercarme a ti, al cabrón de Jared intentando volver a hacerlo —le dijo algo más calmado—. También ha sido duro para mí, por supuesto ni una milésima parte de lo que lo ha sido para ti, pero yo he tenido que aprender a tratarte Sarah, a saber cómo actuar contigo, cómo autocontrolarme para no hacerte sentir obligada a nada.

—¡Eres un mentiroso! —acusó.

—No Sarah, no lo soy, soy tu marido, tu amigo, siempre lo he sido. —No se lo podía creer, de repente todo se le escapaba de las manos.

—Dejaste de ser mi amigo cuando Jared me violó, ¿acaso crees que no lo sé? Te culpas de no haber podido evitarlo y por eso te casaste conmigo, para calmar tu ego y tratar de enmendar el error —le gritó.

—¿Qué error?

—Siempre te has sentido culpable por no protegerme ese día, y porque fue tu amigo el que me violó, cargas una cruz a tus espaldas que te has impuesto tú mismo —atacó.

—Querrás decir que me impusiste tú cuando me señalaste como el hombre que te había violado —respondió y vio cómo los ojos de Sarah se abrían desorbitados.

—Pensé que todo eso había quedado atrás.

—Pues no pienses tanto, Sarah —repuso en un tono algo más calmado—. Creo que tendríamos que haber tenido esta conversación hace mucho, puede que incluso antes de casarnos pero, creo que nunca es tarde —le sugirió y ambos se sentaron en el sofá, se debían una explicación.

—Creo en tu palabra, eres un hombre íntegro y leal, júrame que no tienes una amante y te creeré —propuso.

—Te lo juro —sentenció mirándola serio—. Empecé a hacer terapia justo después de que intentásemos hacer el amor por primera vez. —Sarah esbozó una leve sonrisa, seguro que Catherine también le había largado el rollo de llamar a las cosas por su nombre—. Y lo hice buscando ayuda para controlarme, no quería asustarte, tenía que saber cómo parar lo que mi cuerpo sentía cuando te tenía cerca, pero en lugar de darme unas pastillas esa mujer me hizo hablar y, curiosamente, salí de allí mejor, por eso quise seguir yendo.

—¿Por qué ninguno de los dos me lo dijo?—preguntó.

—Ella no puede por el secreto médico-paciente, y yo pensé que sería mejor que no lo supieras, no lo sé, quizás no quería parecer débil ante ti, ya sabes, la

imagen del perfecto caballero.

—Ir en busca de ayuda no te hace menos caballero andante, Henry, lo habría entendido.

—¿De verdad piensas que sería capaz de engañarte? —le preguntó cambiando de tema.

—No lo sé, no sé qué creer, estoy perdida, creo que cometimos un grave error casándonos sin que yo estuviera curada del todo.

—Le das demasiada importancia a las cosas que no la tienen —dijo él levantándose.

—¿Acaso tú no se las das? ¿Vas a vivir como un monje por siempre? ¡Anda ya, Henry! Eso sí que no me lo creo —le espetó.

—No se trata de vivir como un monje, se trata de esperar pacientemente a que, la única mujer con la quiero hacer el amor esté lista. —Su voz sonaba cargada de resentimiento—. He tenido muchas relaciones vacías a lo largo de mi vida, mujeres de una sola noche. —Esta afirmación sonaba por primera vez sin arrogancia—. Pero ya no más Sarah, estoy cansado de todo eso, por eso estoy dispuesto a esperar lo que sea necesario para poder tener una relación completa contigo. —Y subió las escaleras.

—¡¡HENRY!! —le gritó—. ¡No me dejes con la palabra en la boca!

—Buenas noches, dormiré en el cuarto de invitados. —Le oyó decir a lo lejos.

Sarah se limitó a hacerse un ovillo en la esquina del sofá y llorar.

Henry no le habló durante días y si lo hacía se iniciaba una nueva pelea. Nada volvió a ser igual entre ellos desde aquella noche. Algo se había roto en su relación y Sarah no veía la forma de conseguir restablecer la conexión, lo que hacía que su relación fuera cada vez más complicada dentro y fuera del trabajo.

Sarah entró en casa y cerró la puerta con tanta fuerza que podía haberla arrancado de su sitio y tiró su bolso y el maletín sobre el sofá.

—¡No me cierres la puerta de mi propia casa en mis narices! —la encaró Henry entrando tras ella.

—¡Deja de gritarme! —le encaró ella—. Has estado gritándome como un lunático todo el camino, ¡me duele la cabeza de escucharte!

—¿Y qué quieres? ¿Que te susurre al oído? ¿Después de lo que hiciste? —le recriminó.

—¿Qué hice, según tú?

—Desacreditarme delante de la testigo —le reprochó.

—¡No hables como si fueras un maldito abogado! Solo estaba haciendo mi papel, ¿recuerdas? Poli bueno, poli malo, yo era la buena, esa era tu brillante estrategia, estabas acosándola y yo solo hice mi parte.

—¡No la estaba acosando! Solo le preguntaba por su relación con Derek. — Estaban investigando a un importante político al que su mujer había acusado de usar dinero público para pagar prostitutas, esa mañana habían estado entrevistando a una de ellas cuando todo se les fue de las manos.

—Hay formas y formas de preguntar y tú lo estabas haciendo mal.

—No sé por qué no me extraña tu respuesta, para ti todo lo hago mal últimamente.

—Pues céntrate —le dijo con chulería y él tuvo ganas de arrinconarla contra la pared y hacerla callar a besos.

—¿Sabes qué te digo? ¡Que se acabó! —Y, sin más, actuó, la hizo caer sobre el sofá y la inmovilizó con su cuerpo besándola.

Sarah respondió, como una fiera en celo enganchó su lengua con la de él y entrelazó las manos detrás de la nuca de Henry para hacer que sus bocas quedaran más cerca.

La rabia que salía a borbotones por cada poro de la piel de su esposa hizo que, esta ocasión, fuera él quien se separara bruscamente.

—¿Qué coño haces? —le preguntó ella como poseída.

—Esto no va a pasar así, no voy a darte la oportunidad de que mañana me digas que te obligué —dijo sin más desapareciendo de su vista, lo siguiente que escuchó fue otro portazo como el que había dado ella al entrar.

Unos días después, Sarah miraba la carta y el diario sobre la mesa de noche. No se podía creer que finalmente hubiera sido capaz de escribir esas líneas. Ahora sabía que casarse con Henry estando tan reciente la resolución del caso de su violación y sin que ella hubiera superado del todo el trauma había sido un gravísimo error.

Tantos años de esperarse el uno al otro y al final lo habían echado todo a perder. ¿Por qué? Le había preguntado Catherine en su última sesión antes de darle el alta definitiva. Ella no lo sabía. Y a juzgar por el silencio que, después de los gritos, se había adueñado de su casa, Henry tampoco.

Todo había pasado en un período demasiado corto de tiempo. Hoy se cumplía un año de su violación y en tan solo doce meses había pasado por el trauma que eso supone, había abortado el fruto de ese ataque, había aclarado con su eterno amor los sentimientos de los dos, se habían casado, habían descubierto que su atacante fue el mejor amigo de Henry, movido por una extraña obsesión compulsiva con ella provocada por un poco usual caso de desdoblamiento de la personalidad en el que Jared, ese chico que siempre le pareció atento y agradable, se veía a sí mismo por momentos como Henry y por momentos como un monstruo al que le gustaba violar mujeres.

La resolución del caso había destrozado la poca cordura que le quedaba a su marido. Él no supo manejar el sentimiento de culpa que esto le provocaba. Le había contado a Jared tantos detalles y se había desahogado tanto con su amigo sobre su relación con Sarah que este había asumido que debía vengarse, creyéndose él. Conclusión: todo había sido culpa suya.

Sarah se planteaba ahora una cosa. ¿Debía considerar a Jared víctima o

verdugo? Él la había violado sí, pero ¿había sido por su enfermedad mental? Negó con la cabeza apartando ese pensamiento; a las otras víctimas las había violado con todo su conocimiento. Su personalidad solo se había desdoblado en su caso. El resto había sido por maldad. Conclusión: verdugo.

Y ahora tenía que perdonarle. Sí, ese era uno de los últimos pasos de la terapia que Catherine había propuesto. Debía perdonar a su violador. Escribirle una carta y quemarla. Dejarlo ir.

—Hoy es tu última sesión conmigo, Sarah, y estoy segura de que estás preparada para el último paso.

—¿Debo escribir en el diario el final feliz que quiero para mi historia con Henry?—preguntó, eso sería fácil.

—No, debes hacer dos cosas: escribir una carta en la que perdonas a Jared por haberte violado. —Ella abrió la boca para protestar, pero la doctora no la dejó—. Forma parte del tratamiento, debes dejarle ir, el rencor solo mantiene vivo su recuerdo y el de lo que te hizo —explicó—. Escribe esa carta, quémala y con sus cenizas dejarás marchar los últimos vestigios que quedan en ti del daño que ese hombre te hizo.

—¿Y lo segundo? ¿No tendré que ir a ponerle flores en su tumba? — cuestionó con esa ironía que Catherine odiaba y adoraba al mismo tiempo.

—No, lo segundo es tan sencillo como dejar que Henry lea el diario —dijo con una sonrisa—. Que él vea en la evolución de tus escritos como has ido confiando en ti y en él, os ayudará en todos vuestros problemas.

—Ahora mismo no me habla, pero lo haré, creo que ya no queda nada que perder.

—Pero aún tienes mucho que ganar —sentenció y le tendió la mano—. Ha sido un placer ayudarte, Sarah, estaré aquí siempre que necesites alguna cosa.

—Gracias Catherine, ha sido un placer, aunque a veces no lo pareciera

—reconoció sonriente y se marchó.

Estaba dispuesta a hacerlo. Necesitaba pasar página pero antes, debía hacer la otra cosa que su terapeuta había dicho.

Caminó hasta el salón en busca de su marido. No estaba.

—Henry —gritó comenzando a asustarse. ¿Y si se había ido para siempre?

—En el despacho. —Su voz le llegó lejana y apagada.

—Tengo que contarte algo —le dijo desde la puerta, el lugar estaba completamente en penumbras, pero pudo distinguir las ojeras en el rostro de su marido.

—Tú dirás —respondió con desgana.

—Durante todo este año he estado escribiendo en un diario todas las cosas buenas que quería para mí, todo lo que deseaba, mis sueños, mis anhelos, lo que sentía, y en todos estos escritos hay un único denominador común: tú —confesó dejando la libreta que durante tanto tiempo la había acompañado sobre el escritorio—. Me ha dicho Catherine que los dos últimos pasos para dar por zanjada mi terapia son: perdonar a Jared y dejar que leas este diario.

—¿Perdonar? —inquirió tomando en sus manos el objeto.

—Sí, dejarle marchar, no seguir arrastrando el rencor y tú también deberías hacerlo. —Sin más, se dio la vuelta para irse—. Estaré en casa de Ángela unos días.

Henry quiso gritarle que no se fuera. Que aún la amaba y que quería que lo intentasen, pero en lugar de eso, se acomodó en la silla y leyó.

Después de unas horas de lectura en las que no pudo evitar llorar, reír, emocionarse, Henry se levantó y salió de su casa decidido a traer a su mujer de vuelta. A cerrar el círculo, culminar su relación, consumir su matrimonio y ser felices para siempre porque, eso era, al fin y al cabo, lo que los dos querían.

Condujo hasta la casa de Ángela como otras muchas veces había hecho. Notando cómo el corazón le saltaba en el pecho. A juzgar por las últimas palabras escritas por Sarah en el diario, ella también estaba lista para intentarlo. Pelearían por su final feliz en equipo.

Llamó al timbre de la casa de su amiga con la misma ansiedad que el día en el que visitaron a Sarah después de su violación. En seguida escuchó pequeños pasos correr y voces de niños gritar: «Mamá yo abro».

—¿Quién es? —dijo la voz infantil tras la puerta.

—Soy Henry —informó.

—Mami, es el tío Henry, ¿le abro? —La voz de Ángela se oyó entre risa. «Sí, Nathan».

—Hola, pequeñajo. —Saludó con una sonrisa arremolinándole el pelo—. ¿Qué tal estáis?

—Bien —contestó—. ¿Vienes a ver a la tía Sarah?

—Sí, ¿puedes decirle que estoy aquí?

—Ella se ha ido —informó Ángela con un deje de tristeza en la voz.

—¿Cómo que se ha ido? ¿A dónde? —La pelirroja vio en la cara de su amigo el mismo pánico que un año atrás le había acompañado durante meses.

—A Nueva York, dijo que necesitaba un cambio de aires y distancia para poner sus ideas en orden.

—¿Quiere que la busque? —preguntó temiendo la respuesta.

—¿Quieres buscarla? —Él asintió—. ¡Pues hazlo! —le gritó—. Henry, por una vez haz lo que quieras hacer tú y no lo que quiera ella. Durante todo este año has estado supeditado a sus deseos, sus necesidades —le apremió—. ¡Saca el carácter! Ese que te convirtió en un gran detective, tienes que volver a ser el hombre del que Sarah se enamoró en un instante.

—No quiero asustarla.

—¡Tonterías! No va a asustarse.

—¿Sabes dónde se aloja? —preguntó sintiéndose con fuerzas para enfrentar lo que fuera que tuviera que pasar.

—No, pero lo averiguaré —sentenció convencida.

—Lámame cuando lo sepas, compraré un billete.

—¡Suerte, tío Henry! —gritó Nathan con una sonrisa.

—Gracias, campeón.

— Te llamaré— dijo Ángela y se despidió de él besándole la mejilla.

Capítulo 30

Henry volvió a su casa. Metió algo de ropa en una bolsa de viaje y compró un billete de avión en el siguiente vuelo a la ciudad que nunca duerme.

De camino al aeropuerto pasó por la agencia para recoger unos papeles que Peter tenía para él.

Recibió la llamada de Ángela y la información no le sorprendió. «Millenium Broadway Hotel Nueva York». El mismo lugar donde tres años atrás ellos habían dado rienda suelta a su pasión en medio de una investigación.

No le sorprendía la elección. Sarah siempre había estado enamorada de la gran manzana, era lógico que quisiera aclarar sus ideas y retomar su vida allí pero, ¿por qué sin él? Ensayó su discurso durante todo el viaje. No quería que sonara a reproche. Él solo quería que ella supiera que la amaba, y que lucharía por ese amor.

Se bajó del taxi y se paró un segundo ante el edificio que tenía delante. La fachada gris era sencilla y de ella sobresalía una marquesina negra que daba al hotel un toque de elegancia. A ambos lados de la misma dos banderas y encima una cristalera negra.

Cruzó la puerta, que por suerte para él no era giratoria, ya estaba bastante mareado, y corrió por el hall hasta llegar a la recepción.

En el mostrador un empleado con pintas de empollón colgó el teléfono para atenderle.

—Bienvenido, ¿puedo hacer algo por usted?

—Verá, mi esposa se aloja en este hotel, quiero darle una sorpresa y no consigo recordar en qué habitación me dijo que estaba —explicó con su mejor sonrisa.

—Eso suena extraño, no puedo facilitar a nadie los números de las

habitaciones de nuestros huéspedes si ellos no lo han autorizado.

—¿No puede ser usted el que por una vez se salte las normas... Jack — preguntó acercándose a leer la chapa identificativa—. ¿Está usted casado? — El joven negó con la cabeza enérgicamente haciendo que un montón de rizos rubios movieran de un lado a otro—. Pero sí que habrá tenido novia, o habrá estado enamorado, es usted un hombre atractivo, me cuesta creer lo contrario.

—¿Está usted haciéndome la pelota? — cuestionó entrecerrando unos ojos azules muy expresivos.

—Sí —reconoció—. ¿Funciona? —preguntó.

—De acuerdo, me ha caído bien, ¿cómo se llama ella?

—Sarah Boyle —dijo sin pensarlo—. Butler —se corrigió.

—¿Es su esposa y no sabe cómo se llama?

—Nos casamos hace poco y aún no tiene claro si usar mi apellido, o no, así que puede ser Sarah Butler, Sarah Boyle, o cualquier derivado de ambos.

—A ver —dijo mientras miraba la pantalla del ordenador con atención tras teclear los datos—. Aquí está, Sarah Boyle-Butler, habitación 22.

—Gracias —le respondió con una gran sonrisa. 22. «Su habitación».

Corrió hasta los ascensores y se desesperó mientras subía. Al fondo del pasillo, la segunda puerta de la izquierda. Esa era.

Respiró hondo varias veces antes de llamar. No quería presentarse ante ella como un loco. Un, dos, tres y sus nudillos golpearon la puerta con energía.

Sarah estaba tumbada en la cama. No podía dejar de darle vueltas a si había cometido un error marchándose de San Francisco sin habérselo dicho a Henry. Sostenía en su manos la carta de despedida a su agresor y a su lado, en un par de hojas había escrito la escena, en la que por fin, podía entregarse a su marido en cuerpo y el alma, por lo menos sobre el papel.

Al dejarle su diario tuvo mucho miedo de su reacción. ¿Y si él no la quería? ¿Y si no luchaba por su relación? Se sentía una completa idiota. Durante todo este tiempo su marido no había dejado de demostrarle sus sentimientos. Él había sido un amigo maravilloso primero y un marido ejemplar después. ¡Si hasta vivía una vida de abstinencia porque ella no estaba preparada aún para el sexo!

Esto le llevó de nuevo a pensar que quizás Henry se había buscado a alguien con quien divertirse y desahogarse. Recordó la pelea que habían tenido por ese motivo y la determinación en su mirada al decirle que no tenía una amante. Él no era así. La fidelidad era uno de los valores por los que regía su vida. Ya fuera hacia su trabajo, sus amigos, o su pareja.

Leves toques en la puerta la trajeron de vuelta. Se levantó, se secó las lágrimas y al abrir, sus ojos no daban crédito a lo que veían.

—Henry —dijo asombrada, deseando que no fuera una alucinación de su mente.

—Sarah —respondió él al verla, envuelta en un albornoz rosa claro y con el pelo aún mojado de la ducha.

—¿A qué has venido? —preguntó, su cuerpo había sentido una descarga de energía que iba directa a su bajo vientre al verle ante ella, con unos vaqueros desgastados que se le ceñían a ese cuerpo de infarto que tenía, la chaqueta de cuero desabrochaba dejaba entrever una camiseta gris con el símbolo de Harley Davison en negro.

—Vengo a cumplir todos tus deseos, Sarah, vengo para que seamos felices porque te lo mereces, los dos nos lo merecemos.

Ella se lanzó a sus brazos, él la besó y el resto del mundo dejó de existir.

Sarah enganchó sus labios a los de Henry con firmeza y determinación. Segura de que todo lo que él le ofrecía era real, que nada volvería a ser oscuro entre los dos.

Sus besos sabían a amor, a tolerancia, a respeto, todo eso salpicado de pasión,

de ansiedad, de anhelo por sentirse el uno al otro.

Henry la tumbó sobre la cama con cuidado. La miró a los ojos, dedicándole una de esas miradas que eran capaces de leer hasta lo más profundo de su alma y entonces lo supo: ella estaba preparada.

No quería abandonar sus labios pero quería saborearla entera. Se separó de ella unos instantes y se quitó la chaqueta de cuero y la camiseta.

—¿Tienes calor? —preguntó ella pasándose la lengua por los labios, hambrienta de él y dejado que sus manos recorrieran por entero el torso firme y los abdominales bien definidos de Henry.

—No sabes cuánto —sentenció y, con una parsimonia que ponía nerviosa a Sarah, él desató el cordón del albornoz y lo retiró delicadamente lanzándose a besar sus pechos.

—¿Sabes qué, cariño? —Escuchó la voz jadeante de Sarah—. Hemos tenido muchos meses de preliminares y juegos, ahora quiero más, lo quiero todo Henry, te quiero ahora —le apremió y él sonrió haciendo que el deseo de ella aumentara, se levantó y se deshizo de la ropa que le quedaba puesta.

—Voy a hacerte rozar el cielo Sarah —sentenció en un tono de voz que parecía más un gruñido.

—¡A ver si es verdad! —Después de tres años, Henry vio por fin de nuevo a la chica desinhibida y atrevida de aquella noche en Nueva York.

Sin más palabras pegó su frente a la de Sarah, besó sus labios con todas las ganas que tenía de ella y lentamente se introdujo en ella, con todo el cuidado que podía tener en ese momento, haciendo gala de un fuerte autocontrol la poseyó sin dejar de mirarla.

En los ojos de su esposa veía por fin de nuevo el brillo de la pasión. Su frente estaba perlada de gotas de sudor y su cara tan extasiada que Henry perdió el miedo. Las embestidas comenzaron a ser más y más rápidas e intensas a medida que él notaba que el cuerpo de Sarah se adaptaba a su tamaño y le

aceptaba en su interior sin que su rostro demostrara ni un ápice de dolor o angustia.

Ella tenía los ojos abiertos. No quería perderse ni un solo segundo del momento que tanto habían esperado. Con el que tanto había fantaseado. Henry la miraba y Sarah podía ver el amor, el respeto y la pasión con la que él la hacía suya y sabía que siempre iba a ser así. Que Henry nunca iba a fallarle, jamás iba a hacerle daño. Ni en la cama ni fuera de ella.

Sarah elevó las caderas un poco para hacer que él llegase más adentro, más profundo y ambos se dejaron ir en un orgasmo demoledor, juntos, cuando ella clavó las uñas en la amplia espalda, de su por fin amante, y le arañó sin miramientos.

—¡Dios! —exclamó al notar cómo su cuerpo aún convulsionaba de placer bajo el de su marido—. Ey, ¿te has muerto? —preguntó divertida al ver que él no se movía, completamente relajado sobre ella.

—No, pero casi —sentenció y levantó la cabeza para besarla—. Me has arañado —le acusó con una sonrisa.

—¿Eso querías, no? —cuestionó coqueteando con él abiertamente.

—Sí, y un chupetón en el cuello, novata —la picó.

—De eso me encargo ahora, ¿sabes por qué? —Él negó con la cabeza—. Porque esto ha estado muy, pero que muy bien para ser la primera vez, pero odio que me trates como una muñeca de porcelana —le dijo y, Henry no supo explicar cómo, cuando quiso darse cuenta ella había invertido las posiciones y estaba sentada sobre él.

—¡Me vuelves loco Sarah! —gruñó.

—¡Y más que te volveré! —amenazó y comenzó a moverse, con Henry todavía en su interior y con los corazones de ambos aún desbocados de la vez anterior comenzó a moverse y no tardó en notar cómo su marido crecía de nuevo dentro de ella.

Henry no pudo evitar la carcajada que escapó de su garganta al ver cómo Sarah descendía hasta su cuello. Succionó y mordió hasta asegurarse que él tendría la marca.

—¡Bésame, Sarah! —le ordenó y la obligó a separarse de su cuello y tomar sus labios.

—Te amo, Henry —dijo ella y sus palabras actuaron como punto final perfecto a su segundo encuentro haciendo que ambos alcanzaran de nuevo el clímax, más fuerte aun que la vez anterior.

—¡Lo que me he estado perdiendo! —sentenció mientras acomodaba su cabeza sobre el pecho aun palpitante de Henry y jugaba a enredar sus dedos en el poco pelo que él tenía ahí.

—Dicen que nunca es tarde si la dicha es buena —contestó él notando que su cuerpo reaccionaba a sus caricias—. Deja de hacer eso o no respondo.

—¡Pues no respondas!— exclamó.

Sarah comenzó a chillar cuando Henry le hizo cosquillas, volvió a besarla y todo comenzó de nuevo.

Muchas horas después, los dos agotados, aunque sintiendo que nunca tendrían suficiente el uno del otro, hablaban de muchas cosas que aún tenían pendientes.

Henry tenía una sorpresa que dar a su esposa y no quiso esperar más.

—Tengo que darte una buena noticia.

—¿Qué? —preguntó curiosa.

—¿Te gustaría que empezásemos de cero? ¿Una nueva ciudad, un nuevo trabajo, una nueva vida?

—Me encantaría, pero adoramos nuestro trabajo, no me gustaría dejar la agencia.

—¿Y si te digo que no tendremos que dejarla? —cuestionó con su mejor sonrisa de seductor.

—¿Qué sabes, Henry?

—En mi maleta tengo unos papeles muy importantes, en ellos, Peter nos cede un porcentaje de las acciones de Investigaciones Peter Campbell para que pongamos una sucursal en Nueva York.

—¿En serio ha hecho eso? —preguntó con una sonrisa enorme y Henry no pudo evitar besarla—. ¡Será como si tuviéramos nuestra propia agencia!

—Y podremos disponer de nuestro propio personal, podremos traernos de San Francisco a quien queramos. —Se miraron un instante y los dos exclamaron a la vez.

—¡Jason! —Y se rieron.

—¿Qué te parece si lo celebramos? —dijo Henry, ella asintió y volviendo a unir sus cuerpos.

Durante el día durmieron a ratos y se amaron la mayor parte del tiempo, pero Henry sabía que les quedaba una cosa pendiente.

—¿Escribiste esa carta? —preguntó. Con Sarah fuertemente protegida entre sus brazos él se sintió seguro para perdonar y dejar ir al culpable de sus desdichas.

—Sí, ahora solo tengo que quemarla y, según Catherine, él se irá para siempre.

—¿Puedo leerla? —preguntó.

—Claro, espera. —Se levantó completamente desnuda y mientras sacaba la carta de su bolso escuchó suspirar a Henry—. Ten.

La letra de Sarah era clara, firme, lo que demostraba que no le había temblado el pulso al escribir esas palabras. Él había visto cómo sus trazos

cambiaban en el diario a medida que ella iba sintiéndose más segura.

«Una vez alguien me dijo que las heridas comienzan a cicatrizar cuando puedes empezar a contar en años, en lugar de hacerlo en meses. Hoy se cumple un año desde que decidiste, por una razón que aún no alcanzo a entender, tomar mi cuerpo por la fuerza. Me violaste. Hace exactamente doce meses que me arrebataste la dignidad y en cierta forma me mataste en vida. Durante todo ese tiempo, conté cada hora, cada día, cada mes sumida en mi desdicha. Un mes y descubrí que además de hacerme daño me había dejado un recuerdo de ese acto de maldad; en ese momento no pude, ni quise pensar ni tan solo en la posibilidad de quedarme con esa criatura, no le di una oportunidad, y, aunque posiblemente me arrepentiré toda la vida, sé que fue lo mejor, para mí y para él o ella. Creo en las segundas oportunidades, en las vidas que se reencarnan y estoy segura de que volverá siendo el fruto del amor de alguien, y no del odio. Dos meses y aún me siento destrozada. Incapaz de hacer las cosas más básicas como ir a trabajar o estar a solas con un amigo. Tres meses, cuatro, cinco, seis... y poco a poco noto como mi vida se recompone, como gracias a mi tesón y al cariño de muchas gente, logro recomponer los pedazos de la vida que tú destruiste. Hoy por fin empiezo a contar en años. Ya nunca más en horas, en días o meses. Por fin siento que estoy preparada para dejarte atrás, para que ya no seas ni tan siquiera un mal recuerdo. Se acabó Jared, hoy resurjo de mis cenizas como el Ave Fénix, hoy te perdono y con esto, te dejo marchar. Suerte, donde quiera que haya ido tu alma, suerte.

Sarah.

Henry no pudo evitar las lágrimas que corrían por sus mejillas, así como el orgullo que invadió su corazón. Esa carta era el acto de valentía y bondad más grande que había visto en toda su vida.

—Antes de marcharte dijiste que yo también debía dejarle ir.

—Sí, él ya no pude ser nunca más un problema en nuestra vida.

—¿Me dejas un bolígrafo?— preguntó y se incorporó.

Sarah le tendió algo para apoyarse y un boli. Henry dio la vuelta a la carta y escribió.

Creo que yo no soy tan noble, ni tan fuerte como Sarah, pero estoy dispuesto a hacer lo que sea por estar con ella el resto de mi vida. Hoy hace un año que hiciste daño a la persona a la que más he amado nunca. Y como tal, te odié, lo hice aun sin saber quién eras. Cuando lo supe, cuando la verdad se reveló ante mí, casi consigues que el sentimiento de culpa me hiciera destruir lo más bonito que tengo.

Te brindé mi amistad, te confié mis secretos y tú los usaste en mi contra. Pensé que te odiaría toda la vida por eso. Pero no, se acabaron los sentimientos negativos. Se acabó el odio, el rencor y la pena.

Hoy, te digo, a ti que fuiste mi mejor amigo y mi peor enemigo, que te perdono. Se acabó, ahora solo quiero ser feliz.

Henry.

—¿Preparado? —le dijo Sarah poniéndose de pie y ofreciéndole la mano

—Vamos a allá —Se levantó, entrelazó sus dedos a los de ella, y con una sábana cubriendo ambos cuerpos, se asomaron al balcón y prendieron fuego al papel.

Miraron cómo las cenizas eran transportadas por el aire , los dos notaron cómo una gran sensación de paz invadía sus cuerpos.

Los dos habían tenido que recorrer un largo camino por separado para llegar hasta este punto, para alcanzar la confianza el uno en el otro, la aceptación plena de que habían pasado por un duro golpe y el perdón como única forma de superar los resquicios que quedaban de la pena. Desde ahora, el camino que tenían por delante, las cicatrices que siempre quedarían en sus almas, debían recorrerlo juntos, uno al lado del otro, siempre de la mano.

Sarah y Henry aprendieron que los golpes en la vida, aunque duros y dolorosos, a veces dan el impulso que se necesita para conseguir un futuro

mejor.

FIN

Epílogo

La mañana había amanecido especialmente soleada. En el jardín de la casa de Henry y Sarah en Nueva York todos disfrutaban de la comida, la bebida y la compañía.

Hacía un año que no estaban todos juntos. Para una ocasión como esta, la pareja había invitado a todos sus amigos a una barbacoa en su casa.

—Enhorabuena —dijo Jason con una sonrisa acercándose a Sarah con una joven castaña a su lado.

—Gracias, amigo —respondió abrazándole—. Y gracias a ti por venir también, Julie, ya teníamos muchas ganas de conocerte.

—No hay de qué —respondió con simpatía—. Es un placer para mí conocer a los amigos de mi mejor amigo.

—Estás preciosa, Sarah, increíblemente hermosa.

—¡¡Mcnamara!! —Se escuchó la voz de Henry tras ellos—. ¡Deja de coquetear con mi mujer! —le riñó bromeando.

Sarah se giró y sus ojos le devolvieron la que, desde hacía un mes, se había convertido en su imagen favorita: Henry con su bebé en brazos.

La noticia del embarazo no les había sorprendido mucho, desde su primera vez juntos no habían tomado ningún tipo de precauciones. Solo tres meses después de la reconciliación, Henry y Sarah supieron que iban a ser padres.

La felicidad que sintieron en ese momento solo se vio superada por la que vivieron cuando nació Stephanie. Su preciosa hija, que había heredado la belleza de su padre: los ojos azules, el pelo negro y la sonrisa de Henry combinaban a la perfección en aquel pequeño ser con el carácter de Sarah que, a pesar de su corta edad, la niña ya solía demostrar.

—¿Qué quieres que te haga Butler? ¡Si está hermosa, lo está! —contestó defendiéndose.

—No te pongas celoso, amor —le susurró ella besándole tiernamente y acariciando la cabeza de su hija y él sonrió.

—¡Siempre estáis igual! —La voz de su jefe les hizo girarse a todos hacia la puerta y no podían creerse quién venía bien sujeta a su mano.

—¿Catherine? —cuestionó Sarah y se acercó a abrazarla. Después de acabar su terapia se habían mantenido en contacto y habían forjado una bonita amistad.

—¡Qué alegría verte! —exclamó la joven terapeuta—. ¡Estás magnífica!

—¡Tú también! Y muy bien acompañada.

—Ya ves, Sarah —apostilló Peter con ese tono de voz de líder que siempre usaba—. Uno nunca sabe dónde va a tener la suerte de encontrar el amor.

—¡Oh, Peter! Eres un cursi con piel de tipo duro —bromeó Catherine mientras saludaba a Henry—. ¡La niña es preciosa! —exclamó.

—¿Y se puede saber dónde tuvo usted la suerte, jefe? —preguntó Butler asombrado.

—En vuestra boda —respondió sin más.

Ángela y los niños acababan de llegar y tras los saludos de rigor, la pelirroja tomó a su ahijada de los brazos de Henry.

—¿Estás lista cariño? —preguntó a Sarah que estaba sentada sobre sus piernas.

—Preparada —sentenció ella levantándose de su regazo—. Escuchad todos —dijo con voz clara llamando la atención de los presentes—. Tengo algo que anunciaros.

—¿Estás embarazada? —cuestionó su suegra que en ese momento tenía a su nieta en brazos.

—¿Qué? ¿Otra vez? ¡NO! —respondió.

—No sé querida, como dijisteis que querías tener más hijos pronto.

—Pero no tan pronto mamá, Stephanie solo tiene un mes —le amonestó Henry—. Vamos cielo —le apremió.

—Os hemos invitado a todos a esta barbacoa para mostraros esto —explicó mientras cogía de la mesa un libro en el que nadie parecía haber reparado—, Se titula Golpes en la vida y es mi novela. —Todos los asistentes estallaron en aplausos.

—¿Has escrito un libro? —cuestionó Ángela—. No sabía que fueras aficionada a la escritura.

—Y no lo era —reconoció—. Empecé a escribir un diario como parte de mi terapia —dijo mirando a Catherine, que le devolvió un sonrisa—. Y durante el embarazo, como estuve un poco apartada de mis labores como detective, empecé a darle vueltas a la posibilidad de convertir ese diario en un libro —dijo—. En él cuento mi historia, la de mi violación y como cada uno de vosotros me ayudó de una forma u otra a superarlo. —Su voz empezaba a sonar emocionada—. Lo único que pretendo con esta novela es ayudar a otras mujeres, servir como ejemplo de que se puede pasar página y que, aunque las cicatrices siempre van a estar ahí, llega un momento en el que duelen menos. —Todos sus amigos le aplaudieron y Henry la abrazó—. Todos los beneficios de las ventas irán destinados a asociaciones para ayudar a víctimas de violaciones.

—Estoy muy orgulloso de ti —sentenció su marido mirándola con adoración y se besaron apasionadamente.

—¡Idos a vuestro cuarto, por favor! —gritó Jason.

Todos se acercaron a saludar y felicitar a Sarah, que sonreía sin soltarse de la mano de su marido. Después de sus peleas y su reconciliación en aquella

habitación de hotel, la vida de Henry y Sarah había sido maravillosa.

Seguían discutiendo como perros y gatos, sobre todo en el trabajo, ahora que no tenían la mano firme de Peter para controlarles. En ocasiones se pasaban días sin hablarse, pero luego las reconciliaciones eran maravillosas. Después de todo lo que habían superado juntos tenían una vida sexual plena y satisfactoria.

El sonido de un teléfono móvil interrumpió la celebración.

—Es el mío —exclamó Ángela sonriente—. Será Thommy. —Mientras escuchaba su interlocutor, el rostro de la joven comenzó a cambiar, de la sonrisa pasó a la incredulidad y de ahí al llanto desesperado.

—¿Qué sucede, Angie? —preguntó Sarah acercándose a su amiga, que comenzaba a respirar con dificultad.

—Mamá, los niños —pidió Henry señalando a la zona del jardín donde Nathan y Jon jugaban tranquilos—. Llévalos dentro.

—Dejadla respirar —dijo Catherine.

—Sarah. —La voz rota de la pelirroja denotaba que algo muy grave había pasado—. Es Thomas... ha sufrido un accidente de coche en Afganistán, está en coma irreversible —sentenció y todos lo supieron. En ese mismo momento, el corazón de Ángela se había roto en mil pedazos.

BIOGRAFÍA



Zeneida Miranda, (Santa María de Guía, 1983) es la pequeña de una familia numerosa. Estudió Historia en la ULPGC y Periodismo en la ULL, y ha ejercido como periodista en diferentes medios de comunicación.

Entusiasta de la lectura desde niña ve la literatura como un modo de evadirse de la vida real, su primera incursión en el mundo de la literatura se produjo con la publicación de uno de sus microrelatos en una antología y en enero de 2015 salió a la venta “Grado de culpabilidad”, su primera novela. En julio de 2016 verá la luz, “Golpes en la vida” su segunda novela que marca el inicio de la “Tetralogía Renacer”, su proyecto más ambicioso.

Agradecimientos

A mi madre, en muchos días el único motivo por el que me levanto de la cama es tu vitalidad y tu sonrisa.

A mis hermanos y hermanas (de sangre y políticos) por ser siempre el mejor espejo en el que mirarme como ejemplo de lo que está bien (y mal), no me alcanza la vida para agradecer lo que hacen por mí desde que irrumpí (sin esperarme) en la vida de todos.

A mis sobrinas, sobrinos y mi sobrino nieto, mis grandes orgullos, mis amores más grandes.

A mi ahijada y mi ahijado, los grandes amores de mi vida.

A mis sobrinos de corazón, los que me enseñan cada día que la sangre no es lo que hace familia.

A mis amigos y amigas: los de siempre, los de más tarde y los que acaban de llegar para quedarse. Me dan la fuerza y muchas veces las ganas de seguir adelante con esta locura de escribir. A los de aquí, a los de allí, a los de todas partes.

A mis «coches», mi mentora, mis segundas lectoras que siempre ven cosas y tramas que a mí se me escapan, quien pone cara a mis novelas y todas las personas que me han aconsejado en aspectos legales, psicológicos y morales. Este libro es un poco de todas.

A Multiverso por la confianza en mí y mis ideas, a Gema Tacón y Halle Grosso por su amabilidad y cariño ante cantidad de preguntas que les hago volviéndoles locos.

Al resto de mi gran familia.

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[BIOGRAFÍA](#)

[Agradecimientos](#)